Iris Wolff

Claros de luz

AdN

Iris Wolff

Claros de luz

Traducido del alemán por Belén Santana

AdN

Para mi madre y para Mane

Sas pe thai nas pe

Nueve

El ferri iba dejando un rastro de espuma tras de sí. Una estela blanca en mitad del azul que tardó un largo rato en desdibujarse. Olor a gasóleo, anuncios por megafonía que sonaban entrecortados. El viento soplaba con tanta fuerza que los pasajeros se podían apoyar contra él con las camisetas infladas, los pantalones ondeantes y un estruendo en los oídos, en la cabeza, en el cuerpo. Minutos después, ya en el interior del ferri, aún se percibía ese fragor, una réplica, un eco, y Lev se acordó al instante del particular zumbido de las hojas de sierra en su vaivén, de cómo el suelo, de pronto, se tranquilizaba, y las partículas de serrín que flotaban sobre la máquina iban cayendo lentamente, con un ligero retardo, desconcertadas, sorprendidas por la fuerza de la gravedad.

El aparato de aire acondicionado expulsaba un chorro frío que alcanzaba las manos y los tobillos, también los papeles, las piedras y las conchas que llevaban en los bolsillos, como objetos arrojados por el mar. Kato se puso la bufanda alrededor del cuello y encogió las piernas. Lev jugueteaba con una piña; procedía del árbol a cuya sombra habían comido a mediodía. A base de trazos rápidos, tentativos, Kato hizo un esbozo de la niña del asiento de enfrente, que se había quedado dormida. Había ido documentando cada día del viaje, captando escenas observadas o vividas por ambos y, en ocasiones, también a él: un hombre con una barba inusualmente larga leyendo en un café, esperando junto a un quiosco de periódicos, apoyado en el coche, consultando el plano de alguna ciudad.

Lev buscó la mirada de Kato, pero estaba atrapada entre la niña y el cuaderno de dibujo. El carboncillo iba tiznando el papel, los dedos y la base de la mano. Kato pasaba las hojas y volvía a empezar. Era imposible sacarla de su ensimismamiento.

A los pies del pino, él le había revelado que debía regresar.

Kato no se mostró enfadada ni sorprendida, sino que reaccionó con mucha calma, como si supiera desde hacía tiempo que él andaba preocupado. Puede que ella también deseara volver a su rutina, a su vida anterior, solo que ¿en qué ciudad, en qué país? Para él, aquel viaje había supuesto un punto de partida; para ella, una especie de tránsito, quizás hacia un último destino. Pese a avanzar en sentidos opuestos, se habían reencontrado.

Llevaban seis semanas viajando; primero de Zúrich a París, luego a Nantes, a Montpellier y, después, a lo largo de la costa en dirección este. Se habían dejado llevar; de vez en cuando, cada uno iba por su lado: sus ocurrencias y sus cambios de humor no requerían de muchas palabras. No en vano se conocían demasiado bien; no en vano, habían pasado demasiado tiempo separados. Visitaron ciudades y pueblos, salieron de excursión y fueron a nadar mientras, a medida que se acercaba el otoño, las playas se vaciaban de gente, como si el tiempo ya no existiera y solo quedara ese espacio infinito formado por calles que se abría ante ellos. De hecho, así fue durante una etapa; Lev estaba en lo cierto: apenas una finísima capa separaba el ayer del mañana. Pero, en un momento dado, él empezó a pensar cada vez más en su casa; sentía una mezcla de desazón y nostalgia que lo reclamaba de vuelta, pero no dijo nada, prefirió esperar el momento oportuno, ese que nunca llegó.

—Uno siempre debe estar listo para marcharse —dijo Kato sin levantar la vista del cuaderno.

—¿También cuando acaba de llegar?

—Entonces, con más razón.

Kato guardó los bocetos de la niña en una carpeta.

Durante el viaje apenas había trabajado. Solo en París logró pintar un cuadro en el suelo, junto al Louvre, para quienes no pudieran ver de cerca a la auténtica Mona Lisa.

Al otro lado de la ventanilla se aproximaba la costa, el puerto, los rompeolas, los barcos, el paseo jalonado de palmeras. Edificios altos de muchos colores, con centenares de ojos y contraventanas. Las farolas se encendieron, y las colinas quedaron cubiertas por una capa de luz trémula. En tierra parecía soplar un fuerte viento.

De repente, todo se precipitó.

—Me voy contigo —dijo Kato.

Lev, que estaba guardando la botella de agua y la piña en la bolsa de viaje, contuvo la respiración. Su propia reacción lo pilló tan de sorpresa que casi se olvida de tomar aire. Kato lo miró con gesto divertido y un poco burlón. El nerviosismo se apoderó del interior del ferri. Los pasajeros empezaron a recoger sus cosas y se arremolinaron cerca de las distintas salidas. Se oyó el traqueteo de la persiana del quiosco al bajar. Despertaron a la niña, que se dirigió hacia la escalera de la mano de su madre; su sonrisa rozó suavemente a Kato.

—Entonces, ¿volvemos juntos? —preguntó Lev cuando llegaron al Land Rover que estaba en el aparcamiento. Quería asegurarse, pero había necesitado todo ese rato para recuperar el habla.

No se quería alegrar antes de tiempo.

No quería volver a perderla.
—Sí —respondió Kato. Solo eso: «Sí».
A él eso le valió, por el momento.

Jestem znakiem podróży.
Nieruchomym.

Ocho

—Perdón.

Lev se paró en seco.

Lo empujaron, lo escrutaron con la mirada; todos estaban en movimiento, caminaban deprisa, por inercia, con el mismo paso acelerado. Lev se había incorporado a esa corriente, dejándose arrastrar, en el compartimento, por el andén donde los trenes ya estaban listos para partir y los pasajeros aguardaban expectantes, encerrados en sí mismos. Antes se había detenido en una nave de techos elevados: anuncios por megafonía, pasos, voces, maletas con ruedas; todo se extinguía bajo aquella altura desmedida. Tras fijarse en un reloj de gran tamaño, siguió andando y giró a la derecha para tomar el pasaje que conducía hasta la fuente. El ruido de la calle aumentó: bocinas, motores, tráfico de vehículos, hasta que cesó el estruendo, la gente se dispersó por la plaza y Lev, al fin, pudo pararse tranquilamente y mirar a su alrededor.

Frente a él, una calle de varios carriles, pasos de cebra, hileras de edificios de cinco plantas, tranvías blanquiazules que iban llegando a la plaza. Lev sostenía en la mano un papelito con el número del tranvía, la dirección y el nombre de la parada. Tras repasar todas las líneas y compararlas con lo que llevaba apuntado, prefirió desconfiar de sí mismo y volvió a revisar todos los letreros. Si caminaba hacia el centro de la ciudad, seguro que encontraba otra parada, pero la sensación de alivio no duró mucho: ante la máquina expendedora de billetes notó un acaloramiento a la altura de la nuca y acabó mareado al observar aquella caja llena de teclas, tarifas por trayecto, ranuras para insertar las monedas y un botón de cancelar. ¿Qué había que hacer primero: pagar o darle a alguna tecla? Confundido, pulsó varios botones; de pronto, oyó que alguien le hacía una pregunta. Entonces se apartó de la máquina para dejar que aquel señor pagara; él, mientras tanto, trató de memorizar cómo se hacía, pero justo cuando le volvió a tocar el turno, llegó el tranvía y la gente subió. Por un instante, Lev pensó en imitarlos, pero menuda vergüenza pasaría si lo pillaban viajando sin billete; se sintió completamente inútil, como si aquel tren fuera el último y él acabara de perder su gran oportunidad.

Un crujido se adelantó al chirriar de los raíles y el tranvía arrancó. Lev no se movió de la parada; dejó la bolsa de viaje en el suelo y

empezó a dar vueltas al papelito que tenía en las manos, como si en él hubiera algo escrito que aún no había descubierto. Una mujer pelirroja, con la melena por la cintura, se estaba haciendo una trenza; un hombre sentado en un banco la observaba boquiabierto. Varias palomas alzaron el vuelo y, tras cruzar la acera, se posaron en fila sobre la cornisa de un edificio. Algo las espantó de nuevo. Eran de color gris oscuro, con la parte de abajo blanca.

Lev se quedó mirándolas, fijándose en sus giros.

De claro a oscuro. De oscuro a claro.

Algo le hizo darse la vuelta. Puede que ella llevase un tiempo observándolo, puede que, al no saber cómo dirigirse a él, hubiese preferido pasar unos momentos a solas nada más reconocerlo (en su lugar, él lo habría preferido). Debía quedarse quieto, no decir nada, solo contemplarla: sus ojos claros, la línea que formaban los tres lunares que tenía en la mejilla, esa mirada desafiante, con cierto aire de superioridad.

En ese juego, ella siempre salía vencedora. Lograba mantener más tiempo la mirada; nunca era la primera en deshacer un abrazo con ese pequeño impulso, ese mínimo retroceso que hace que dos cuerpos se separen. Lev no tuvo mucho tiempo para el tanteo inicial, más bien apresurado; observó sus rasgos, su postura, se fijó en lo que había cambiado y en lo que seguía igual; sorprendido al verse tan ilusionado, y hasta nervioso, comprobó con alivio que la vieja amargura había desaparecido.

Kato llevaba unos vaqueros, deportivas y una camiseta verde; iba sin chaqueta, aunque esa tarde hacía fresco. De su hombro colgaba un bolso bastante grande. Hasta donde pudo apreciar, le pareció más delgada, pero más musculosa; el pelo lo llevaba como siempre, por los hombros, sin acabar de decidir si era liso o rizado. Después observó sus manos, las muñecas huesudas, los restos de esmalte bajo las uñas.

Había cosas iguales, otras distintas.

—¿Tú qué haces aquí?

—He tenido una intuición —respondió Kato.

Ella se dirigió a la máquina y le sacó un abono semanal para el tranvía (Kato utilizó una palabra diferente). Después de varias paradas, Lev tuvo la impresión de que aquellas calles de edificios altos y cuidados, llenas de tiendas y cafés, se prolongaban más y más. En un momento dado, se notó perdido, sin rumbo, solo se fijaba en ella, en su voz, en esa cercanía inesperada, en la naturalidad con la que Kato se orientaba y hablaba en alemán. Por más que en el tren él hubiese

tenido rato de sobra para imaginar cómo sería ese momento, el tiempo se le había escapado; no había podido hacerse una idea de cómo sería el reencuentro tras cinco años sin verse.

Kato lo acompañó hasta un hostal y, pese a su negativa, ella pagó una semana por adelantado (en realidad pudo hacerlo porque apenas necesitó unos segundos para entenderse con la mujer que estaba en la recepción); mientras Kato iba contando los billetes antes de dejarlos sobre el mostrador, Lev prefirió no calcular el importe en leus, era demasiado deprimente. Entonces acarició la madera. «Es arce», pensó, y palpó los bordes redondeados. La mujer le explicó cuándo servían el desayuno, a qué hora tenía que dejar la habitación el último día de estancia y cuándo había alguien en la recepción; hablaba despacio, como si él no tuviese muchas luces y, mientras lo hacía, aplastó como si nada una polilla que se había posado en el mostrador.

Kato le preguntó si le apetecía ir a cenar, pero él puso el cansancio como excusa. Entonces se despidieron con un abrazo que Lev no tardó en deshacer.

Su habitación estaba en la segunda planta. Lev abrió las puertas del armario, miró dentro de los cajones de la mesa, probó el colchón, encendió y apagó las luces y salió al balcón. Luego deshizo la bolsa de viaje, se dio una larga ducha y se tumbó en la cama.

El reflejo de unos faros recorrió el techo de la habitación. A través de la ventana abierta llegaban los crujidos del tranvía; en el balcón de al lado había una pareja conversando. Aquella ciudad le resultaba extraña por su amplitud, por el orden y la mesura, pero Lev trató de tranquilizarse pensando que, tanto allí como aquí, las leyes eran las mismas. «Por un lado está el tiempo», se dijo, «y por otro el idioma, que también es el tuyo, de manera que nadie te va a echar por no ser de aquí. Y menos teniendo un abono semanal», se dijo, sin poder reprimir una sonrisa.

Kato le había enviado una postal desde todos los países por los que había viajado en compañía de Tom; su típica letra inclinada ocupaba todo el dorso de la tarjeta y, cuando llegaba al final, continuaba por los márgenes, de modo que Lev debía girar la postal en el sentido de las agujas del reloj, una vez, y otra, hasta que venía la firma. Algunas tarjetas no estaban escritas, solo había un dibujo de calles flanqueadas por grandes edificios, fuentes con estatuas, flores, árboles, a veces un pequeño estudio para un retrato. Cuatro semanas antes había llegado esa postal con una sola frase: «¿Cuándo vienes?».

Apenas dos palabras y dos interrogaciones.

Lev la leyó varias veces. ¿Sería algo largamente meditado o la

habría escrito por impulso? ¿Se refería a un futuro próximo o más bien impreciso? ¿Quería decir que lo echaba de menos o que necesitaba verlo? Eso de «vienes», ¿significaba ir solo de visita o ir ya para quedarse? ¿Y si no era más que un pensamiento, como cuando uno dice algo porque busca ampararse en una cierta sensación?

El día que hablaron por teléfono para acordar el lugar y la hora no era el momento oportuno para preguntárselo. Como nunca se llamaban, la conversación se redujo a intercambiar los datos indispensables. Él quiso esperar a que ella colgara, pero, al no escuchar ningún clic, la vio ante sus ojos, envuelta en el aire viciado y sofocante de una cabina, con el auricular en la oreja y la cabeza apoyada en el cristal, aguzando el oído para detectar si era él quien colgaba, cosa que Lev, en efecto, hizo.

Mil quinientos kilómetros hacia el este, el verano era seco y polvoriento. Allí, en cambio, el lago obsequiaba a la ciudad con un frescor soportable. La Paradeplatz estaba animada y a la sombra. Lev se orientó con ayuda del plano y los puntos que Kato le había marcado, se mantuvo siempre a la izquierda y llegó hasta la plaza de Münsterhof. Alguien tocaba el acordeón; de una tienda de antigüedades estaban sacando una mesa; uno de los hombres que la cargaba empujó la puerta con la espalda, Lev la mantuvo abierta y después continuó hacia el río.

El murmullo del agua, campanas, pasos. La voz de Kato.

Que siempre era un poco más grave de lo esperado.

Ella se encontraba en el puente; el lienzo, la caja de pinturas y alguna que otra tiza estaban esparcidos por la acera. Lev apenas se fijó en el cuadro que había pintado en el suelo (de una precisión y un tamaño sobrecogedores), puesto que, en ese momento, todo lo que había alrededor era más importante: sus manos manchadas de pintura, la postura agachada, mirando el cuadro, pero a la vez un poco erguida; esa dedicación, esa entrega, ese gesto de concentración ausente que tenía al pintar desde que empezó a hacerlo.

A todo el que echaba algo en el cestillo ella le daba las gracias.

Le hubiera gustado seguir observándola, pero, justo en ese momento, ella reparó en su presencia y el gesto de concentración desapareció, dando paso a una sonrisa, una expresión de sorpresa que revelaba, al menos en parte, la improbabilidad de encontrarlo allí. Kato se levantó y se restregó las manos contra el pantalón; sin pensarlo mucho, él la abrazó. Notó que tenía la piel cálida y que llevaba un perfume desconocido.

Junto a la barandilla, vio la pequeña maleta con ruedas donde Kato transportaba sus utensilios. El día anterior, ella le había explicado que ya no pintaba sobre el asfalto, sino que prefería desplegar un lienzo en el que, previamente, había hecho el dibujo. La gente no se animaba a dar dinero hasta que veía algo de color.

Lev se apoyó en la barandilla, pero no muy cerca. Una señora de cierta edad, vestida con un abrigo ligero de color claro, se detuvo junto al cuadro y empezó a charlar con Kato, como retomando una conversación previa. A mediodía, un hombre con traje y corbata le dio un pequeño bocadillo. Ella ya conocía a los empleados de la zona, que solían disfrutar del descanso a orillas del río, a los niños que volvían a casa después del colegio, a los vagabundos que habían pasado la noche en algún parque cercano. A veces preferiría ponerse a escuchar música, eso le dijo, pero, por lo general, estaba abierta a hablar con la gente, esas conversaciones eran parte del trabajo. Pintar en la calle le daba dinero, lo suficiente para poder abrir una cuenta y ahorrar algo. De vez en cuando aparecía alguien que le encargaba un cuadro, o bien los dueños de algún restaurante le preguntaban si estaría dispuesta a decorar el interior del local. Kato trabajaba todos los días. Solo cuando llovía iba a algún museo para buscar nuevos cuadros que pintar.

Entonces ella se colocó a su lado y le ofreció la mitad del bocadillo.

—¿Siempre pintas en el mismo sitio? —quiso saber Lev.

El lugar exacto no dependía de ella; tenía que renovar el permiso cada semana, a veces incluso a diario.

—Pero bueno, digamos que me llevo bien con la funcionaria que da los permisos.

—Y con los transeúntes.

Según Kato, aquello era como vivir en un escaparate. A cambio, estaba en la mayor galería de arte que uno pudiera imaginar. Había días en los que apenas llegaba a pintar porque la gente, deseosa de contar su vida, se ponía a hablar con ella. Algunos se ofrecían a lavarle la ropa, mientras que otros se empeñaban en echarla de allí. Kato pertenecía al grupo de los que viajan, de los que naufragan, cuya presencia casi nadie percibe ni quiere percibir.

Unas pocas horas de observación bastaron para que Lev intuyese a qué se refería. La gente iba corriendo a trabajar, a hacer la compra, se citaba en los parques y en los cafés mientras, a las puertas de su propia casa, de su negocio y en las calles de su ciudad, existía un mundo desconocido, habitado por personas que pasaban un tiempo allí y después, sin necesidad de avisar ni ofrecer explicación alguna, desaparecían.

Por la tarde decidió dar un paseo. Quería que su cuerpo absorbiese la topografía de ese lugar, cosa que no ocurría cuando uno se desplazaba en coche o en tranvía. Aquella era una ciudad de agua, de parques donde refugiarse, de bancos y edificios majestuosos; una ciudad nueva, un folio en blanco, sin un recuerdo acechando en cada esquina. Y, sin embargo, muchas cosas le tocaban de cerca.

Entró en un supermercado y se puso a recorrer los pasillos. Había un montón de opciones para cada producto, de modo que se tomó su tiempo para decidir. Primero escogía una cosa, luego la volvía a dejar en la estantería y acababa eligiendo lo más barato. No le gustaban los grandes supermercados como concepto, esas enormes naves funcionales que también habían llegado a su país y que la gente recorría a toda prisa, con una naturalidad impuesta que pretendía borrar la escasez característica de la etapa anterior.

En cada rincón había un exceso de vida, de oportunidades para comprar algo, de cafeterías y de restaurantes en los que la gente quedaba para charlar, para tomar café, para combatir el aburrimiento. Lev se dejaba llevar por el pulso y por la amplitud de la ciudad, pero, cada vez que intentaba decir algo, notaba en su boca la pesadez y la inercia de las palabras. Su origen residía en su acento, lo llevaba cosido a la ropa y a los zapatos.

Una familia esperaba delante de una heladería; sin duda eran turistas. Las dos chicas miraban con apatía y desinterés. Lev conocía ese tipo de arrogancia, consecuencia directa de la juventud.

Alguien se había dejado un libro olvidado encima de un banco.

Una mujer rompió a llorar sin que nadie la consolase.

El cielo se nubló, la calle se volvió más oscura.

La falta de luz hacía más fácil superar la distancia entre el sentimiento de pertenencia y la extrañeza, entre el recuerdo y el olvido.

Durante la cena, Kato le contó que no sabía muy bien qué iba hacer cuando acabara el verano. Le gustaba esa vida itinerante, pero, al mismo tiempo, echaba de menos tener un nuevo propósito. Al final, uno se acababa acostumbrando al sitio, trababa amistades, era imposible marcharse sin dejar algo atrás. Nada más decirlo se quedó callada, tal vez porque fue consciente de que eso, lo de dejar algo atrás, también valía para Lev.

—¿Dónde te has sentido más a gusto?

—En Roma —respondió ella—, toda la ciudad te empuja a pintar. Y aquí. Me gusta la claridad y la amplitud. Tengo la sensación de que la ciudad me sostiene, me da seguridad.

Mientras lo decía, Kato miraba a Lev como si la frase se prolongara en su mente.

No había sido fácil, sobre todo al principio. Al cabo de pocos meses decidió cambiar la bici de Sigi por una nueva, más fácil de manejar. «Pero no se lo digas», le escribió a Lev, y este obedeció, de modo que, todavía hoy, Sigi presumía de andar recorriendo el mundo en bicicleta.

Lev sabía que Kato y Tom solían parar durante los meses de invierno, que en Eslovenia Kato se había dedicado a repartir publicidad, que había trabajado de camarera en Italia y en unos grandes almacenes en Alemania; también se enteró de que se habían comprado un coche cuando se cansaron de dormir en la tienda de campaña: pese a todos los esfuerzos por evitarlo, habían ido acumulando cosas y llegado a un punto en el que siempre acababan dejando una caja en casa de algún conocido en casi todos los países por los que pasaban. Kato le explicó lo que había aprendido: a viajar con poco dinero, dónde ducharse y que había una forma de amabilidad que permitía mantener las distancias con los demás.

Ella, por su parte, quiso saberlo todo: cómo estaban la madre y los hermanos de él, qué se contaban sus amigos comunes, Imre y Milena, y cómo le había ido cuando estuvo en Viena visitando a su abuelo. Lev se esforzó por mantener un tono distendido, pero, al mismo tiempo, se preguntó por qué los dos evitaban ciertos temas, por qué ella no hablaba de Tom, por qué no le explicaba a qué se había referido con aquellas dos palabras.

Él le habló de las novedades que había en la serrería, le contó que su hermano, el mayor, ostentaba un alto cargo en la Iglesia, que el pequeño vivía con su familia en Cluj-Napoca, que su hermana quería separarse y en qué andaban su sobrina y sus sobrinos. Además, le habló de la boda de Imre y Milena, del puente que en su día se derrumbó y que aún no habían reconstruido y de la nueva tienda que habían abierto en el pueblo.

Hubo algo en la reacción de Kato ante tanta novedad que lo puso furioso: fue un cierto aire de superioridad, como si ya estuviese al corriente de todo. En realidad, no tenía ni idea, juzgaba el mundo que él describía a partir de un recuerdo, como si nada hubiese cambiado, como si el pueblo estuviese dentro de una bola de cristal, de esas en las que a veces nieva y se forman remolinos, pero donde, por lo general, nunca ocurre nada reseñable.

Aunque todo era distinto, todo había cambiado.

Ya no había cristal.

De camino a Zúrich, Lev había hecho una parada en casa de su abuelo. Ferry vivía con su mujer en el cuarto distrito de Viena. El café Goldegg era su oficina y su salón; allí comía, leía el periódico o jugaba al ajedrez, y también allí había conocido a su mujer, Krista. A sus casi ochenta años, Ferry no había perdido su atractivo: llevaba una melena por el hombro, seguía fumando con boquilla y, cuando hablaba, conservaba ese aire de superioridad que unas veces resultaba espiritual y otras, arrogante.

Krista fue a recoger a Lev a la estación.

Él le preguntó cómo lo había reconocido.

—Os parecéis mucho —respondió Krista, aunque Lev lo cuestionó. Con sus pecas y su pelo castaño rojizo, él no se parecía a nadie de la familia.

Su abuela rumana siempre le decía que le recordaba a su difunto padre, mientras que Ferry reclamaba el parecido con su rama familiar; fuera como fuese, a Lev nunca le gustó que quisieran acapararlo. Se negaba a tener que adscribirse a la parte alemana o a la rumana. Algunos las unían mediante un guion, pero a él eso no le parecía acorde con sus circunstancias. Su madre pertenecía a la comunidad sajona de Transilvania y su padre era rumano, mientras que el abuelo materno solía remontarse a sus antepasados austriacos. Como consecuencia de esa mezcolanza, Lev nunca se sintió obligado a definirse.

Ferry estaba junto al ventanal, sentado en un banco tapizado de verde. Llevaba una camisa blanca y un chaleco gris a cuadros. El abuelo dejó a un lado el periódico y miró a Lev con extrañeza, como si necesitase unos instantes para reconocer a la persona que tenía delante. Solo cuando se inclinó ligeramente sobre el velador y comunicó al resto de los clientes que aquel era su nieto, Lev fue consciente de la confusión de su abuelo, que se alegraba mucho de volver a verlo.

Le encantaría enseñarle Viena, dijo Ferry a los postres (hojaldre con crema de vainilla y café con nata montada); la catedral de San Esteban, el Naschmarkt, el palacio de Hofburg, el café Westend, el Prückel y, en general, todos los cafés, las tiendas, los museos, la gente.

Lev se preguntó si los cuatro tipos de personas en los que su abuelo siempre había dividido a la humanidad también existirían en Viena. Según Ferry, en realidad solo había santos y locos, personas inteligentes e idiotas. Por desgracia, la locura era cada vez más común y la idiotez estaba cada vez más aceptada, de modo que ya era prácticamente imposible discernir quién era qué.

Lev prometió que la próxima vez se quedaría más días. Por una parte, lo dijo en serio, pero, al mismo tiempo, fue consciente de lo poco creíbles que sonaron sus palabras. En realidad, podría haber ido a Viena mucho antes, pero, con el paso de los años, se acabó contagiando un poco del carácter retraído de Ferry, de su actitud distante. Desde la Revolución, Ferry solo había vuelto en dos ocasiones: una, nada más abrirse las fronteras para recoger todo lo que había dejado en casa de su hija; la otra fue un verano, cuando quiso enseñarle a Krista el lugar donde nació. Ferry no podía entender cómo su hija no quería salir del país ni cómo una alemana podía quedarse en Rumanía tras tantas décadas de encierro. Él defendía que aquella etapa había llegado a su fin: de ser una nación habían pasado a ser una minoría étnica y ahora... ¿ahora qué?

—Pero tú sí que has encontrado tu lugar, ¿no?

—¡Que te crees tú eso! —respondió Ferry mirando de reojo a su mujer—. Cuando uno se marcha de un sitio, nunca termina de asentarse en otro.

Acabaron la velada tomando un oporto en el balcón, un saliente minúsculo al que se accedía desde la cocina, aunque eso de «acceder» tal vez fuese mucho decir, ya que las patas traseras de la silla permanecían dentro de la habitación. Krista ya les había dado las buenas noches. Durante unos minutos siguieron oyendo sus pasos, después se hizo el silencio. Ferry fumaba sin decir nada, con las piernas apoyadas en la barandilla. Lev decidió imitarlo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el abuelo apuntando con la cabeza hacia la barandilla—. ¿Qué tal las piernas?

Lev cerró los ojos y escuchó atentamente los ruidos procedentes del patio trasero. De los balcones y las ventanas abiertas llegaba un tintineo de platos, voces quedas.

—Cumplen su función.

Lev seguía ocultando que, cada vez que el accidente le venía a la cabeza, una sensación de entumecimiento se apoderaba de él, dejándolo paralizado.

—Yo nunca te he culpado —dijo Lev. Ignoraba de dónde salían aquellas palabras, debían de haber estado largo tiempo en su interior, pero había llegado el momento en el que podía y, además, tenía que pronunciarlas; su abuelo había pasado demasiado tiempo privado de escucharlas. Lev sintió un alivio inmediato, pero tras esa sensación se escondía algo más: una intuición, un asentimiento, solo que, en ese instante, no supo definirlo con más exactitud.

—Pero tu madre sí —dijo Ferry—. Ella nunca me ha perdonado.

Parece que no lo hice del todo bien. Os abandoné. En aquella época no te cuidé como debía. Nunca he podido entender qué fue lo que vio en tu padre.

Ferry siempre había encontrado un motivo para distanciarse de ambos, pero a Lev le pareció que no era el momento de reprochárselo. No alcanzaba a ver el rostro de su abuelo: estaba demasiado oscuro y tenía el cuerpo muy ladeado, pero le bastó con oír su voz.

«Desear que las cosas hubiesen sido de otra manera no conducía a ninguna parte», dijo Lev. Es más, de ser así, probablemente él no estaría allí, en ese balcón minúsculo típicamente vienés, al lado de su abuelo. Camino del reencuentro con Kato.

Al ver que el abuelo no reaccionaba, Lev le cogió la mano.

Al día siguiente, para cuando Lev llegó al lugar asignado a Kato, era ya primera hora de la tarde. Nada más verlo, ella se puso en pie, sonriente, lo cual le hizo pensar que el desplazamiento había valido la pena, todo con tal de provocar tanta alegría en su rostro.

De nuevo, Lev se apoyó en la barandilla y se puso a observarla mientras trabajaba. Esta vez se fijó en el cuadro. Lo primero que hacía Kato era dibujar una cuadrícula para trasladar las proporciones; después, hacía un esbozo y, solo entonces, empezaba a trabajar con el color. A su lado tenía una foto del original: la *Venus* de Botticelli, una mujer de senos firmes y redondeados, melena rojiza, larguísimo cuello y rostro inclinado que emerge de las aguas sobre una concha. Lev no sabía cómo interpretar el gesto de la diosa, en parte ensimismada, pero a la vez expectante.

Kato estaba agachada junto al lienzo y Lev no pudo evitar acordarse de la niña a la que había conocido en su día, con la ropa desgastada y aquella mirada inteligente, orgullosa, siempre como con prisa. Recordó cómo pasaba las tardes en el columpio del jardín, cómo durante los recreos se ponía a dibujar, haciendo verdaderos esfuerzos por no parecer perdida; todavía hoy, él se avergonzaba de haberla dejado sola.

Llevaba puesta su ropa de faena, como a ella le gustaba denominarla: unos vaqueros, una camiseta o un jersey y, a veces, un mono; así no tenía que lavar tan a menudo. Con el paso de los años había desarrollado ciertas rutinas y sabía cómo organizarse: su instinto le decía cuál era el mejor sitio. Por ejemplo, las calles donde hubiese mucho trasiego, con las aceras anchas, limpias y con mucha luz (a Lev le parecía que todas las calles de aquella ciudad cumplían los requisitos, nunca había visto unas calles tan pulcras). Primero había que obtener el permiso y luego congraciarse con la gente de la

zona y con todos los que tuviesen cierta autoridad: tenderos, curas, taxistas, heladeros, barrenderos… sin olvidar que no siempre eran los mismos, te podían sorprender.

Kato trabajaba muy concentrada y solo alzaba los ojos cuando alguien echaba una moneda. Lev se preguntó hasta qué punto ese instante de percepción mutua era parte de su éxito; al fin y al cabo, pese a llevar tanto tiempo pintando, no se podía afirmar con rotundidad que la gente apreciara su arte. Aun así, los viandantes se paraban; unos apenas unos momentos; otros, como la señora de cierta edad y abrigo ligero, pasaban todos los días para seguir los avances de un determinado cuadro. De repente, un perro se soltó de la correa y fue a sentarse encima de la mujer, que le acerca el manto a Venus. Kato se empezó a reír y lo dejó estar; el dueño del perro echó un billete en el cestillo.

Ella le dijo que, cada vez que se ponía a pintar, tenía la esperanza de que algún espectador se pasase al otro lado. No bastaba con observarlo desde arriba para hallar cierta lógica entre los trazos y los colores y así poder juzgarlo, saber si te gustaba o no. Según Kato, el veredicto solo era válido cuando uno lograba ver el mundo con los ojos de la figura representada.

Lev se quedó vigilando el cuadro cuando Kato tuvo que ir al baño (eso era lo que antes hacía Tom); fue a por un café y a por algo de comer. Mientras el sol bañaba la plaza y las barcas pasaban cerca, se fue revelando un mundo lleno de paz y belleza; si uno permanecía varios minutos en silencio, ese mundo emergía en mitad del bullicio de la ciudad.

Al atardecer se dirigieron a una de las zonas de césped situadas junto a la orilla; llevaban consigo la maleta con ruedas y el dinero que Kato había recaudado ese día. Ella no quiso contarlo en público. Cuando veía un billete grande en el cestillo, lo guardaba enseguida. A lo largo de esos años le habían robado varias veces.

De camino, Lev se había fijado en un cedro enorme, había cogido una piña y se la había metido en el bolsillo. Bajo un templete cercano, varias parejas bailaban al son de un radiocasete. Dos chicos pasaron volando en monopatín, tan cerca que Lev tuvo que esquivarlos. Pararon en un quiosco para comprar cerveza y una bolsa de patatas; esta vez pagó él.

—Pero eres mi invitado —objetó Kato.

A él le pareció que, hasta ese momento, había sido un mero espectador.

El color del lago le sorprendió, también la nitidez con la que se

distinguían los Alpes esa noche de verano. Se dice que los lagos reflejan el color del cielo, pero Lev se preguntó cómo era posible que el cielo allí fuese tan distinto del de Maramureş. Junto al muelle deportivo, donde Kato acababa de extender una manta sobre la hierba, Lev abrió la caja de pinturas.

Azul ultramar, demasiado oscuro.

El azul turquesa se acercaba más.

Con un toque de verde azulado.

«El color del lago cambia todos los días», dijo Kato mientras abría las cervezas con ayuda del mechero. El césped se fue llenando poco a poco: unos iban solos, otros en pareja; también había un grupito con una guitarra. Además, había gente que iba a nadar, a alquilar una barca o a pasear al perro. Después de la segunda cerveza, Lev tuvo que ir al servicio. Kato le indicó dónde había un baño público. No debía extrañarse al ver la luz azul, era para que los drogadictos no se encontrasen las venas. Cuando regresó, Kato se había tumbado, ocupando toda la manta; se estaba encendiendo un cigarrillo que había liado previamente y que olía un poco raro.

En su boca asomó una sonrisa traviesa y desafiante. Kato dio una calada, retuvo el humo y lo fue exhalando lentamente. El filtro, un trocito de cartón enrollado, apuntaba hacia Lev cuando ella le pasó el cigarrillo. Al observar cómo daba la calada, Kato le explicó que debía hacerlo de otra forma, con una larga inspiración; después le preguntó si tenía idea de lo que estaba fumando. Lev negó con la cabeza y volvió a intentarlo. Entonces cayó en la cuenta.

Nunca antes había fumado un porro.

Pero no le pareció una mala tarde para empezar.

Kato se llevó el pulgar y el índice a la boca y silbó.

Una mujer se dio la vuelta.

—Así que tú eres Lev —dijo antes de sentarse con ellos.

Lev dudó sobre el matiz de la frase: he oído hablar mucho de ti, no te imaginaba así, podía ser cualquier cosa. La chica se llamaba Warja, mucho más no logró averiguar, puesto que Kato y ella enseguida comenzaron a charlar (una pregunta daba pie a la siguiente, un tema conducía a otro); también ella tendría unos treinta y largos, casi cuarenta; hablaba con un ligero acento y, mientras lo hacía, le tocaba el brazo a Kato despreocupadamente; eran gestos fugaces, confiados pero a la vez medidos, como queriendo esconder cierta inseguridad.

—Yo estuve una vez en Rumanía —dijo Warja dirigiéndose a él—. Fui a un congreso a Bucarest.

Lev le preguntó por sus impresiones y ella respondió que le había

gustado mucho la arquitectura, esa coexistencia de historia, decadencia y modernidad. En cuanto a las personas, le había llamado la atención su fina ironía, su sentido del humor y su hospitalidad. También le había gustado esa forma indirecta de decir las cosas, esa especie de discreción, aunque a veces le había costado entrar en el juego; sencillamente, había momentos en los que era importante concretar. Le había sorprendido que, en el espacio público, los transeúntes apenas reparaban en los demás; incluso en los cafés, los camareros se dirigían a los clientes con exquisita indiferencia. Era casi imposible captar la mirada del otro.

Lev replicó que no solo era imposible, sino descortés.

Warja se echó a reír. Lev comprendió hasta qué punto las impresiones de esta podían ser contradictorias. Ya a partir de las conversaciones oídas en el tren había concluido que, hasta cierto punto, todos los pasajeros representaban fielmente a su país. Pero ¿acaso un solo individuo o una experiencia aislada podía representar al conjunto? La región de Valaquia era distinta al Banato o a la Bucovina, la parte sajona de Transilvania diferente a Maramureş, de modo que Lev no dijo gran cosa, también porque tenía la boca seca.

Warja había llevado unas uvas, así que las lavó en una de las muchas fuentes que había en la ciudad.

Lev y Kato cogieron unas pocas y reaccionaron casi al unísono:

—Gracias.

Dar las gracias por la comida, eso siempre; también era típico del sureste de Europa.

En mitad de la penumbra que caía sobre el lago, un mirlo se posó en el mástil de un barco. Por la brusquedad de sus movimientos parecía asombrado, sorprendido. Tenía el pico naranja chillón, al igual que el iris. Cada vez que miraba hacia otro lado daba un saltito para mantener el equilibrio, como si fuese un acróbata.

Los tres se habían sentado mirando al lago; Kato estaba en el centro. Lev se preguntó si también ella se habría acordado de Camil. Todos los mirlos hablaban de él, del amor que sentía por esos pájaros, de su desaparición. Cuando Camil se marchó, Kato dejó de pintar. Destruyó los cuadros que había hecho mientras estuvo viviendo con él, aunque, cada vez que Lev iba a visitarla, se llevaba varios a escondidas. Él nunca antes se había interesado por su obra, pero, nada más irse Camil, se sintió responsable. Así fue como rescató varios dibujos de pájaros, viejos esbozos de paisajes, sus primeros intentos de usar el color que, ya por entonces, a él le parecieron perfectos… pero fue inútil: por más cosas que le dijera y por mucho que la animara,

Kato no volvió a tocar las pinturas.

Lev se acordó de la postal que le había enviado desde Budapest: era una escena situada en un café, tan realista, pero a la vez tan borrosa, que él creyó reconocer la excitación en cada trazo. Sucedió en primavera; Tom y Kato llevaban ya medio año viajando, pero se habían quedado sin ahorros, de manera que, según ella misma le contó, había días en los que solo comían arroz o pasta. Fue entonces cuando Kato volvió a pintar; pintó en la plaza de los Héroes de Viena, en el Bastión de los Pescadores de Budapest, donde los transeúntes echaban monedas como quien hace una especie de ofrenda.

«Canta», dijo Lev para sí, «canta»; y, como si el pájaro pudiera leer sus pensamientos (cosa que, de repente, a él le pareció plausible), el mirlo que estaba posado sobre el mástil comenzó a trinar y las notas se propagaron entre las barcas y las casas. Era un método muy preciso para acotar el espacio y, como de costumbre, todos los demás sonidos se extinguieron, como si alguien hubiese bajado el volumen para dar protagonismo al mirlo. Todo lo que no formaba parte de ese canto se alejó. Y todo lo que permaneció se volvió parte de él.

Lev escuchó muy atento mientras observaba la fuente y el vaivén de las barcas; también a Kato y a Warja, que se trataban como si se conocieran desde hacía mucho; entonces notó una cierta ligereza, una sensación que despegaba de su estómago, un hormigueo en las piernas y en las yemas de los dedos. Cada instante, pensó Lev, contenía todo lo sucedido, pero, al mismo tiempo, era un nuevo comienzo.

Al día siguiente, Kato lo llevó hasta el Land Rover.

Al acercarse al coche, ella aceleró el paso, después abrió la puerta del copiloto y exclamó: «¡Esta es mi casa!». Para despejar cualquier duda sobre sus bondades, enumeró las características técnicas del todoterreno: tracción a las cuatro ruedas, motor de gasolina de cuatro cilindros... tenía ya sus añitos, pero se conducía de maravilla; hasta podía tomar una curva en tercera a treinta kilómetros por hora. Claro que consumía una barbaridad.

Lev asintió impresionado: el Land Rover de color crema tenía los faros protegidos con una rejilla y llevaba la rueda de repuesto encima del capó; además, tenía instalada una baca que iba de punta a punta. Había que agacharse bastante para entrar y el aire caliente tardó un rato en salir por las puertas abiertas, pero allí había todo lo necesario: una cama, un hornillo de gasolina, cazuelas, vajilla y varias cajas para guardar cosas que también servían de mesa o de banqueta; sobre ellas había repartidos muchos papeles y dibujos.

No se parecían en nada a lo que Kato pintaba en la calle: eran

paisajes, plantas, naturalezas muertas, retratos. La dirección y la longitud de los trazos sí que eran reconocibles; también ese ímpetu, esa espontaneidad. Parecían recién pintados, pero, al mismo tiempo, era como si nunca estuviesen acabados del todo, ya que el ojo iba completando lo que faltaba. Lev sabía cuánto significaba la pintura para ella. Esa obsesión callada que en algún momento llegó a preocuparlo había estado allí desde el principio. Al ver los dibujos, Lev pensó que eran los propios objetos —una mujer en el autobús, el ala de una cigarra, unas hierbas, unas telarañas— los que deseaban captar la atención y ser plasmados para así encontrar la salvación en otra vida, en otro tiempo.

Mientras Kato preparaba un té, Lev se sentó en el colchón y se puso a mirar la biblioteca que estaba a un lado de la cama: Harper Lee, Lucian Blaga, la poesía de R. S. Thomas, Nelly Sachs, Nora Iuga, Adam Zagajewski, libros sobre la pintura de Johannes Vermeer, Andy Warhol, Berthe Morisot.

Kato le contó que estaba estudiando a Vermeer. Le fascinaba cómo conseguía representar tan vivamente lo que sucedía con apenas insinuarlo. Otros pintores de la misma época utilizaban una pincelada fina, mientras que Vermeer evitaba las líneas.

—Aquí, por ejemplo —Kato abrió el libro por una página en concreto—. ¿Ves cómo extiende hacia el fondo oscuro la delgada veladura que da luz a la piel? Así consigue que el rostro de la mujer parezca un poco borroso, como transparente.

—Antes no tenías libros —dijo Lev.

—Mejor no empecemos las frases por «antes».

Lev notó la punzada, pero tenía razón.

Había existido un antes en el que cada uno sabía casi todo del otro; bastante tenía él ahora con soportar la comparación, como para ponerlo más difícil.

—¿Y hasta cuándo estás de vacaciones? —quiso saber Kato.

—Hasta que yo quiera.

Kato removió el azúcar en la taza de té y siguió removiendo mucho después de que se hubiese disuelto.

Lev se acordó de cuando le preguntó a Imre si podía tomarse unas semanas libres para visitar a Kato. La respuesta de su jefe y amigo se demoró un poco, por lo que él temió no haber sido muy oportuno, pero Imre se limitó a contestar: «Ya era hora de que las pidieras».

En las ventanillas del coche había fotos y postales: Kato y Tom con las bicicletas en un puerto de montaña; Kato en una fiesta con un vestido largo; una foto de ella y del propio Lev cuando fueron en tren

al mar Negro. Le pareció increíble que la hubiese conservado todos esos años. Kato y él miraban ilusionados a la cámara; la foto la había hecho una señora de Dresde que iba en el mismo compartimento. ¡Qué jóvenes eran! ¡Y qué aislados estaban! Lev se avergonzó de su corte de pelo, de haber alimentado grandes esperanzas, de no haber tenido valor. Ese viaje había sido una primera salida. Por aquel entonces, él sabía de sobra que Kato se quería marchar, pero prefirió ignorar sus insinuaciones y acabó convenciéndose de que no se iría.

Después fue descubriendo más fotos, y entonces comprendió que Kato no podía hablar de otra forma de sus recuerdos, que el mundo que ella en su día abandonó no había cambiado y tampoco podía hacerlo, puesto que también Kato buscaba seguridad en lo que una vez fue.

Lev se metió la mano en el bolsillo y le dio una llave.

La incredulidad y el estupor se adueñaron del rostro de Kato.

—No la quiero —dijo ella, pero, aun así, la cogió.

Dijera lo que dijese, él no se la llevaría de vuelta.

La había guardado durante mucho tiempo.

Kato se puso a cortar queso y pan. Además, abrió el bote de *zacusca* que Lev le había llevado de parte de su madre y preparó unos cuenquitos con aceitunas e higos. La llave acabó en la bandeja, como si fuese un cubierto más. El techo del Land Rover, baca incluida, también era una terraza móvil de cuatro metros cuadrados. La ciudad se hizo presente como un acorde lejano; su ajetreo, como un murmullo de fondo. El azul del cielo, aún resplandeciente, se transformaba en una línea anaranjada a medida que rayaba el horizonte.

Había llegado el momento de preguntar por Tom.

—Decidió quedarse en Friburgo —respondió Kato en un tono sorprendentemente neutro—. Vivimos allí casi un año. La idea era continuar hacia Francia (¡París, al fin!), pero él se cansó de ir de un lado para otro. Quiere abrir un negocio de bicicletas.

En un primer momento, ella no le había dado mucha importancia, pero, visto en perspectiva, se sorprendía de haber logrado postergar lo inevitable durante tanto tiempo. Como si uno pudiese impedir que algo suceda cuando ya está decidido. La separación no fue fácil; Tom le dejó la furgoneta y ella decidió seguir viajando, esta vez a Suiza, y allí estaba desde hacía tres meses.

Lev y Kato observaron las luces de la ciudad; solo donde se intuía el contorno del lago estaba oscuro. «Como un agujero que todo lo traga», pensó él.

Kato cogió la llave y empezó a darle vueltas, como si fuese un

objeto cuya utilidad escapase a su entendimiento. Entonces le contó que en Friburgo había empezado a dar clases. Los miembros de una asociación cultural se lo habían propuesto en plena calle, y ella aceptó de inmediato. Primero organizaron un curso de verano; después, varios cursos semanales de arte urbano para jóvenes.

—Creo que eso me gustaría, dedicarme a enseñar.

Lev casi se atraganta con una aceituna. Él siempre lo tuvo claro: desde aquella vez en la que la tutora pidió a Kato que diese clases a Lev cuando estuvo enfermo. No pensaba contárselo, aunque quizás lo delatara la sonrisa que, en ese momento, ocupó todo su rostro. En realidad, le hubiera gustado saber más, pero Kato cambió de tema y le preguntó si había alguna mujer en su vida. La pregunta pareció espontánea, pero Lev conocía a Kato lo suficiente como para saber que esa duda la habría estado rondando desde su reencuentro.

—Ya no —respondió.

—¿Cómo era... cómo se llama?

—Marinela.

La mera pronunciación de ese nombre, el sonido tan familiar de esas cuatro sílabas bastó para que ella se le hiciera presente con toda su sensualidad, su sinceridad y su sensatez. Había necesitado mucho tiempo para superarlo. Si es que eso era posible, superar lo ocurrido.

—¿Cómo os conocisteis?

—En una excursión en bici —contestó Lev.

Ignoró el gesto de asombro de Kato. Había cosas que no quería compartir.

Todavía no.

En mitad de la noche, alguien dio unos golpecitos en la ventana.

—¿Hay alguien?

Kato hizo un gesto para que Lev estuviese callado.

La luz de una linterna iluminó el interior del todoterreno, pero las cortinas estaban corridas y el haz no llegaba hasta la cama. Al cabo de un rato, el hombre desistió, al momento se oyó el encendido de un motor, la luz de unos faros recorrió el parabrisas y se hizo de nuevo el silencio.

«Ya es la segunda vez que viene la policía», dijo Kato. Allí estaba prohibido acampar, lo cual significaba que tenía que mover el coche. Era una lástima, sobre todo por las vistas.

Tras el incidente, a Lev le costó conciliar el sueño. No se atrevió a moverse ni un milímetro. Cuando ella le propuso que se quedara a dormir, él dudó; el colchón era de uno veinte como mucho; resultaba imposible no rozarse cada dos por tres. La colcha de algodón apenas

alcanzaba para tapar a los dos. Kato era muy generosa con todo, menos con las mantas; eso él ya lo sabía.

—Lo de la tienda de bicis no fue todo. Tom también se enamoró.

Lev prefirió no decir que imaginaba algo así.

Poco a poco, la oscuridad fue revelando sus contornos.

—Nuestra relación estaba agotada, y además… —Kato vaciló.

—¿Qué?

Ella lo pensó mejor y, pasado un rato, dijo:

—De no ser por él, quizás no hubiese tenido valor para volver a pintar. Y tampoco habría aprendido tanto. Cada país, cada ciudad, cada cuadro me ha enseñado quién soy. Y qué es lo que me importa.

Estaban tan juntos que el pelo de Kato rozaba las mejillas de Lev. Él le acarició la frente con cuidado, ya más tranquilo al ver que volvían a hablar como antes. Ahí estaba otra vez: la palabra prohibida.

—Entonces, ¿ya lo sabes? —preguntó Lev.

Ella asintió.

—Me tuve que ir para averiguarlo.

—Ahora ya lo sé.

La mañana siguiente comenzó con un anuncio.

—Hoy empiezo un cuadro nuevo.

Mientras la veía recoger sus cosas, Lev le preguntó por el lienzo.

—No hay. Voy a hacerlo en el suelo.

Kato solía pintar con unas barras de pastel que no tuviesen cera ni aceites, solo pigmento en polvo comprimido.

—Este tono —dijo Kato mientras le enseñaba una barra en el autobús que iba desde la colina de Käferberg hacia el centro— se parece al del Sacré-Cœur, y este azul de aquí recuerda al del río Iza un día de verano.

Una pareja sentada en frente los miraba con atención. Esa noche, después del control policial, habían pasado del alemán al rumano. En ese idioma se abrían otros espacios, una palabra acariciaba la siguiente; era una lengua viva, familiar. Las palabras estaban desgastadas por el uso, tenían esquinas, vida propia. Pero encajaban. Era como si, antes de usarlas, solo hubiesen podido observar sus recuerdos desde fuera.

En el sitio que le habían asignado a Kato, junto a la iglesia de Fraumünster, había un mimo absolutamente petrificado; era imposible detectar su respiración, ni siquiera un parpadeo. Todo en él era de color dorado: el sombrero, la cara, las manos, la camisa, el pantalón, los zapatos, hasta la silla en la que estaba sentado y el libro que estaba leyendo. Ni siquiera reaccionó cuando Kato le dijo que aquel era su

sitio.

«El tipo lo tiene crudo», pensó Lev, «solo que aún no lo sabe». Entonces él se sentó en un banco algo alejado, con ganas de ver el final de la escena. En un momento dado, el mimo se movió y deshizo la postura. Para sorpresa de Lev, después sonrió y hasta dijo algo que hizo reír a Kato.

Después recogió sus cosas.

Lev le ofreció algo de comer, pero el mimo negó con la cabeza.

Le estropearía el maquillaje.

Kato hizo un boceto con trazos gruesos; no se levantó ni una vez para ver cómo estaba quedando. Arrodillada en el suelo, se apoyaba sobre una mano e iba cambiando la posición de las piernas mientras trabajaba, muy concentrada. Nadie se paró a mirar. En la puerta del registro civil, que estaba allí cerca, una pareja de recién casados fue recibida con flores y champán. Un barco lleno de turistas se dirigía hacia el lago. Cuando el sol alcanzó el banco donde estaba Lev, el rostro del hombre dorado se empezó a cuartear, como si su piel se resquebrajara. Entonces el mimo se levantó y se colocó junto a Kato, como si estuviese admirando el cuadro.

Lev también se puso en pie, pero ellos no se dieron cuenta; llevado por un impulso, decidió cruzar la plaza y entrar en la iglesia. Tras pasar entre los bancos descubrió las vidrieras de colores situadas sobre el coro, que estaba pintado de estrellas. Desde el exterior, las ventanas se veían grises y pasaban inadvertidas; nada hacía presagiar ese hallazgo. Los visitantes encendían alguna que otra vela y hablaban entre susurros, Lev apenas los oía. Entonces decidió sentarse a contemplar las vidrieras hasta que creyó reconocer a todos los personajes y las historias que representaban.

El arte era un juego basado en mostrar y ocultar. ¿También la vida? Existía lo visible y lo invisible, pero apenas una mínima parte salía a la luz. Había cosas que uno podía ocultar dentro de sí hasta olvidar que una vez existieron. Otras no.

—¿Cuánto tiempo más vas a esperar? —le había dicho su madre cuando volvió a recibir una postal de Kato.

Por un momento se puso furioso, pero aquel tono fue tan insistente que Lev prefirió ignorar su propio enfado. Quiso explicarle que no se podía marchar, así como así, pero ella lo interrumpió. Estaba harta de oír excusas; la serrería no iba a quebrar; todo seguiría en pie, aunque él no estuviese. Su madre le decía que se fuese, Imre le decía que se fuese, era como si todo a su alrededor le diese un empujón, como si todo lo impulsara a marcharse.

¿Por qué no se había ido antes?

¿De qué tenía miedo?

El ruido de la ciudad golpeaba contra las vidrieras como a ráfagas, pero dentro de la iglesia hacía fresco y reinaba el silencio. Entonces empezaron a aparecer imágenes: una cama con ruedas, un túnel llenándose de agua, un chaleco de piel gris, Lonja con una bolsita llena de avellanas. Lev nunca había logrado superar esas pérdidas tempranas. Todo era el eco de esas experiencias, conducía a ellas, enlazaba con ellas. Nunca iba a poder modificarlas, estaban presas en su interior (¿o era él quien estaba preso?); no podía hacer nada. Siempre que esos recuerdos lo acosaban, él trataba de apartarlos, como quien aparta las ramas de un árbol que, inmediatamente, vuelven a crecer. Notó las piernas entumecidas, conocía esa sensación; era como si un remolino lo succionara desde las profundidades del suelo, pero esta vez no se resistió, sino que se abandonó a las imágenes, al miedo y a la pena; no hizo el más mínimo intento de levantarse, solo dejó que sucediera. Todo se podía mover alrededor de uno mismo, pasar de largo, o bien era uno mismo el que se movía, hasta que todo lo demás paraba.

Alguien le tocó en el hombro, pero, al darse la vuelta, solo vio a un señor que llevaba una mochila; seguramente lo había rozado sin querer. Jacob luchaba contra el ángel al pie de la escalera celestial y, aunque en realidad estaban forcejeando, parecía que se fuesen a abrazar.

De vuelta a la plaza, Lev necesitó un tiempo para acostumbrarse a la claridad. Sobre el asfalto que había entre la iglesia y el río había aparecido el retrato de una joven. Llevaba un turbante azul, del color del Iza en verano, coronado por una especie de pañuelo amarillo. A mitad de camino, la mujer miraba al observador con la boca entreabierta. ¿Querría decir algo? ¿O tal vez lo acababa de decir y sus palabras seguían flotando en el aire?

Kato insistía en el claroscuro mientras el hombre dorado, situado tras ella, la observaba inmóvil. Los viandantes se detenían, formaban un semicírculo y echaban dinero en el cestillo. Al cabo de un rato algo se movió y Lev pudo verlo todo (a Kato, al mimo, a los viandantes, la plaza y la iglesia) con los ojos de la mujer en cuyo cuello brillaba un pendiente en forma de perla.

Kato al fin se levantó para alejarse unos cuantos pasos. Parecía contenta, agotada. El hombre dorado también osó moverse. Entonces se oyó un aplauso espontáneo y ambos hicieron una reverencia. Lev también aplaudió, como si esa tarde de sábado estuviese paseando a

orillas de lago, como si no supiese nada sobre esa mujer. Estaba orgulloso de Kato. De lo que había conseguido y de lo que tenía por delante, e intuyó que su talento la sostendría para siempre.

Kato repartió lo recaudado con el mimo.

—Eres muy generosa —dijo él, sorprendido.

Lev atrapó la mirada de Kato y sonrió: sabía de sobra cuál sería su respuesta.

—Yo nací un sábado —dijo ella.

Claro que el hombre dorado no tenía ni idea de a qué se refería.

Entonces sucedió algo que lo frenó. Alguien quiso agarrarlo del hombro, pero Lev no vio a nadie. Olor a leña quemada, ruido de cascos. Se agarró a la escalera y puso un pie en el primer peldaño. Otra vez ese peso.

Comenzó a desvestirse y, a medida que se quitaba las prendas, se sentía mejor. Ahora sí. Tenía que subir rápido, más y más alto, atravesar la luz del sol, la noche, hasta que volviese a clarear y alcanzase la cima. Después levantó la escalera y la apoyó contra un árbol. Estaba en un bosque, pero no se oían las hojas, los pájaros ni el viento, solo un murmullo lejano. También había un lago del que asomaban varios peñascos; allí vio a unas mujeres sentadas, cepillándose la larga melena. Su cabello flotaba como si fuese niebla hasta alcanzar los valles que había más abajo. Vestían de blanco, como las nubes, y llevaban unas campanillas alrededor de los tobillos. Una mujer se volvió hacia él y señaló en una cierta dirección. En la orilla opuesta brillaba una luz. Lev lo interpretó como una llamada y se puso en marcha.

Esa mañana se despertó tarde. Por el ruido de los coches que pasaban, supo que las calles estaban mojadas. La niebla que aparecía en el sueño había alcanzado la ciudad; era una niebla húmeda, clara, que amortiguaba el más mínimo ruido. Después de desayunar empezó a hacer el equipaje. Cada gesto condicionaba el siguiente, como si fuese una necesidad. Lev entregó la llave en la recepción y salió a la calle.

El Land Rover estaba aparcado a la entrada del hostal. No había duda: no conocía ningún otro coche que tuviese faros con rejilla.

Dio unos golpecitos en la ventanilla del copiloto.

Kato se inclinó sobre el asiento y bajó el cristal con la manivela.

—¿Pasa algo? ¿No vas a subir?

Él subió y echó la bolsa en el asiento de atrás.

Kato lo saludó con un beso.

¿Por qué sabía que él ya había tomado una decisión? ¿Y por qué

estaba tan tranquila?

—Quieres irte, ¿no? —preguntó Kato.

Lev asintió.

—Muy bien —respondió ella justo antes de arrancar.

Ya cuando estaban en las afueras, Lev le hizo una pregunta:

—¿A dónde vamos?

Kato subió el volumen de la música.

—Eso lo decides tú.

I've been looking so long
at these pictures of you
that I almost believe that
they're real

Siete

Kato cerró la puerta, sin más, como si fuese a volver al cabo de unas horas. Ni siquiera echó la llave.

Lev pensó que el ruido de la puerta al cerrar tenía que sonar distinto según el caso: debía haber una diferencia entre una puerta que se cierra para volverse a abrir pasado un rato y otra que se cierra por un tiempo indefinido. ¿Por qué no había detectado la diferencia? La puerta sonó como siempre: un poco rasposa al principio, puesto que rozaba con el primer peldaño de madera, hasta que emitía un breve gemido, casi como una tos, lo cual indicaba que se había cerrado del todo.

Le hubiera gustado preguntarle si tenía previsto volver.

La puerta, en cualquier caso, no le había respondido.

Le había negado su complicidad.

Kato parecía cambiada: el pueblo, la casa y puede que ni siquiera Lev formaran ya parte de sus gestos, de su rostro. En sus ojos había una luz, un brillo intermitente, una señal de su partida.

—Gracias por venir —dijo ella.

Sonó muy formal.

Por un instante, Lev se abandonó a la idea de que aquello no era una despedida. Seguro que, pasados unos días, la puerta se volvía a abrir y esa apertura sería palpable, reclamaría su presencia, y Kato se sentaría de nuevo a la mesa en aquella habitación donde nada era superfluo, donde todo tenía una finalidad. Habían intentado decorar los dos cuartos para hacerlos más acogedores: pintaron las paredes, fueron al molino a lavar las alfombras, compraron una vajilla nueva y se deshicieron de todas las pertenencias del padre de Kato, la ropa, las herramientas. Lev albergaba la esperanza de que, con ello, también desapareciera la oscuridad que siempre reinó en esa casa.

Ahora la mesa estaba recogida; la puerta, cerrada. Un hombre joven aguardaba fuera, sentado en el tronco de un peral que la tormenta del otoño anterior había arrancado de raíz. Mientras Kato guardaba alguna cosa en una de las alforjas de la bici, el joven no le quitaba ojo. ¿Acaso temía que ella cambiara de opinión?

Lev ni siquiera podía decir que Tom le cayese mal. De haberse conocido en otras circunstancias, seguro que lo hubiese admirado por tener tanto mundo y ser tan independiente. Tal vez, pero, dada la

situación, lo único que pensó Lev fue: «¿Quién te manda pasar por aquí? ¿Justo por este pueblo?».

—Creo que lo llevo todo —dijo Kato.

—Si te olvidas de algo, se puede comprar.

—¿Estás pensando en algo en concreto?

—Pues eso.

Tom se echó a reír.

Kato le dio a Lev la llave de la casa.

Como de costumbre, fue él quien retiró la mirada, deshizo el abrazo y rompió el silencio:

—Mándame una postal de cada país por el que pases.

De repente, a Lev le pareció que todo iba muy lento.

—Prometido —respondió ella.

Él casi no lo oyó.

Lev salió de la parcela de Kato, situada al final del pueblo, en una callejuela lateral, y subió a la colina. Al volverse, apenas logró distinguir el rastro de polvo que las ruedas habían dejado en la carretera. «Debiste girarte antes», se dijo, solo para saber si también ella se había vuelto para mirar. Ante él, un paisaje brumoso y deslavazado: alguna que otra granja con el tejado de madera, las calles, los caminos, colinas cubiertas de bosque, montañas… todo aquello componía una estampa familiar que, al mismo tiempo, parecía deshacerse, como si alguien tirase de los extremos, como cuando su madre se ponía a tejer, se confundía y tiraba de la hebra de lana para soltar los puntos defectuosos.

Cada colina, cada monte daba paso al siguiente, formando una larga cadena de certezas. Algo nuevo iba a suceder, no caería en un vacío por más que, en ese instante, ese fuera su mayor temor. Lev no se iba fijando en el camino, respiraba por la boca y con cada subida, cada bajada, algo se perdía, algo en su interior se debilitaba, encogía. Acabó convertido en un punto insignificante, lo mismo que aquella piedra, como el lagarto inmóvil que tomaba el sol encima. Deseó poder imitarlo, sentir el calor de la piedra, volverse piedra todo él, ser parte del paisaje, abandonarse a los veranos y a los inviernos, a las vueltas que daban la luz y la noche.

Se dejó caer sobre la hierba, notó el suelo firme, hormigas en la piel. El viento comenzó a arreciar; no era una brisa suave, sosegada, sino un aire violento, impetuoso, que presionaba con fuerza su cuerpo, sus párpados. Lev empujó la hierba con las manos.

La hormiga recorre tu brazo sin saberlo; el viento sopla sobre la colina sin saberlo; pero tú, tú sí lo sabes: ella se ha ido.

Una semana antes, Tom había llegado al pueblo en bicicleta. La gente se asomó a la puerta y todos lo miraron con asombro, como si fuese una aparición. Tenía el pelo largo, la tez morena, era musculoso, pero delgado. Vestía camisetas chillonas de un tejido ligero y en las piernas llevaba algo parecido a unas medias, pero cortadas por la mitad. Según las indagaciones de Anuţa (de quién si no), aquello era conocido como «ropa técnica». Aparte de «gracias» y «buenos días», Tom no hablaba ni una palabra de rumano; se comunicaba en alemán y en inglés y, cuando no le quedaba más remedio, recurría a su sonrisa y a los gestos. Aquella sonrisa bastaba por sí sola como respuesta.

La gente quiso invitarlo a su casa, un gesto habitual con cualquier viajero, y, además, escucharon con atención lo que tuviese que contar, todo les interesaba. Tom, por su parte, parecía acostumbrado a ser el centro de atención; de hecho, aceptó todas las invitaciones, comió, bebió, contó sus historias, sonrió, durmió en varias camas de invitados, en su propia tienda de campaña o en algún pajar. Kato estuvo presente desde el primer momento; era ella quien traducía, no se separó de su lado.

A Tom las convenciones no le interesaban lo más mínimo; es más, no tenía modales, lo cual resultaba en parte atractivo, aunque pasaba por alto algunas reglas a las que todos los habitantes del valle se atenían. Sin embargo, eran ellos los que, a su lado, parecían unos pueblerinos, primitivos y casi grises, como si las camisetas chillonas de aquel joven acaparasen todo el color.

Los niños lo adoraban, le acariciaban la piel y el pelo como si fuese un santo recién descendido del altar, se sentaban en su regazo y le pedían que les diese una vuelta montados en el portaequipajes de la bici. También decían que sabía contar muy buenas historias, aunque ellos no entendiesen ni palabra, y que había recorrido medio mundo. Ochenta mundos en un día… o algo así.

Tom era de Hamburgo y llevaba un año viajando por Europa en bicicleta. Era una Europa distinta, más grande, que se extendía desde el Atlántico hasta el mar Negro. Tras pedalear por los nuevos estados de Alemania del Este, Polonia, Ucrania y la República de Moldavia, su intención era regresar hacia el oeste atravesando el norte de Rumanía (esa parte del mapa que, según decían los lugareños, cuando lo colgabas coincidía con el clavo).

Tom contó, por ejemplo, que había trabajado recogiendo flores en un invernadero de Varsovia hasta que le salió un sarpullido. También hizo labores de mantenimiento en el cercano monasterio de Saharna, que había vuelto a abrir, y, durante un par de meses, estuvo acompañando a un pescador en el lago de Yalpug. En cada sitio se

solía quedar el tiempo que quisiese; después proseguía su viaje hasta donde le apeteciera y vendía su historia a la prensa local. No daba la impresión de tener obligaciones ni de vivir angustiado por el dinero; es más, tenía uno de esos rostros que parecen inmunes al menor atisbo de preocupación.

Lev no pudo ignorar el interés que Tom despertó en Kato, ya que su mirada se volvió un poco ansiosa, febril. Tal vez ella lo supo desde el primer momento: Tom era su forma de huir, su oportunidad de marcharse. Lev, en cambio, había optado por borrar el desasosiego de Kato, su creciente insatisfacción. No quiso reconocer que ella no era feliz, del mismo modo que, hasta ese último día, tampoco quiso reconocer que se marchaba.

—Vayámonos nosotros también —le propuso Kato—, sin fecha de vuelta.

—Yo no puedo —respondió Lev.

—¿No puedes o no quieres?

A Tom le empezó a gustar aquella chica que lo seguía a todas partes. Kato, por su parte, le comunicó a las claras su intención de acompañarlo, ante lo cual, él solamente dijo: «Necesitarás una bicicleta». Kato localizó una bici que parecía en buen estado; después de revisarla, Tom le consiguió unas alforjas. Lev se sintió aliviado al ver que nadie le pedía ayuda; siempre había echado una mano a Kato, pero, en esa ocasión, ni siquiera se ofreció.

Tom y Kato se pusieron a practicar con las bicis.

Recorridos en zigzag y por pistas de tierra.

Ecos de carcajadas.

Kato le contó que Tom le había preguntado si quería acostarse con él; todo un detalle por su parte tratándose de un asunto en el que, por lo general, la avidez de unas manos o de una mirada bastaba para que, al instante, uno se sintiese desnudo.

—¿Y? —preguntó Lev.

—¿Cómo que «y»?

—¿Te acostaste con él?

Debió de equivocarse en el tono, puesto que Kato no respondió.

Lev no se lo iba a poner tan fácil. Cuando Kato le contó que se marchaba con Tom, la miró fríamente. Un ansia de alejarla todavía más, de crear una distancia insalvable entre ambos se apoderó de él. Al ver su reacción, la decepción se instaló en el rostro de Kato, y Lev deseó que ese sentimiento permaneciera; es más, esperaba que nunca se extinguiese. Lo peor sería que la decepción se desvaneciera nada más doblar la primera esquina. Tras sacudirse torpemente el polvo del

pantalón, Lev la miró, esquivando adrede sus ojos, y le deseó un buen viaje.

A la mañana siguiente, Lev no pudo levantarse de la cama.

Su madre le preguntó si estaba enfermo.

Él le dio a entender que quería estar solo.

De pequeño había sufrido un accidente que lo obligó a guardar cama, y lo que en su día le había parecido un castigo, en ese momento le resultó agradable. No tener que levantarse, poder quedarse tumbado y escuchar atentamente cómo la casa dejaba atrás el día y se adentraba en la noche, los pasos de su madre en la antesala, en el porche, en la cocina que utilizaban en verano, hasta que, al caer la tarde, todo se iba silenciando y, finalmente, no se percibía el más mínimo movimiento en la casa ni en el patio. Su hermana Bredica, su sobrina y sus sobrinos irían a visitarlo; también sus hermanos. «¡Levántate!», le dirían; a lo que él respondería con una pregunta: «¿para qué?».

Solo cuando Lis se sentó junto a su cama esa tarde tuvo el valor de mirarla. Ella le besó la frente y él se avergonzó, pero solo en parte. Quién, si no Lis, podía hacer tal cosa.

—Sé que te quedas por mí.

Lev se incorporó. Así que era eso lo que pensaba.

—Ella, en cambio, ya no tiene a nadie.

—¿Qué me pasa? —preguntó Lev.

—No os podéis quedar el uno por el otro.

Ruidos de la calle, portones, ladridos, un cubo que golpea contra el brocal. La luz vespertina empezó a reconocer su habitación, cubriendo los muebles con una capa de ligereza.

—Ven a cenar —dijo Lis—. Mañana, cuando Kato se marche, le dices adiós y le das esto de mi parte.

Lev cogió un sobre.

Su madre estaba a punto de salir cuando Lev le aclaró que se equivocaba en algo: él no se quedaba allí por ella, tenía otros motivos.

No dijo cuáles.

Lev nunca hablaba de Kato. Cuando los demás se preguntaban por dónde andarían ella y Tom, él se mostraba indiferente y cambiaba de tema. Iba a trabajar y después regresaba a casa con los zapatos y la ropa llenos de serrín, dos instantes separados por innumerables gestos y acciones que se olvidaban en el mismo momento de ejecutarlos. Cada movimiento, cada decisión iban precedidos de una resistencia, como si fuesen un peso añadido. De repente, empezó a costarle el

simple hecho de vestirse, sostener una taza, salir de casa. Cuando una cosa se caía, le resultaba casi imposible recogerla del suelo. Se había caído aposta. ¿Para qué esforzarse?

Él le había dicho adiós. Al menos eso.

Un reproche menos que hacerse.

Imre lo había mandado a casa tras comprobar que la sierra, que normalmente se movía a toda velocidad, se había quedado atascada en mitad de un tronco, de modo que las hojas, sobrecalentadas, se empezaron a combar y los troncos se fueron acumulando en el alimentador. En realidad, habría bastado con estirar el brazo y parar la máquina, pero Lev no supo reaccionar; más bien todo lo contrario: él habría preferido esperar hasta que todo saltara por los aires. La máquina, por su parte, se rebeló; a diferencia de la puerta de la casa de Kato, estaba de su lado.

Imre no preguntó qué le pasaba, pero lo miró como si su postura, su expresión y la forma en la que se había quedado allí, de pie, junto a la máquina; en definitiva, como si la suma de todo aquello le dijese lo que necesitaba saber.

—No vuelvas hasta que lo hayas superado.

De camino a casa, Lev tomó una decisión: ¿Y si también él se hacía con una bicicleta? Podía tomarse unos días libres para viajar, pero no hacia el oeste, sino hacia el sur.

No para acercarse a ella, sino para alejarse.

No para salir de ese país.

Sino para entrar.

Sigi le preguntó si las bicicletas se habían vuelto a poner de moda. Según él, las personas eran como los pájaros en otoño: incapaces de quedarse en un mismo sitio, siempre de un lado para otro.

Cada vez que uno iba a comprar a la tienda de Sigi, quisiera o no, se llevaba puesta una lección de vida.

En esos tiempos era muy complicado encontrar tantas bicis (Sigi puso énfasis en la cantidad).

—¿Pero la puedes conseguir o no?

El vendedor pareció ofendido, aunque, en realidad, ese era su talante habitual, como si alguien le acabara de fastidiar el negocio. Tal vez fuese por estar desdentado; desde que se había quedado sin dientes, no terminaba de disfrutar de la comida.

—Está bien —respondió Lev, dando a entender que se marchaba. Era la mejor táctica para acelerar la transacción, solo que no se podía recurrir a ella antes de tiempo, ya que eso arruinaría por completo el placer de la venta.

—He dicho muy complicado, ¡no imposible!

Al cabo de unos días, Lev recogió la bicicleta, pagó una cantidad que le pareció desmesurada por aquel trozo de hierro oxidado y, a la mañana siguiente, se puso en camino. Cuando anunció su plan, su madre se limitó a enarcar las cejas, pero, esa misma tarde, Lev encontró sobre la cama una mochila, una toalla y una pastilla de jabón. Decidió partir de madrugada para evitar una serie interminable de despedidas; cerró la puerta de la casa de Kato y guardó la llave en el bolsillo del pantalón. Por un instante estuvo tentado de entrar, pero al final se conformó con enderezar una foto ajada de la torre Eiffel que colgaba por fuera de la ventana.

Se preguntó si ella llegaría hasta París.

Para celebrar los treinta años de Kato habían ido juntos al mar Negro. El tren estaba abarrotado y no superaba los cincuenta kilómetros por hora; todas las indicaciones y los carteles estaban en alemán. En cada pueblo, por pequeño que fuera, había una estación con su guardavía, y cada pasajero que bajaba le daba su billete a otro que subía.

Poco antes de llegar a Sibiu, montó todo un equipo de fútbol infantil. Mientras los pasajeros subían a los muchachos a su regazo, Lev y Kato dejaron sus sitios libres y se sentaron en el suelo. La puerta del tren se podía abrir durante el trayecto. Kato cerró los ojos para sentir el viento; su rostro se cubrió de sombras claras y oscuras. En algún punto situado entre Braşov y Sinaia, el revisor puso por megafonía una canción de The Cure. Ellos empezaron a hablar de la guerra con una pasajera de Dresde. El tema, de por sí recurrente, fue si había que conciliar las supuestas fronteras étnicas con las oficiales. Al final, decidieron no tomarse tan en serio el asunto de su nacionalidad, pero sí esa red mutable de influencias diversas en forma de música, historias o refranes, en constante evolución.

Siempre que ponían a The Cure, Lev se acordaba de aquel trayecto en tren. Y si le pidieran que dijese cuál había sido el instante en el que creyó que todo iba a ser posible para ambos, sería ese viaje.

La primera noche la pasó en un pajar.

El tocino, el pan y los huevos los había traído de casa; el queso y la leche se los había comprado a una mujer. Ella le propuso que se quedara a dormir, pero Lev se excusó; debía proseguir viaje. Cuando la mujer le preguntó a dónde iba, él no supo qué decir. Entonces ella lo miró como si estuviese chiflado. En esa región nadie se dedicaba a viajar así porque sí. Lev se preguntó qué impresión le habría causado al verlo llegar con una camiseta sudada, una bici con el sillín

reventado y una mochila con sus escasas pertenencias. La primera etapa fue la más dura. Las carreteras ascendían en forma de serpentina y, tras alcanzar la cima, ya con las piernas agarrotadas, mientras contemplaba un paisaje de colinas ondulantes, le asaltó la duda de cuánto iba a aguantar. Su trasero, obviamente, nada, pero luego vino el descenso y, al final, llegó más lejos de lo esperado.

En realidad, no deseaba compañía, pero, justo en ese momento, al acordarse de aquella mujer, de su mirada amable y a la vez seria, de su actitud recta y atenta, no tuvo claro si había tomado la decisión correcta.

Ante sus ojos se abría un valle con alguna granja y varios ejemplares de búfalo negro separados a cierta distancia. Ya el primer día había dejado atrás la parte más boscosa de los Cárpatos. No así a Kato. Lev había aprendido a percibir el paisaje como en uno de sus dibujos: en forma de grandes trazos, cambios de intensidad y de color. Cuando notaba el roce del viento en la piel, cuando los ojos le escocían por culpa del polvo, la sentía cerca. Ese polvo y ese viento también la afectaban a ella; también ella debía acostumbrarse al pedaleo monótono, al movimiento repetitivo de las piernas, con el tronco ligeramente inclinado hacia delante, los brazos estirados.

¿Hasta dónde habrían llegado al cabo de una semana? ¿Llevaría todo lo necesario? ¿Podría aguantar el ritmo de Tom? ¿Qué se le pasaría por la cabeza? Quizás un «date la vuelta», un «aguanta un poco más»… No sabía nada de ella.

Estar pendiente de Kato se había vuelto una costumbre. Era él quien hacía la compra, arreglaba los grifos cuando goteaban, reparaba el entarimado y la ayudaba con cualquier trámite administrativo, aunque ella insistiera en que se apañaba sola. Pero ya no la podía ayudar. No sabía siquiera dónde estaba. Al marcharse, Kato se había llevado consigo algo más: un propósito, una ilusión, pero él no podía hablar de eso con nadie, puesto que, para los demás, aquello no tenía ninguna importancia.

Antes de que cayese la noche, Lev juntó un poco más de heno y se echó a dormir. Solo se oía el crujido de la madera, a consecuencia del viento y del calor. La mochila con las provisiones colgaba de un gancho. Los ratones tendrían que buscarse otro alimento.

A la mañana siguiente, Lev cerró la puerta del pajar y prosiguió el viaje sin haber desayunado. Tenía las piernas agarrotadas, ya no estaban dispuestas a seguir el ritmo. Para colmo, le tocaba subir una pendiente, tal vez demasiado empinada para esa mañana. En el último momento, decidió dar media vuelta.

Ella estaba sentada junto al portón, en un banco techado, limpiando mazorcas de maíz. En ese instante lo miró y, sin el menor gesto de asombro, se puso en pie. En la casa de al lado se movieron las cortinas. Una vaca de pelaje incoloro, con las patas delanteras demasiado cortas, estaba en medio del patio exterior. Lev apenas se alteró: desde lo de Chernóbil, todos se habían acostumbrado a ver animales con alguna malformación. También vio a un perro que estaba atado, pero que salió disparado hacia él, venga a ladrar, hasta que un gesto de la mujer lo hizo parar en seco. Después ella entró en casa y regresó con una toalla y una pastilla de jabón. Lev no le reveló que ya tenía ambas cosas.

Al ir a lavarse la cara, notó que el mecanismo de la bomba estaba bastante duro; después usó la letrina y se peinó frente a un espejo que colgaba de una pared hecha de listones. La mujer estaba poniendo la mesa en el porche. Mientras él se acercaba atravesando el patio, ella lo miró fijamente. Tras subir los peldaños, Lev fingió ignorar ese gesto, inquietante y a la vez halagador.

La mujer se llamaba Marinela; tendría unos cuarenta años. Sus cejas apenas eran reconocibles; los labios, de un tono casi idéntico al de su piel. El color del pelo, recogido bajo un pañuelo, solo se podía adivinar. ¿Llevaría la granja ella sola? Él no había visto a nadie más, ni ese día ni el anterior. Una cortina de cuentas impedía ver el interior de la casa.

Lev le preguntó si vivía sola, y ella respondió que su marido trabajaba en Italia; los hijos se habían mudado a Iaşi. Después de cada frase hacía una breve pausa, como si le costara enlazar con la siguiente. Tenía una voz clara, en la que, sin embargo, había tanta oscuridad que las palabras hacían eco.

Entonces él quiso saber si se sentía sola, pero, al instante, se arrepintió de la pregunta. Ella, sin embargo, fue muy directa y respondió sin dudar:

—No más que antes.

Lev comió pan, tomates y queso de oveja sin sal, y tomó el café que ella trajo de la cocina en un cacillo. Cada viaje iba acompañado del roce de las cuentas al atravesar la cortina. Ella solo tomó café. No apoyaba la taza, sino que la sostenía todo el tiempo en las manos.

«Claro que viajar por ahí también debía de ser una actividad muy solitaria», dijo la mujer con una sonrisa, como si lo hubiera pillado en falta. Había gente *care umblă cu cioara vopsită,* que andaba por la vida con una corneja pintada de negro, es decir, con intención de engañar. Él, en cambio, no era así: el pájaro que lo acompañaba en su viaje era negro de verdad.

Los días siguientes lo llevaron a recorrer un paisaje de prados, maizales y cañamares. Cada dos por tres acababa rodeado por un rebaño de ovejas de lomo lanudo, como el agua cuando baña un obstáculo en mitad de un riachuelo. Después el terreno se fue allanando y los frutales se multiplicaron. Había llegado a la Transilvania sajona.

Imre decía *Erdély*, en húngaro.

Sus hermanos decían *Ardeal,* en rumano.

Lev conocía esa ruta de sus viajes a Sighişoara, pero no era lo mismo hacerla en bicicleta. Nada más llegar vio varios bloques de pisos desmoronados, fábricas abandonadas, grúas oxidadas y cadenas de montaje paradas, chimeneas erguidas. La arquitectura de las últimas décadas reflejaba una desolación infinita; todas esas construcciones harían difícil olvidar el pasado. Pero también había señales de cambio: casas en las que solo la planta baja estaba terminada, en algunos casos incluso habitada, mientras que en la planta alta aún faltaba el techo; pequeñas tiendas, sillas de plástico colocadas bajo unas sombrillas que anunciaban una marca de cerveza. Allí los pueblos consistían en largas hileras de casas, y la gente sacaba las sillas a la calle, como habían hecho siempre: era una vida de cara al exterior. Pese a todo, ya no había tantos vecinos.

Lev se acordó de una conversación que había mantenido con su hermano Valea, que siempre remarcaba su condición de hermanastro. Vosotros, los alemanes, podéis estar en la calle, pero en realidad sois una prolongación de vuestra casa, corréis las cortinas y enseguida os escondéis, lo mismo que un zorro se oculta en su madriguera. Los rumanos, en cambio, vivimos en la calle, a la vista de todos, siempre estamos disponibles. Si la calle se inclinara o se deslizase hacia otro lugar, nosotros nos iríamos con ella. A vosotros os quitan la calle o la casa y os quedáis sin nada. Esa distinción que hacía su hermano entre «nosotros» y «vosotros» le seguía afectando.

El nivel de los ríos estaba bajo, había trozos de plástico enganchados en los árboles y los arbustos. Cuando soplaba el viento, los caminos parecían cubrirse de chasquidos. Lev evitaba las calles principales; prefería circular en paralelo a los vallados; si el camino terminaba en una zona intransitable, entonces se bajaba y empujaba la bicicleta. Cuando le entraba el hambre, tiraba de manzanas y de ciruelas; en realidad, siempre estaba hambriento. Se había propuesto no pensar demasiado, salvo en dormir y comer. No tener ningún plan, excepto coronar la siguiente cima y saciar la sed. Sus piernas ya se habían acostumbrado a la nueva dinámica; solo los brazos se le agarrotaban,

con lo cual probaba a conducir sin manos, aunque no siempre lo lograse a la primera.

Nunca faltaba una fuente de la que beber, alguien que le diese algo de comida o le dejase dormir en su cobertizo. Una vez tuvo que dormir debajo de un tejo. Las agujas del árbol, de color verde oscuro y algo más claras por el envés, caían con un suave rumor, o tal vez fuese un susurro (Lev no supo dar con la palabra adecuada). En realidad, no podía dejar de percibir los sonidos; lo atravesaban de un modo tan efímero y penetrante que se traducían en palabras e imágenes.

Una vez intentó explicar a Kato esa sensación.

Ella le preguntó si le pasaba eso siempre.

Él contestó que a veces se sentía liberado y dejaba de escuchar con tanta precisión.

«¿Pero cuándo exactamente?», insistió ella sin dejar de mirarlo. Kato tenía los ojos claros, como el agua del Iza. Lev pensaba que debería ser capaz de ver hasta lo más profundo, pero, como nunca lo lograba, siempre sentía un ligero sobresalto.

Cuando estoy contigo.

Pero no lo dijo.

La noche que pasó bajo el tejo lo puso en su sitio, empujándolo de vuelta a la soledad, a sus dudas.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué se dedicaba a viajar sin rumbo? Siempre que estaba a punto de darse la vuelta, había algo que lo frenaba. Solo habían pasado unos días. Si Kato no supo decirle si tenía pensado regresar, ¿cómo iba él a volver tan pronto?

Atravesó en bici un pueblo situado en algún punto entre Reghin y Târgu Mureş. Como estaba hambriento y cansado, se detuvo frente a la casa parroquial. Cristales oscuros, desconchones en un enlucido amarillo claro. El portón estaba abierto. Lev accedió con cautela al patio exterior, pero al momento supo que allí no vivía nadie. El patio interior estaba pavimentado; entre las losas habían crecido hierbas de todo tipo: el pie de león y la rudbeckia habían conquistado su espacio. En el centro había un nogal; bajo la copa, dos sillas de madera, colocadas una frente a otra, como si estuviesen conversando. No había ni una nube, solo la turbiedad del cielo revelaba que era el mes de septiembre. Las ventanas permanecían intactas; el saúco pronto rebasaría la altura de la casa. La construcción aledaña, donde probablemente se congregaban los feligreses, se encontraba en un estado lamentable: las tejas se habían desprendido, dejando a la vista las vigas de madera, y un gran agujero se abría allí donde, en su momento, tuvo que estar la puerta.

Todo había sucedido por sí solo: las tejas se cayeron, la vegetación fue en aumento y acabó invadiendo la casa. Aquel lugar era tan silencioso y estaba tan abandonado que Lev se sintió como un intruso. Entonces oyó balar a una cabra protestona que lo miraba desde lo alto, encaramada a uno de los muros de la sala parroquial.

Sighişoara fue la primera ciudad por la que decidió pasar. Al verse entre una multitud de rostros aseados y recién vestidos, se sintió como un extraño. Junto a la torre del reloj vendían fotografías en blanco y negro de distintas vistas de la ciudad; en el quiosco de al lado colgaban calendarios de chicas desnudas. En la plaza del mercado habían montado distintas casetas, entre las cuales vio a varios hombres que vigilaban la zona. Uno de ellos le pidió un cigarrillo. Lev se comió un *lángos* y llenó la botella con agua de la fuente. Sonaron las campanas y él, como siempre, se acordó de la Revolución.

Sin rumbo aparente, se dedicó a pasear por unas callejuelas que no le eran ajenas hasta que llegó a la casa que buscaba. Aprovechando que entraba otra persona se coló en el interior. Tras esperar en el zaguán a que se extinguiera el sonido de aquellos pasos, accedió al patio trasero. Dentro habían construido más casas, una al lado de otra; también vio unas macetas con flores y ropa tendida. Una escalera de madera muy empinada conducía a la primera planta. Bastaba con mirar por la ventana para comprobar que el antiguo taller de Ferry servía ahora de almacén. El banco de trabajo, hecho en madera de haya, seguía en su sitio. El abuelo lo usaba para fabricar esferas de reloj, pero también allí se comía y se festejaba cuando la casa se quedaba pequeña. Allí había vivido Ferry con su mujer, que lo abandonó cuando Lis tenía tres años. Allí había crecido su madre hasta que se marchó a recolectar una cosecha, se enamoró del padre de Lev y se fue a vivir a otro pueblo, doscientos kilómetros más al norte.

Lev se preguntó si a su madre le costaría irse. Cambiar una vida conocida por otra nueva, el alemán por el rumano y criar a cuatro hijos, de los cuales él era el único biológico. Nunca había pensado en lo mucho que debió de sufrir Ferry la marcha de su hija.

Y Ferry, ¿habría vuelto alguna vez tras huir del país?

Lev cogió un trozo de cristal que encontró delante del taller.

Después oyó una ventana que se abría.

Un hombre le preguntó si quería algo.

De repente, ya no pudo llamarse a engaño. Estaba allí por algo. Usó el servicio de un restaurante para lavarse la cara y repeinarse el cabello

polvoriento. Tras mirarse en el espejo, se humedeció los labios, que traía agrietados.

La camarera le preguntó si iba a comer algo.

«Más tarde, quizás», respondió Lev antes de salir presuroso del local.

Cuando llegó a la casa, miró fijamente la ventana de la primera planta, esa contra la que tantas veces había lanzado piedrecitas. Los cactus seguían estando en el alféizar; al otro lado de la verja se oyeron voces; alguien estaba ensayando con un violín. Entonces perdió todo el arrojo, dio media vuelta y se dirigió a la escalera que utilizaban los alumnos para subir a la escuela. Bajo aquel techo de madera hacía calor y había una ligera penumbra. Como siempre, contó los peldaños que conducían hasta el liceo.

Una vez arriba, oyó una voz conocida.

—Así que eres tú.

Astrid estaba delante de él.

Llevaba una chaqueta de punto que sujetaba con una mano a la altura del pecho, aunque no hacía frío.

—Te he visto delante de nuestra casa.

—Sí, yo...

—¿Has venido a disfrutar de las vistas?

Por detrás de los árboles asomaba la ciudad con sus callejuelas, su muralla y sus torres, una maraña de cables y antenas de televisión. La de veces que, estando de visita, el abuelo lo había mandado a la tienda a comprar leche o pan; entonces él pasaba horas guardando cola con otros hombres y mujeres que, como todos, confiaban en que el cartel de *lapte* o *pîine* que colgaba ese día respondiese a la verdad y no fuese un sucedáneo; a veces había que conformarse con la palabra. Los clientes hablaban en voz baja y esperaban muy juntos, hombro con hombro; solo en el momento de recordar la escena le sorprendió esa mezcla de resignación, pasividad y resistencia.

—¿Cómo estás, Astrid?

—Bien —respondió ella, sin dejar de cerrarse la chaqueta con la mano—. Pronto me caso.

—Cuánto me alegro —dijo Lev. De hecho, sintió una mezcla de alivio y satisfacción a partes iguales—. He venido a pedirte perdón.

—Lo estaba esperando.

En un primer momento, creyó que se había equivocado de sitio.

Pero después tuvo que admitirlo: la bicicleta había desaparecido.

Ese era el castigo, estaba claro, no podía ser de otra forma. Había expiado su culpa, pero aquello no bastaba: nadie escapaba tan

fácilmente. Por un instante estuvo tentado de coger cualquier otra bici que no tuviese candado. ¿Acaso no estaba en su derecho, cuando a él mismo le habían arrebatado algo?

Lev dejó atrás la ciudad y, tras recorrer varios kilómetros, abandonó la carretera principal y atravesó pastos, laderas sembradas de viñas y pequeños tramos de bosque; su mente se fue relajando hasta que llegó un momento en el que no pensó en nada, ni siquiera en esa pregunta: ¿hacia dónde ir? Después se echó a dormir en el suelo, junto al muro de una cabaña abandonada. De madrugada oyó unos pasos, susurros. Alguien le sacudió bruscamente el brazo.

Entonces vio a dos hombres. Uno de ellos le pidió la mochila.

Nada más levantarse y ver de quiénes se trataba, bajó la cabeza. En el ejército había aprendido que era mejor no provocar. En situaciones como esa no hacía falta pensar mucho: el instinto te decía si merecía la pena dialogar o si, en caso de llegar a las manos, tenías alguna posibilidad. Podría haberlo intentado, puesto que físicamente les sacaba ventaja, pero, al ver el cuchillo, prefirió abstenerse. Aparte del dinero, en la mochila no había nada de valor. El carné de identidad lo llevaba en el bolsillo. También la llave de la casa de Kato.

Después de que los dos hombres se perdieran por los campos, Lev permaneció un rato allí, inmóvil. Por raro que fuese, le pareció de lo más consecuente haberse quedado sin nada y hasta se sintió liberado, aunque no supiera muy bien de qué. «Al menos no te han dado una paliza», pensó, y también con eso estuvo conforme.

Los rostros de aquellos hombres se le aparecían una y otra vez; tenía una imagen exacta de ellos, aunque apenas los hubiese visto. Antes de soltarlo, el más bajito, que arrastraba un poco la pierna, le había hecho un gesto con la cabeza, como disculpándose.

¿Y ahora qué?

Su abuela rumana le habría aconsejado dar media vuelta sin dudarlo. Ella siempre sabía lo que iba a ocurrir. En su vida nunca había sucedido nada imprevisible. Ni la pérdida de su hijo, ni la Revolución, ni siquiera su propia muerte. Bunica veía el rastro de un pájaro en el aire antes de que este pasara volando.

Durante sus últimas semanas Bunica había dormido mucho; tenía un sueño intranquilo, febril. Unas veces le venían recuerdos a la mente; otras, se podía hablar con ella, parecía estar lúcida. Cuando Lev le preguntó si le daba miedo morirse, ella meneó la cabeza, como si le acabaran de preguntar una solemne estupidez. Le contó que tenía un sueño recurrente: empezaba viendo una vela sobre el alféizar; una corriente de aire atravesaba la habitación y todo se quedaba a oscuras,

pero solo por unos instantes; después, volvía a ver la misma vela, pero estaba al otro lado de la ventana, encendida.

Lev no supo su verdadero nombre hasta el día del entierro: Maria Aurica Costin. Para él siempre había sido Bunica sin más, la abuela. Que mencionara a los difuntos en casi todas las conversaciones (tu padre haría esto, mi marido solía decir…) siempre le había parecido una manía, claro que ahora también él pedía consejo a los muertos. Pero con independencia de lo que dijera Bunica, aquello no podía ser el final de su viaje.

Por la tarde llegó a otro pueblo. La carretera tenía tantas curvas que, en un momento dado, ya no supo si entraba o salía. Las casas, todas de una planta, parecían hechas en serie: una pared lindaba con otra, un portón con el siguiente. Entonces llegó a la iglesia, que estaba fortificada. En un banco estaba sentada una pareja mayor. Lev los saludó en alemán y el señor lo invitó a cenar, sin más preámbulos.

—Pareces hambriento.

—Lo estoy.

—Y una ducha tampoco le vendría mal —añadió la mujer.

—En absoluto —confirmó Lev.

La mujer, que se presentó como Anna y le prohibió que la tratara de usted, le preparó ropa limpia. Ella lavaría la suya; seguro que para el mediodía estaría seca. Fuera adonde fuera (aquí hizo una pausa, como dándole la oportunidad de explicar su extraña aparición), obviamente en esas condiciones no podía continuar su viaje. Los vaqueros y la camiseta con el logotipo de Levis eran de un hijo suyo que estaba en Alemania.

Aparte de otra señora, Anna y Herbert eran los únicos sajones de Transilvania que se habían quedado en el pueblo. Algunos habían recuperado sus casas o comprado otras y pasaban allí los veranos; «sajones de temporada» los llamaba Herbert, sin que quedase claro si lo decía en tono despectivo.

A Lev le hubiera gustado saber por qué ellos decidieron quedarse en el pueblo, pero, en vez de preguntar, se pasó la cena contando que él, en realidad, viajaba en bicicleta. Usó la palabra «vacaciones», aunque le resultó raro, pues no recordaba haberlas tenido nunca, ni mucho menos haberlas necesitado. En el fondo se avergonzó de esconder su deambular tras una historia creíble, pero algo tenía que decir.

Cenaron sopa de verduras, salchichas con puré de patata y pimientos encurtidos. Como era día laborable y solo había preparado la sopa, Anna ofreció algo más, como era habitual cuando había

invitados. Herbert sirvió el vino y Lev se enteró de que tenían dos hijos: el pequeño, al que pertenecía la camiseta que llevaba puesta, y el mayor, que ya era padre. Los dos vivían en Stuttgart.

Le prepararon la cama en un pequeño cuarto que daba al patio. Lev se desvistió y se tumbó bajo unas sábanas frescas y limpias. Cuando se abrió la puerta y Anna le preguntó por una rendija si necesitaba algo más, él apenas logró musitar un «gracias».

A la mañana siguiente, ya a mediodía, se presentó en el patio algo avergonzado. Anna se encargó de borrar esa sensación diciéndole que era muy buen huésped: les había ahorrado tener que preparar el desayuno.

Tal y como le había prometido, su ropa ya estaba seca.

Herbert, por su parte, había engrasado la cadena de una bicicleta.

—Quédatela —dijo—. Aquí nadie la usa.

—De ninguna manera —respondió Lev.

—¿Por qué no? Aquí solo estorba.

Anna metió las manos en los bolsillos del delantal y se quedó mirándolo.

Lev apenas pudo asentir: tenía un nudo en la garganta.

Emigrar era inevitable. Como una adicción.

Todos temían ser los últimos.

Anna y Herbert prefirieron quedarse. Sus hijos se habían marchado, también los vecinos, incluso el párroco. A veces les preguntaban cómo podían resistir en ese lugar. Entonces Anna respondía que ella no estaba resistiendo, simplemente vivía; Lev se alegró de no haber preguntado.

Les hablaban del tiempo perdido. Como si hubiese otro que permaneciera.

Después de ese encuentro, Lev empezó a mirar con otros ojos los pueblos que fue recorriendo en su nueva bicicleta. Nunca antes se había fijado, pero también en su pueblo había casas abandonadas, jardines huérfanos. También en su pueblo había ocurrido que, en las últimas décadas, unos y otros se miraban como diciendo: «¿Tú también te vas?». Que delante de una puerta o sentado en algún banco siempre había alguien que sabía de otros que se iban. Y, a medida que la gente se marchaba, la propia idea de irse iba tomando forma. Y con cada persona que permanecía crecía la esperanza de poder quedarse.

En una casa parroquial había cristales esparcidos por el suelo, como hojas arrastradas por el viento. Sobre las vidrieras se abrieron varias fisuras; en el campanario habían cortado las cuerdas, que parecían serpientes. En una de las iglesias, la bóveda se estaba desmoronando;

alguien había recogido los trozos caídos del techo y los había colocado en fila sobre los bancos. En la sacristía había muebles, cajas, alfombras enrolladas, una carretilla. Dentro hacía fresco, olía a cojines, a cera de velas, a humedad. En otra localidad, la comunidad ortodoxa seguía utilizando el templo protestante: en el altar había varios iconos. En otra iglesia, vio a un hombre que iba recorriendo el coro, como buscando a Dios. Lev se sentó en un banco y se puso a leer las inscripciones que había en las paredes. Y leyó: «Solo los que tienen fe permanecen».

Anna le había preparado unos bocadillos, queso y pimientos; además insistió en que se quedara con la camiseta de su hijo. Quizás, se dijo Lev, le hacía ilusión imaginar a un hombre viajando en bici con esa camiseta.

Más tarde compartió la cena con un gato. Tras apoyarse contra un granero y cerrar los ojos, notó que algo caliente y suave se restregaba contra sus piernas. El animal era esbelto, completamente negro, hasta los bigotes y las patas eran de ese color.

Cuando uno se marchaba, no solo abandonaba su casa y a sus amigos, sino también a los animales. Lev se acordó de un señor que, incapaz de dejar a su caballo al cuidado de otra persona, lo llevó al matadero. También de una mujer que soltó a sus gallinas, a sabiendas de que no sobrevivirían. Entonces se acordó del amor que Kato sentía por los animales; luego, de cuando liberaron a Pax y, como no pudo contener la risa, el gato negro se asustó. Nunca le preguntó a Kato qué había sido de aquel perro. Había cosas de las que nunca hablaban. Aquello de lo que no se habla nunca ha sucedido.

Le gustaba el pacto que había entre ellos de saber solo lo esencial y no mencionar todo lo demás. ¿Y si no eran más que imaginaciones suyas? Él había estado en el bosque y en el ejército. Ella había perdido a Camil. ¿Qué sabía él de su día a día, de la convivencia de Kato con su padre? Ella no le hacía partícipe de eso, aunque él tampoco preguntaba, por respeto, por comodidad. Con el paso de los años, los temas de los que no hablaban fueron en aumento; permanecían enterrados como hitos fronterizos, imposibles de cruzar.

Lev desmigajó el queso y el embutido y dio de comer al gato. Tras asearse con calma, el animal se tumbó a su lado. «Tiene una piel con reflejos de color lila, como la lavanda», pensó Lev, «como una berenjena». Después miró a lo lejos, más allá de los campos; un paisaje desprovisto de luces y de gente. Vivían en un mundo abandonado. Un mundo en el umbral. Kato se había dado cuenta; él no.

De hecho, no lo reconoció hasta ese momento, cuando también ella

ya se había marchado.

Esa noche que pasó en el granero soñó con Jalil. Con esos ojos verdes salpicados de marrón anaranjado y perfilados en negro, como el kohl que usaba su hermana. Cuando cerraba los ojos, solo se veía una línea negra que subía desde la nariz, recorría los párpados y ascendía hacia atrás. Unas veces le recordaba a un joven dragón; otras, a un caballero muy distinguido con camisa blanca, sobre todo cuando se sentaba sobre las patas traseras y erguía el pecho. Lo tenía tan blanco que parecía haberse bañado en leche.

Durante mucho tiempo, Lev se negó a aceptar que Jalil fuese a morir; «solo está mayor», se decía; «es un gato muy viejo, está muy cansado». Pero Jalil empezó a adelgazar, fue comiendo cada vez menos y se volvió más caprichoso: lo que un día le gustaba, al siguiente parecía repugnarle. Después, uno de sus ojos enrojeció, y alrededor de la pupila se formó un cerco inflamado.

Un día, Jalil entró en el cobertizo y se tumbó, cosa que no había hecho nunca, escondido tras un listón que estaba apoyado en la pared. Lev se había pasado medio día buscándolo; cuando lo encontró quiso persuadirlo para que saliese y le ofreció algo de comida, pero el gato lo miraba inexpresivo, como si fuese un extraño, con aquel ojo de borde enrojecido.

Lev se sentó delante del listón y se puso a esperar.

Jalil solo se levantaba para hacer sus necesidades; había dejado de comer y respiraba con dificultad; estaba completamente quieto. También Lev se mantuvo en esa misma quietud, dos días y una noche.

—Todos los animales saben morir —le dijo Lis—. No necesita tu ayuda.

Cuando anocheció, su hermano Dorin le llevó una manta.

Más tarde, la respiración del gato se aceleró, volviéndose casi un ronroneo que, sin embargo, nada tenía que ver con el sonido que Lev conocía desde pequeño. Pudo sentir la lucha del animal, un combate duro, silencioso, y se angustió al verse impotente. Regresó a la casa, pero no pudo soportarlo, de modo que volvió al cobertizo donde seguía estando Jalil, escondido detrás del listón; en un momento dado, el animal se levantó para evacuar, pero a medio camino se desplomó. Lev lo sacó al jardín, pero, al notar aquel peso, casi incorpóreo, se asustó, de modo que lo volvió a colocar donde estaba y se sentó nuevamente frente a él. Su pecho se inundó de una quemazón, de un peso. Las lágrimas resbalaron por su rostro sin que él fuese consciente de estar llorando. La muerte se podía sentir, llenaba todo el cobertizo; no se oía nada más, apenas un lejano crepitar, como el de un fuego

ardiendo tras una puerta. La muerte era quietud, un vacío anticipado, todo se lo llevaba. El último día, en sus últimas horas, Lev había tratado de alimentarlo, le dio a beber unas gotitas de leche, aunque después se lo reprochara a sí mismo.

La leche caía por fuera del hocico de Jalil, que era incapaz de tragar, y Lev se avergonzó de la violencia que estaba ejerciendo sobre el animal. Nunca antes lo había obligado a nada y ahora quería obligarlo a vivir.

Jalil murió justo cuando Lev fue un momento a la casa.

Era imposible hacerlo teniéndolo sentado enfrente.

Los colores habían palidecido, parecían ajados.

Jalil vino a su mente nada más despertar, como si lo acabara de ver. Jalil significaba «buen amigo» en árabe. En su día, Kato le había contado una historia extraordinaria, haciéndole creer que aquel gato venía de oriente y tenía orígenes nobles. Tras la muerte del animal, Lev estuvo tentado de volver a preguntar, pero, en realidad, prefirió seguir creyendo en esa historia, aunque fuese inventada.

Todo tenía sus zonas oscuras, lugares donde la experiencia termina y comienza el recuerdo. Había cosas que permanecían y otras que se perdían, incluso en el mismo instante de suceder, y que, por más que uno se esforzase, jamás se volvían a presentar. Los recuerdos se hallaban esparcidos a lo largo del tiempo como claros de luz. Uno solo los descubría por azar, sin saber nunca lo que se iba a encontrar. Los momentos que más marcan, aquello que no se pierde, nunca pertenece a una sola persona. El miedo, sí. El olvido. Pero todo lo demás, pensó Lev, solo se hace presente a través de los otros.

¿A qué se había dedicado los últimos años?

Imre y él habían privatizado la serrería, también se había ocupado de su sobrina y de sus sobrinos, y había visitado a Milena en el restaurante. Había viajado con Kato por el valle del Iza, echado una mano a su madre y a Bunica, pasado días enteros a orillas del río… todo eso mientras aguardaba que Camil regresara, que Kato volviese a pintar. Esperaron a que acabara la dictadura y después a que llegase lo nuevo, sin saber cuáles serían las consecuencias. Nada habían deseado más que la apertura de las fronteras, pero cuando ocurrió no supieron qué hacer. Lev no pudo seguir convenciéndose de que sería un valiente.

Hubo algo que lo frenó.

Con la creciente distancia, sus pensamientos volvieron a Kato y a Tom; se preguntó dónde estarían. Después de unas cuantas pedaladas, supo que era el momento de regresar. Entonces tomó el camino más

directo, recorrió grandes tramos por carreteras principales, se dejó adelantar por conductores temerarios que le dedicaron expresiones de asombro, bromas y algún improperio, a los que él respondía haciendo el gesto de la victoria; al cabo de dos días, llegó al pueblo en el que había pasado la primera noche. Marinela no estaba sentada junto al portón. En la mente de Lev, ella no se había movido de aquel sitio en todo ese tiempo.

Llamó a la puerta. El perro empezó a ladrar.

De pronto enmudeció, y Lev supo que ella estaba de camino. De nuevo se movió una cortina en la casa de al lado.

No solo traía otra bicicleta, le dijo Marinela a modo de saludo, sino que la corneja de color negro tampoco estaba ya en el manillar.

—Así es, se ha marchado —confirmó Lev.

—Pero tú sigues tocado del ala.

Mientras ella cocinaba, Lev se puso a arreglar la bomba de agua. La vaca paticorta de pelaje incoloro lo miró con interés.

Marinela no le preguntó por qué estaba allí; sacó la vajilla buena y puso la mesa en el porche; él la miró, y a la vez se dio cuenta de que también ella lo observaba sin disimulo. La forma de hablar de Marinela no era calculada. Era el idioma propio del calor, de las verdes colinas, del trabajo que nunca acababa, que no daba tregua, el idioma del cuerpo, no de la lengua.

Tras cenar en silencio, apenas interrumpido por alguna frase dicha a medias, tranquilizadora —«falta sal», «quieres agua», «está muy bueno», «muchas gracias»—, él quiso ayudarla a recoger. Marinela puso su mano sobre la de Lev. Él notó aquella piel, la cálida presión de sus dedos y, justo en ese instante, le vino un pensamiento, o quizá no tanto, sino más bien una imagen. Entonces ella mudó el gesto, como si hubiese visto lo mismo.

Marinela le enseñó la ducha: un bidón lleno de agua de lluvia instalado sobre un soporte de madera y conectado a un sistema de regadera. El agua tenía una temperatura agradable; sobre la banqueta encontró los utensilios necesarios para afeitarse. Los habría puesto ella mientras él se aseaba. Tras rasurarse frente al espejo que colgaba de la pared, su rostro salió a luz, como suele ocurrir cuando uno se quita la barba.

La mesa ya estaba recogida. El perro fingió no prestar atención, pero sí que lo hacía. La vaca empezó a dar cabezadas y se tumbó en mitad del patio. Por la única calle del pueblo pasó alguien tirando de un carro: golpeteo de cántaros, olor a hojarasca quemada.

Marinela, que se había cambiado de ropa, le tendió un vasito de

aguardiente. Ambos lo tomaron de pie y, justo cuando Lev quiso decir algo, algo que explicase su estar-allí, algo que justificara ese estar-allí y el hecho de prolongarlo durante la noche, ella pisó el umbral de la puerta, como si lo más importante estuviese ya pactado. La cortina de cuentas acogió su figura; un reguero de gotas luminosas iba resbalando a lo largo de su cuerpo. A medio camino entre el porche y la casa, con la mano apoyada en el marco de la puerta, Marinela se giró.

Entonces se quedó mirándolo, hasta que él lo entendió.

Suşia zavela vouca tai
iahnia ed vodii. Vouc sa
zoper mai edhori a iahnia
malo mai udoleni.
Vouc sa hapeu vedete ez
iahniam: «Ta cio»,
zazvidau oven «calamuteş
vodu, cotru ia piu?»

Seis

Entrar en esa habitación era como entrar en un museo. Fuera podía estar despejado o ser verano; el mundo podía arder en llamas, pero en el salón de Bunica siempre hacía fresco y estaba oscuro.

La viga maestra dividía la casa en dos: una mitad la ocupaba la cocina junto con la cama; la otra solo se usaba los días de fiesta y de celebración. Esa segunda estancia era un mundo aparte. Los muebles parecían dormidos, las motas de polvo flotaban en el aire, la tela que cubría el sofá no tenía una sola arruga, los cojines aguardaban en perfecto estado de revista. La habitación siempre estaba limpia y recogida, preparada para albergar visitas, pero Lev sabía perfectamente que prefería no recibir a nadie. De pequeños estaban convencidos de que allí habitaba un fantasma; cada vez que los mandaban a buscar algo, ellos contenían la respiración.

Mientras no respirasen, no les pasaría nada.

Bunica andaba siempre de un lado para otro entre la cocina, el establo y el granero. Tenía unas cuantas gallinas, cuyo número iba variando, una docena de ovejas que el pastor pronto sacaría a pastar y un burro de color ceniza al que llamaba *măgăruş,* «burrito». Ni siquiera por las noches se quedaba tranquila. Le gustaba asomarse al portón para charlar con las vecinas, y entonces su camisón blanco brillaba en mitad de la penumbra; se ponía a planchar a la luz de una vela sobre una manta extendida sobre la mesa y se llevaba la radio portátil al campo (aunque hubiese sido colectivizado, ella siempre hablaba de «mi terreno»). La gente había cedido las tierras al Estado, que se las devolvería cuando todo hubiese terminado. La radio se quedaba encendida toda la noche para ahuyentar a los jabalíes. «Solo espero que no sintonices Radio Europa Libre», dijo Lev un día en tono burlón. «De eso nada», replicó la abuela, «los jabalíes siempre serán comunistas».

Bunica, por su parte, nunca se quedaba quieta para no caer en manos de los fantasmas del pasado, del demonio o del miedo. Para ella, los muertos no estaban muertos. Le parecía un error absurdo y cosa de descreídos pensar que los muertos no pueden transitar entre este mundo y el más allá. Por eso ella ponía un cubierto de más en todas las comidas.

Se decía que quienes regresaban no sabían hablar del todo bien o

que no hablaban siquiera. Lev se preguntó cómo podían entonces pedir comida. Además, ¿por qué tenían que comer todos de un mismo plato? Al fin y al cabo, el marido de Bunica, su hijo (el padre de Lev), sus padres, sus abuelos y el resto de la parentela también andaban a caballo entre los dos mundos, ¿o no?

La abuela vivía en el otro extremo del pueblo. El otro extremo del pueblo estaba un poco más arriba, y como «arriba» significaba de todas todas algo mejor, los vecinos que vivían en lo más alto del pueblo se consideraban superiores. Allí, en la zona norte del país, ocurría lo mismo que en las grandes ciudades: el que vivía arriba podía defenderse de cualquier ataque, respiraba un aire más puro y tenía mejores vistas. En la parte de abajo, ya se tratase de vino o de personas, era donde se acumulaban los posos.

A la madre de Lev le habría gustado que hubiese más calles o incluso más localidades de separación entre ella y Bunica. Al menos vivían lo bastante lejos como para tener que echarse algo por encima si querían verse. Una de las típicas frases de Lis era que para ir a casa de los suegros había que ponerse una chaqueta.

Pese a que ellas jamás lo reconocerían, Lev estaba convencido de que esas dos mujeres en realidad se caían bien, y aunque no fuese así, con el paso de los años cada una se había acostumbrado a la existencia de la otra. Por mucho que la abuela se empeñara en recalcar su superioridad en lo relativo a la ubicación de la casa, a su experiencia de vida y a su nacionalidad, y el gesto de Lis se congelase al escucharla, en los momentos decisivos siempre podían contar la una con la otra.

Bunica rara vez elogiaba a la madre de Lev. Si lo hacía, era para decir que le parecía muy habilidosa, lo cual era cierto. Lis sabía coser, tejer y bordar, y cuando decoraba una tarta o hervía pieles de cebolla para pintar los huevos de Pascua, el resultado era tan delicado y artístico que despertaba un gran asombro. Lis, por su parte, debía admitir que Bunica era muy buena consejera en situaciones difíciles. En realidad, la abuela siempre sabía qué aconsejar, antes incluso de que uno mismo se viese en apuros. Ahora bien, el origen de ese don lo guardaba para sí. Cuando Lev aún iba a la escuela, hubo un día en el que su abuela lo previno: en un futuro no muy lejano, alguien lo sacaría de clase y lo llevaría al despacho del director, quien, además, abandonaría la sala de inmediato. Allí habría dos señores que lo invitarían a conversar, aunque en realidad solo hablaría uno; el otro se limitaría a perfeccionar sus técnicas de observación. El que llevara la voz cantante diría: «a este señor le interesaría saber si…», y así iría

introduciendo todo tipo de preguntas, como si su compañero fuese mudo o, sencillamente, demasiado importante como para abrir la boca y hablar por sí mismo. Según su abuela, Lev no debía ponerse nervioso, sino responder «no lo sé» a todo lo que le preguntaran. Y cuando viese que aquellos señores dejaban de ser tan amables, debía pedir que lo llevaran de vuelta al aula. Si no le hacían caso, tenía que decir que se lo contaría todo a sus hermanos, y a continuación debía mencionar sus nombres.

A la pregunta de quiénes eran esos señores y qué querían de él, la abuela respondió que era mejor que no lo supiese.

Entonces, ¿cómo los reconocería?

Por sus trajes de color gris y sus zapatos de piel.

De modo que Lev apenas se sorprendió cuando, al cabo de pocas semanas, se los encontró en el despacho del director.

Había determinadas cosas de Bunica que era necesario saber:

Le habría gustado ser bailarina.

Se casó con el hombre al que amaba.

La habían desvalijado.

Se quedó embarazada a los diecisiete años, y cuando ella y su marido regresaron a casa después del parto, se la encontraron vacía.

—Nos dejaron sin nada —solía decir Bunica, que además insistía, por si no hubiese quedado claro—: nada de nada.

Y por si tampoco eso bastara, pasaba a enumerar todo lo que habían perdido: tenía diecisiete años, acababa de ser madre y se había quedado sin nada. Ni sartenes ni cacerolas, tampoco cubiertos; ni almohadas ni mantas, tampoco sábanas ni lámparas; no tenía un cepillo ni ropa que ponerse. Solo dejaron unos pocos muebles.

La pareja tuvo que empezar de cero, con todo de segunda mano. Los vecinos les hicieron alguna donación; los amigos y la familia juntaron dinero. Aquello trajo consigo obligaciones y agravios: los padres de su marido solo le dejaron a su hijo el abrigo que usaban para barrer la calle, aunque Bunica solía decir que hasta con ese abrigo raído estaba guapísimo. En la galería de antepasados, él aparecía con un bigote imponente; a su lado, más fotografías de los hijos: del padre de Lev, que perdió la vida en un desprendimiento de tierras, y de su tío, que trabajaba en el mar Negro (ambos tenían la misma mirada autosuficiente y retadora), y siempre que Bunica decía «guapísimo» cambiaba de postura, como si su esposo estuviese allí mismo, a su lado. También contaba que fueron un matrimonio feliz: ella siempre le daba lo que él quería cuando él quería, lo cual derivó en varios «raspados» (así lo llamaba su abuela).

Lev llegó a pensar que ese nerviosismo y esa actividad incansable podían ser fruto de aquella experiencia temprana. Tal vez su abuela tuvo que aprender que, en caso de necesidad, solo podía confiar en sí misma. Y tal vez por eso existiera aquella habitación que solo servía para exponer todo lo que poseía y que, de un modo extraño, pero inapelable, nunca fue habitada; solo pertenecía al pasado.

La lluvia iba resbalando por los cristales. En el alféizar había una vela encendida. Los colores del tapiz que colgaba de la pared apenas se distinguían. En la vitrina estaba expuesta la cristalería: jarra de agua, decantador, licorera, vasos de agua, copas de vino, vasitos de aguardiente, copas de licor, platillos de postre, jarrones y ceniceros. Aunque hubiese costado varios años de esfuerzo reunirlo, nada de eso se llegó a usar jamás. En los laterales abiertos de la vitrina había figuritas de porcelana, platos de madera pintada y jarras de cerámica. Apoyadas en el respaldo del sofá, una fila de muñecas vestidas con los trajes típicos rumanos. Junto a la ventana y la puerta colgaban varios iconos.

Al sentirse atemorizado, el sofá se arrugó sin querer; entonces Lev fue consciente de que había contenido la respiración al entrar. Había dejado de creer en fantasmas hacía mucho, pero incluso ese día habría preferido quedarse en la cocina, donde había cacerolas por todas partes, se formaban nubecillas de harina y, en los días cálidos, los gatos esperaban en la puerta por si les caía alguna sobra.

Tras poner en la mesa una botella de soda y sirope de frambuesa, la abuela se sentó como si estuviese haciendo un gran sacrificio. Lev notó los ojos de las muñecas clavados en la nuca.

Bunica no se anduvo con rodeos: a sus oídos había llegado la noticia de que la pareja de hermanos que regentaba el mesón, con los que Lev y Kato tenían amistad desde hacía varios años, estaba bajo vigilancia y a punto de meterse en líos; lo sabía de muy buena tinta.

—¿Te refieres a Milena y a Camil?

Lev lo preguntó con la absurda esperanza de que no fueran ellos.

Los regueros de lluvia que caían por los cristales impedían el paso de cualquier atisbo de luz. Bunica asintió, pero, al hacerlo, pareció petrificada, como si el más mínimo movimiento la pudiera catapultar de regreso a su órbita habitual. Lev cogió una muñeca cuyos párpados se cerraron haciendo «clac».

La abuela le dijo que Camil debía tranquilizarse un poco, pero de verdad, no debía ni silbar dentro de la iglesia. Y en cuanto a él (Lev adivinó lo que Bunica le iba a decir), mejor sería que no tratara con esa gente.

Lev se negó en rotundo.

Bunica miró la llama que oscilaba sobre el alféizar.

—Entonces, ten al menos cuidado. No vaya a ser que…

—Lo sé.

—Todo esto es gracias a tu abuelo.

El énfasis que puso en el posesivo «tu» marcaba el distanciamiento que la abuela sentía hacia la familia de Lis. Aquella objeción, como tal, no era nada nuevo.

Desde que Ferry había huido, todo lo que sucedía era gracias a él.

«Ha desaparecido otra herramienta», dijo Imre a modo de saludo. El día anterior habían llegado los tornillos de banco, pero alguien ya se había quedado con uno.

«Seguro que está en una taquilla», replicó Lev. No era tan fácil llevarse un tornillo de esos a la primera de cambio.

Imre respondió que las había revisado todas, pero sin éxito. El tornillo había desaparecido.

Lev negó con la cabeza cuando su amigo le ofreció un aguardiente.

Entonces Imre se encogió de hombros y apuró los dos vasos. Después bajó el brazo a cámara lenta, se acercó a la estantería y colocó los vasitos en su sitio. Imre seguía andando como si caminara por el bosque: su paso era amplio, como amortiguado, y absolutamente silencioso. Era una persona paciente y hasta cierto punto generosa. Su instinto le decía cuándo pasar a la acción y cuándo era preferible dejar algo correr. Los trabajadores le tenían respeto. Lo mismo que otros sabían de vinos, él sabía reconocer los distintos tipos de madera solo por sus características y por el olor. Hablaba cuatro idiomas (húngaro, rumano, ucraniano y alemán) y además dominaba todos sus matices, incluido el humor, la ironía y las metáforas, al menos en alemán y en rumano, que era lo que Lev podía valorar. El ruso también lo leía debido a sus orígenes. Imre había nacido en Chernivtsí, la antigua Czernowitz, justo el año en el que decapitaron la estatua de Lenin que había frente al Deutsches Theater. Por eso solía decir que su lugar de origen ya solo existía en la literatura.

Si los trabajadores robaban, no era por falta de respeto. Ocurría lo mismo en todos los negocios y en todos los sectores. Cuando suministraban el alquitrán, siempre había alguien que se quedaba con una parte para asfaltar la entrada de su casa. Si eran tejas, daba la casualidad de que siempre había alguien que también las necesitaba. Y si llegaban unos tornillos de banco nuevos, no faltaba quien pensase que uno de esos le vendría bien. El robo era una forma de resistencia, algo que se daba casi por supuesto; al fin y al cabo, todo era de todos.

Un ventanal separaba la oficina de Imre de la nave donde se hallaba la maquinaria. La sierra estaba parada y los operarios se encontraban fuera, ocupados descargando el material. Ese día estaba previsto que recibiesen un cargamento de madera de haya. Lev pudo percibirlo a través de las paredes y a través del cristal: era un aroma cálido y dulzón, con un punto de acidez. Había serrín por todas partes: el polvillo cubría las máquinas, las herramientas, los muebles, los zapatos y la ropa.

—Hoy habría cumplido años —dijo Imre. Estaba fumando, de modo que el humo escapaba de su boca mientras hablaba.

¿Cómo había podido olvidarse Lev? El hijo de Imre y él habían nacido el mismo año y el mismo mes. Tenía que haberse acordado o, como mínimo, haber caído en la cuenta cuando Imre lo invitó a un aguardiente esa misma mañana, o al ver aquel libro de poemas abierto: «Pronto / crece el cielo / bajo la hierba / caen tus sueños / en ningún lugar. / Aún…».

Su amigo no necesitaba un cubierto de más.

Los muertos siempre se sentaban a la mesa.

No fue fácil convencerlo, pero, justo a la hora convenida, Imre se presentó en el cruce con el coche. Kato llevaba su cartapacio y una mochila. Desde que su padre había muerto, ella pasaba unas cuantas semanas en casa de Camil y Milena: les echaba una mano con la clientela, dibujaba y pintaba. Pese a mostrar el mismo afán que en los estudios, había momentos en los que Lev la notaba perdida.

Muchos de los valles próximos a los afluentes del Iza estaban aún sin asfaltar. Como se hallaban inundados, era imposible calcular la profundidad de los baches hasta que uno los tenía encima, pero Imre era un conductor prudente. Nada le hacía perder la calma: ni una vieja cruzando el pueblo con un corderillo a hombros ni los ciclistas que, en esa región, circulaban con una parsimonia infinita. Kato interpretó correctamente el silencio de Imre, de modo que ni siquiera intentó entablar conversación. También él sabía intuir el estado de ánimo de la joven. Desde el principio hubo entre ellos una familiaridad que sorprendió a Lev.

Mientras subían hacia las montañas, la lluvia regresó, aplastando la hierba contra el suelo. La gente se metió en sus casas. El parabrisas apenas daba abasto. Imre apagó el motor, se apartó a un lado y dejó que el coche se detuviera por inercia. Kato abrió la puerta para que subiese un muchacho con el que se habían cruzado y que trataba de guarecerse bajo un trozo de cartón. El chico se sentó detrás, al lado de Kato, y los cuatro esperaron a que pasara el aguacero.

En circunstancias normales, Imre se habría ofrecido a llevar al muchacho a su casa, eso Lev lo tenía claro, pero esa vez se quedó en silencio, de modo que el chico les dio las gracias y se bajó. Solo cuando Kato le rozó suavemente el hombro, Imre se movió.

Lev se preguntó si habría hecho bien convenciendo a Imre para que los llevara.

En cualquier caso, él no había querido dejarlo solo ese día.

Además, ese fin de semana les tocaba circular a los coches con matrícula impar, y el de Imre era uno de ellos.

Milena se estaba depilando las cejas. No necesitó girarse, sino que le bastó con mover el espejo para ver a los clientes que acababan de entrar.

—Venga, pasad de una vez —dijo. Su voz sonó un poco dura porque tenía las cejas enarcadas.

Kato, Imre y Lev entraron al humilde restaurante, que estaba limpio y recogido. Sobre las mesas había mantelitos tejidos a mano, ceniceros y velas aún por encender. Milena se había colocado bajo una lámpara; la luz artificial bañaba su rostro y sus hombros, mientras que el resto de la sala estaba en penumbra. Lev enseguida se sintió a gusto, como le ocurría siempre, probablemente por tratarse de un lugar inverosímil: un mesón ubicado en mitad de las montañas, en un pueblo que pudo vivir tiempos mejores. Por fuera el establecimiento apenas se distinguía del resto de casas; no había un letrero ni una pizarra, nada que indicase que allí servían comidas. Una vez dentro, se abría un espacio inesperadamente amplio pertrechado con mesas, sillas, una barra, banquetas y paredes de madera oscura. Con independencia del grado de escasez, allí siempre había vino, aguardiente casero y algo de comer.

—He venido con un amigo —dijo Lev.

—Ya veo —contestó Milena.

—Buenas —dijo Imre sin sonar muy convencido.

Lev dejó un paquetito de azúcar encima de la barra. Desde que se habían conocido, nunca se presentaba con las manos vacías.

Entonces entraron dos parroquianos y pidieron algo de beber. Milena quiso ahuyentarlos diciendo que estaba cerrado, pero uno de ellos replicó que era viernes y que los viernes no cerraban.

—Pues hoy sí —sentenció Milena—. Volved dentro de un rato.

Al ver que no tenían ninguna posibilidad, los clientes se marcharon resignados.

—¿Cómo es que espantas a la clientela? —preguntó Lev.

—No todos los días me traes a un amigo.

Mientras Lev reflexionaba sobre el tono en el que Milena había pronunciado la palabra «amigo», Kato preguntó por Camil. Milena respondió que su hermano estaba fuera. Por la ventana vieron a Camil, que justo estaba guiando a dos caballos huesudos de vuelta a la granja. Pese a la lluvia, Kato corrió a saludarlo y le dio un beso. Camil la recibió con un abrazo; los pies de la joven se despegaron del suelo. Al reparar en la presencia de Imre, el ojo izquierdo de Camil sufrió un pequeño espasmo.

—*Cum eşti, ce faci?*

—*Fac supa de clopot.*

Siempre que le preguntaban cómo estaba o a qué se dedicaba, Camil respondía: «aquí, haciendo una sopa de campanas». Kato detestaba esa expresión, pero él insistía en que nadie estaba a salvo: las campanas tocarían por el alma de todos algún día.

Lev hizo un gesto para que Camil supiese que quería hablar con él a solas. Camil aceptó la toalla que le ofreció su hermana y salió al voladizo del patio trasero. Lev le habló de la advertencia formulada por su abuela, no sin antes dar algún rodeo como medida de precaución, como si quisiera borrar sus huellas. Camil solo había visto a Bunica una vez, pero le bastó para saber que a aquella señora había que tomarla en serio.

El pelo de Camil estaba goteando. Era unos catorce años mayor que Lev, un tipo alto, corpulento y de ojos vivos, como si tras ellos ardiesen dos pequeñas hogueras. Nadie sabía a qué se dedicaba exactamente. Podía conseguir cualquier cosa: un carné de identidad o cualquier otro documento. Cuando Lev estaba haciendo el servicio militar obtuvo, nadie sabe cómo, un permiso de conducir para el ingeniero responsable de construir un túnel. Al poco de entregar la documentación, Lev fue relevado de su puesto y hasta logró que trasladasen a otro joven soldado al que quiso echar una mano.

Camil se secó el cabello en silencio. Lev tampoco dijo nada, como si ese silencio fuese la continuación de su charla. Lev apreciaba a Camil y le estaba muy agradecido. Sin embargo, los separaba una distancia insalvable y que quizás no quisieran salvar.

Lev decidió poner de su parte, sobre todo por Kato.

Ella estaba haciendo una mancha a carboncillo sobre una hoja de papel.

La actitud que adoptaba frente al dibujo era una mezcla de cercanía y distanciamiento, una especie de huida. Si alguien sabía hasta qué punto Kato necesitaba huir, ese era Lev. Camil se encargaba de conseguir el papel y las pinturas; elogiaba su obra y le hacía críticas.

Lev, por el contrario, no dominaba ese registro: un cuadro le gustaba o no, todo lo que hubiese en medio le quedaba grande.

Esa noche, el restaurante se llenó. Los tipos a los que Milena había ahuyentado regresaron y a ellos se sumaron otros vecinos del pueblo y de los alrededores. Todos se dedicaron a beber y a jugar a las cartas. Cuando daban el parte, Milena bajaba el volumen de la radio, pero nunca la apagaba del todo, ya que eso se habría interpretado como una declaración de intenciones.

Alrededor de las diez, Imre insinuó que era hora de marcharse.

Milena intercambió una mirada con su hermano.

—No te puedes ir sin probar mi aguardiente —sentenció Camil.

Cuando hubieron apurado los vasos, Camil los rellenó.

—Con uno basta —replicó Imre.

—¿Pero te gusta o no?

Imre puso la excusa de que debía conducir.

«Entonces nada mejor que reponer fuerzas para el viaje», dijo Camil, que en modo alguno iba a aceptar un «no» por respuesta. Mientras el alcohol iba desplegando sus efectos en Imre, Camil se mantuvo de lo más sereno. Lev había pasado la noche tratando de averiguar, a través de algún gesto, si la advertencia de Bunica lo había puesto nervioso; de ser así, Camil lo ocultaba a la perfección. Kato no parecía muy interesada en ese jueguecito con la bebida, mientras que Milena, por su parte, no les quitaba ojo.

No hacían falta grandes dotes de persuasión: esa noche nadie iba a regresar en coche a ningún sitio.

Cuando los últimos clientes se habían marchado, Milena apartó las mesas y sacó a Imre a bailar. Lev hizo lo mismo con Kato. Era una canción rápida; todos empezaron a dar vueltas. Kato se echó a reír. Luego miró a Lev con un gesto interrogante. Llevaba tiempo sin ir a verla, cosa que él achacaba al exceso de trabajo. Lo cierto era que solía quedarse a trabajar en la serrería hasta tarde, no tanto porque Imre se lo pidiera, sino porque le gustaba lo que hacía. Nunca se había planteado a qué se quería dedicar. Desde que pasaba los veranos en el bosque sabía que le gustaba trabajar con la madera y que la parte del papeleo tampoco se le daba mal. Claro que si al acabar el servicio militar Imre no le hubiese propuesto ayudarlo en la serrería, quién sabe qué camino habría tomado.

Su madre le dijo que llevaba esperando demasiado tiempo. En parte tenía razón y en parte no. En realidad, estaba esperando el final de aquella etapa, como todos. Por la mañana esperaba hasta ver si Lis o Bunica necesitaban algo. Luego esperaba en la cola de la mantequilla

o del pan. Esperaba la llegada de la primavera, de la lluvia, del fin de su soledad.

¿Y Kato? Unas veces parecía feliz, nada la hacía sufrir. Otras, volvía a mostrarse dubitativa, insegura. Y eso que ella sentía un impulso interior. Había algo que la llenaba; su talento estaba a la vista de todos. De hecho, hubo un momento en el que incluso su padre pareció entenderlo; fue cuando le pidió que pintara un cuadro de sus colmenas, aunque llevasen ya un tiempo vacías. Demasiado tarde.

—A Milena le gusta Imre —dijo Kato.

—¿Tú crees?

Kato lo miró divertida.

—Hay que estar ciego para no darse cuenta.

Camil estaba fumando apoyado en la barra; Milena e Imre apenas se movían, pero Lev no los estaba mirando; en realidad no miraba a ningún sitio, solo veía unos ojos de color gris claro y tres lunares… una línea que, como él sabía de sobra, recorría el cuello, cruzaba el pecho y bajaba hacia el vientre.

Lev no tuvo inconveniente en pasar allí la noche. Kato pensaba quedarse de todos modos hasta el uno de enero y, si al día siguiente Imre no llegaba puntual al trabajo, él tampoco tenía que hacerlo. Le tocó dormir en el sofá. Cuando se dirigió a la estantería para escoger varios libros al azar, vio cómo su figura asomaba en el espejo semiopaco que colgaba junto a la puerta. Un salón era como la prolongación de un cuerpo ajeno: a través de él, esa persona te permitía acceder a su yo más profundo. Aunque estaba cansado, no logró conciliar el sueño. El canalón no paraba de expulsar agua de lluvia, que caía sobre el asfalto.

Mientras regresaba del baño, al pasar junto al cuarto de Milena oyó unas voces al otro lado de la puerta, el aliento que salía de unas bocas abiertas, risas medio contenidas. El cabecero chocaba contra la pared, se oía el roce de las almohadas y las sábanas. Lev imaginó la espalda de Milena, las muescas de su columna vertebral, sus brazos blancos y desnudos. ¿E Imre? Él debía estar debajo; de lo contrario, los ruidos serían otros, más bruscos, rápidos; probablemente tuviese el rostro relajado, los ojos entreabiertos.

Había días en los que su amigo parecía ausente; guardaba un silencio obstinado. Después le entraba la euforia y quería hacer cosas, se creía capaz de todo, y lo mismo enderezaba un trozo de madera atascado en una de las máquinas que se ponía a talar en una zona impracticable o empezaba a discutir por todo y con todos. Imre siempre rondaba la muerte, como si eso le permitiese estar cerca de su

hijo. A Lev le costaba aceptar esa forma de duelo. Al principio pensó que el dolor desaparecería con el paso del tiempo, o que al menos iría remitiendo, pero la pena era demasiada.

Lev se quedó de pie junto a la puerta de Milena; era incapaz de avanzar; escuchó la respiración de ambos, los sonidos que se traducían en imágenes hasta que Imre se corrió.

Ella lo había deseado desde el primer momento, pensó Lev.

De vuelta al sofá, se acordó de Astrid. El placer y la culpa se revolvieron en su interior. Solo cuando ella le propuso que se fueran a vivir juntos Lev fue consciente de que no le gustaba la idea. Astrid formaba parte de Sighişoara, pero esa ciudad en la que su madre y su padre se habían criado no tenía nada que ver con la vida que él llevaba en el pueblo. Era imposible mezclar ambas cosas.

Una tarde, Astrid estaba sentada a la mesa del abuelo, que enseguida encontró un pretexto para salir del taller y dejarlos a solas en mitad de un silencio cargado de tensión. Al ver semejante maniobra de emparejamiento, Lev se puso furioso. En un primer momento se planteó largarse, pero luego se dio cuenta de que, contra todo pronóstico, Astrid le gustaba. Era educadora infantil, tenía el pelo de un rubio muy claro, las pestañas casi blancas y una forma característica de preguntar y escuchar, con sumo interés y una entrega total. Era fácil confiar en ella.

Salieron a pasear y también al cine; todo se fue dando de un modo natural, para él desconocido. Lev la admiraba por su sinceridad, su intuición y su forma de ser, tan directa. Cada vez que se lo decía, Astrid se echaba a reír. Él lo repetía a menudo; quería que supiese lo hermosa que le parecía, lo mucho que la deseaba.

—Sí que estás enamorado —dijo Astrid.

Lev respondió que era la verdad.

—¿Lo de la hermosura o lo de estar enamorado?

—Las dos cosas.

Astrid consiguió que le trajeran la píldora de Alemania; unos amigos la cosieron al dobladillo del abrigo para pasar la frontera. A Lev le gustaba su capacidad de entrega, la forma en la que su cuerpo reaccionaba a las caricias. Ella le había enseñado lo que consideraba importante: la demora, la determinación, esa sensación de seguridad.

Lev se sentía a gusto con la familia de Astrid. El ambiente era más tranquilo que en su casa, puesto que había un sentimiento natural de pertenencia. Cuando Astrid iba de visita, su madre se ponía muy contenta: solía hacer una tarta y se esmeraba en poner la mesa, de modo que Lev debía emplearse a fondo para alejar de sí la promesa

que encerraban todas esas citas. Astrid era lo bastante lista como para darse cuenta y le exigió que tomase una decisión, pero él no veía ningún motivo para hacerlo. ¿Es que no estaban bien así? Astrid, por su parte, insistía en dar un paso más, y lo que para ella debía ser el principio de algo nuevo él lo percibía como un final.

Lev no manifestó sus dudas, sino que prefirió evitar el tema y no decir cosas que habrían sido oportunas. Una tarde, tras recorrer el largo trayecto hasta casa de Astrid, lanzó varias piedrecillas contra su ventana y le pidió que bajase, pero fue incapaz de articular lo que llevaba preparado. Allí estaba ella, descalza y en camisón; ambos se miraron en silencio y, tras luchar contra sí mismo, Lev se volvió a marchar, llevándose todo lo que tenía pensado decir.

Astrid le dejó muy claro que aquellas dudas no eran un asunto menor. La última vez que él quiso ir a recogerla, ella no estaba en casa, o fingió no estarlo. Las piedrecillas que golpearon contra su ventana no tuvieron respuesta; no hubo unos pasos que bajaran las escaleras, tampoco un portón que se abriese. Lev pensó en llevarle unas flores, o libros, lo que fuera con tal de que ella lo volviese a aceptar. Se moría por meterse en la cama de Astrid, de modo que empujó el bajo vientre contra el sofá hasta que logró tranquilizarse.

A la mañana siguiente, Imre y Lev fueron directamente a trabajar. Kato se quedó en las montañas. Para despedirse le dio un beso en la boca, como hacía siempre.

—Llámame cuando quieras que te venga a recoger —dijo Lev.

Camil no solo los acompañó hasta el coche, cosa que jamás antes había hecho, sino que además se despidió con un abrazo. Lev vio su figura reflejada en el retrovisor hasta que el coche tomó la primera curva.

Hicieron todo el trayecto en silencio. El motor y el vaivén del parabrisas eran lo único que se oía. Al intuir las cavilaciones de su amigo, Lev esbozó una media sonrisa que intentó disimular rápidamente tapándose la boca con la mano, pero Imre se dio cuenta. A partir de ese momento, Imre supo que su amigo estaba al tanto.

Las máquinas de la serrería estaban paradas. El suelo, que casi siempre vibraba, permanecía en calma. Ni en la zona de recogida ni en la de alimentación ni junto a la máquina había nadie. Lev pensó que el silencio reinante en aquella nave de techos altos y abierta por un lateral respondía a la realidad. Todo debía ir hacia delante, avanzar hacia un futuro próspero, pero entre los eslóganes y los hechos se abría una grieta cada vez mayor.

Imre pidió explicaciones a Yakob, el capataz.

Este le dijo que, como no estaba claro lo que había que hacer con el cargamento de madera, los trabajadores se habían marchado.

Imre no le dedicó ni una palabra más. Delante del capataz mantuvo la calma. Eso tenía que ver con el número que Yakob llevaba tatuado en el antebrazo.

Lev se mostró sorprendido al ver que su amigo no se alteraba pese a la caída de la producción. «Más se perdió en Mohács», dijo Imre, es decir, que había cosas peores.

El resto del día lo pasaron revisando papeles, ordenando pedidos, facturas y albaranes, tramitando bajas y repasando las últimas reformas legislativas mientras Yakob se dedicaba a ajustar las hojas de la sierra con un triscador automático. Cuando terminaron, Imre acompañó a Lev a la salida.

—¿Cuándo volverás a verla?

—Mañana —respondió Imre sin dudarlo.

Lev se puso la capucha y avanzó bajo la lluvia. Al girarse, vio que su compañero se estaba encendiendo un cigarrillo. La luz de la cerilla iluminó su rostro, su sonrisa.

En las misas ortodoxas había que persignarse todo el rato. Nada más entrar y besar los iconos, durante los salmos, antes y después de los cánticos y también durante el rezo, el propio y el del sacerdote. Siempre.

Aquello era un constante ir y venir: se encendían velas (las de la araña para los vivos y las que reposaban sobre la arena para los muertos), la gente se arrodillaba, los niños correteaban y las monedas tintineaban al caer dentro de la caja. Solo unos pocos se quedaban hasta el final, pues, aunque fuese un domingo normal y corriente, la celebración podía durar hasta dos o tres horas. A un lado estaban sentadas varias señoras mayores que se mantenían muy erguidas, ya que estaba prohibido cruzar las piernas. Bunica permanecía de pie. Era su forma de demostrar a Dios que iba en serio, y cada vez que se persignaba le demostraba que estaba rezando con todo el cuerpo, no solo con la razón.

Que Lev pudiera estar presente y además recibir la comunión tenía que agradecérselo a Bunica. Él se preguntaba cómo lo habría conseguido, puesto que, en teoría, los protestantes, al igual que los católicos, no eran bienvenidos. Cuando el sacerdote le acercó la cuchara con el pan y el vino, Lev creyó distinguir un ápice de desprecio y condena en su mirada.

Pese a haber sido bautizado por el rito evangélico (lo cual no era culpa suya), Bunica se empeñó en que su nieto menor conociese la fe

ortodoxa. Eso había derivado en algún que otro conflicto, pero, con el paso de los años, Lis dejó de resistirse, de modo que Lev acabó yendo a los oficios protestantes cuando estaba en casa de Astrid y a la iglesia ortodoxa cuando estaba en su pueblo. Él mismo llegó a la conclusión de que a Dios no le iba a importar; al fin y al cabo, ambas religiones adoraban a un señor crucificado. En Navidad, Lev acompañaba a su madre a una iglesia católica donde todos los años representaban *Herodes el Grande* y en Semana Santa celebraban un oficio ruteno. Esa iglesia le gustaba especialmente por lo apartado que estaba el pueblo de montaña del que tomaba su nombre: «Poienile de sub Munte», es decir, que no se hallaba junto a una montaña ni tampoco a sus pies, sino justo debajo.

El interior de aquella iglesia de madera era como la cala de un barco; la torre en punta de flecha rozaba el cielo. Había misas que se asemejaban al movimiento de la respiración, en las cuales las casullas bordadas en oro, las velas, el incienso, los cánticos, el paso de la actividad al silencio y de nuevo a la oración le hacían percibir un tipo de presencia que él no conocía. Al darse cuenta, Bunica reaccionaba con callada satisfacción, como si de un concurso se tratase. A ella le seguía pareciendo un misterio que en las iglesias de los alemanes hubiera bancos. «Ni que aquello fuese un cine», solía decir, «o una universidad», aunque Lev no tenía muy claro que su abuela hubiese ido alguna vez a ninguno de los dos sitios.

Nada más acabar el oficio, Bunica hacía una seña y un señor se acercaba a recogerlos en un carro tirado por caballos. Después de tantas horas de pie, las piernas le tenían que doler una barbaridad, aunque ella jamás lo reconociera. Antes iba a la iglesia montada en su burro de color ceniza, pero ahora que el animal también tenía sus años, se pasaba el día tomando el sol junto al cobertizo. Eso sí, Lev no podía llevar a la abuela en un coche al uso. A la iglesia no se iba en coche.

Antes de tomar asiento, cubrían el carro con periódicos para protegerse de la humedad. Al fondo había varias cajas de cascos retornables. Lev iba fumando mientras sujetaba el paraguas que tapaba a ambos. En esa ocasión, en contra de lo acostumbrado, Bunica no se había detenido en la puerta de la iglesia nada más acabar la misa; es más, había dejado plantada a una señora que la abordó de frente para contarle todo tipo de chismes. La abuela se pasó todo el trayecto en silencio, cuando lo normal siempre que viajaban juntos era que hablase por los codos. Las historias de Bunica aguardaban ocultas en el paisaje, inscritas en las casas, los árboles, los arroyos. Junto a ese

portón fue donde los rusos mataron a alguien el primer día (bastaba que hubiesen matado a uno para que cualquiera que pasara aminorase la marcha). Ahí estaba el escondite que ocultó primero a un judío, luego a un soldado de la Wehrmacht, después a un sajón y, quién sabe, a lo mejor hasta a un partisano rumano.

La abuela no le preguntó si había prevenido a Camil; ella se comunicaba a base de afirmaciones, no le interesaba profundizar. Una vez dicho lo dicho, pasaba a otra cosa; lo demás ya no estaba en su mano. En su día, Lev le preguntó por qué sabía todo aquello. Bunica respondió que sus conocimientos venían de muy dentro, de todo su ser, y que, por lo general, la mayoría de la gente solo atendía a la cabeza, lo cual era una lástima.

El carro se detuvo frente a la puerta de Bunica y Lev la ayudó a bajar. La abuela casi siempre lo invitaba a almorzar, pero ese día no lo hizo; en lugar de eso le preguntó si había visto alguna lombriz.

Lev pensó que había oído mal.

Entonces Bunica se retiró un poco el pañuelo y señaló el suelo.

—Lo normal sería que esto estuviese lleno de lombrices.

Tras pensarlo por un momento, Lev tuvo que darle la razón. Tampoco él había visto una sola lombriz.

Al llegar al final de la calle se dio la vuelta. Bunica seguía allí de pie, a la entrada de la casa, escrutando el cielo.

El primero de mayo cayó en jueves. Para celebrarlo, Jalil le regaló una paloma. Lev se la encontró delante de la cama, en mitad de la alfombrilla. Al cogerla vio que estaba paralizada por el miedo, su corazón palpitaba acelerado, pero seguía viva. Hasta donde pudo reconocer, estaba ilesa. Lev la colocó sobre el alféizar con mucho cuidado.

Jalil debió pensar que su dueño era tonto de remate: durante todos esos años había sido incapaz de aprender a cazar, y aquellos regalos con plumas tampoco le hacían especial ilusión. En los últimos tiempos, las cacerías de Jalil se habían ido alargando; había veces en las que pasaba uno o dos días enteros fuera de casa. Lis, la madre de Lev, solía decir que los gatos nunca pertenecían a una sola persona. Un gato siempre tenía más de un nombre y, como mínimo, tres: el que le ponían en casa; el que le daban otras personas, convencidas también ellas de que el gato era suyo (porque aparecía por allí para comer o porque dormía de vez en cuando encima de una alfombrilla o de una butaca) y el que solo conocía el propio animal. Por eso eran tan ariscos. Lis decía que solo quien conoce tu nombre secreto tiene poder sobre ti. Lev tenía la esperanza de que Kato anduviese al menos cerca

de conseguirlo cuando bautizó al animal.

Celebraron el Día Internacional de los Trabajadores a orillas del Iza. La víspera, por fin, el cielo se había despejado; los ríos y los arroyos manaban en abundancia, los prados estaban empapados. «Los dioses se han puesto de su parte», dijo Anuţa, que se había sumado a la reunión familiar. Cada año se juntaba con alguien distinto. Lev pasó revista: allí estaban su hermana Bredica con Ion, su marido, y sus tres niños (todos habían heredado el pelo denso y moreno de su madre; en especial su sobrina, que parecía un animal asustadizo); sus hermanos Valea y Dorin; Silvia, la mujer de Dorin, y el recién nacido; su madre, su abuela, Anuţa y él. Nueve adultos, tres niños y un bebé. Unos metros más allá se encontraba el siguiente grupo. Ese día nadie se había quedado en casa.

Extendieron varias mantas, Ion y Valea se encargaron de la barbacoa y empezaron a avivar las brasas, pero no lograron que la leña se encendiese a la primera porque estaba húmeda y no prendió del todo bien. El marido de Bredica era el único que disfrutaba de la compañía de Valea.

Dorin había escogido el sitio. Había ido allí con los profesores que recorrían el país para «culturizar al pueblo», pero que, la mayoría de las veces, se encontraban con las salas vacías. Solo Lev y Bredica conocían esas historias. Delante de su hermano mayor, que se pasaba todo el tiempo de asamblea en asamblea, trataba a cualquiera de «camarada» y que, en los últimos tiempos, solía llevar sombrero en vez de gorra, Dorin jamás reconocería que los campesinos no acudían a aquellos actos, de modo que ellos se limitaban a cumplimentar los informes con unas cifras de aforo ficticias y luego se iban a pescar.

Lis preguntó si alguien sabía por qué las tiendas estaban tan bien abastecidas. Había más fruta y verdura de lo habitual. Anuţa lo corroboró: ni siquiera en la ciudad habían tenido que hacer cola para comprar leche. Nadie sabía la respuesta y Valea, el único que hubiese podido tener idea, siguió atizando las brasas muy concentrado.

La cuna estaba sujeta a una rama de árbol. El bebé tenía los ojos abiertos, aunque, según explicó Dorin, aún no podía reconocer las cosas. Como mandaba la tradición, a los recién nacidos se los envolvía de pies a cabeza en un trozo de tela bien tirante. Lev notó en sus carnes la opresión que debía de sentir la criatura.

Silvia, la mujer de Dorin, parecía cansada, como ausente. Mecía la cuna con una mano, pero sin mirar al bebé. Desde que había dado a luz, apenas hablaba; cualquier tontería la hacía llorar. La primera vez que la familia fue a visitarla tras el alumbramiento, ella les entregó al bebé como si no supiese qué hacer con él, y fue Lis la que cayó en la

cuenta de que hacían falta unas tijeras para cortarle las uñas al niño, que tenía las mejillas arañadas.

Lev se sentó junto a Silvia para entablar conversación, pero esta discurrió en un solo sentido hasta que Dorin llamó la atención a su hermano.

—¿No ves que está cansada?

—¿Y tú no ves que no se encuentra bien? —replicó Lev.

—Es agotamiento, nada más.

Aquella mujer no parecía agotada.

Lev conocía ese tipo de mirada, como hacia dentro.

—Cuídala —le dijo a su hermano—. Quítale trabajo de encima.

Dorin quiso saber a qué se refería, a ver si ahora iba a tener él que ponerse a cocinar. El tono en el que hablaba no se correspondía con sus gestos: parecía tenso. Su rostro, por lo general atento y franco, estaba demacrado.

—Por ejemplo —respondió Lev sin inmutarse.

Bunica estaba sentada en una piedra pelando patatas. Las mondaduras le salían perfectas, pero para levantarse necesitaba ayuda.

—Ni se os ocurra haceros viejos —dijo a los niños que, mientras tanto, se dedicaban a recoger las peladuras del suelo y a colgarlas de los arbustos como si fuesen guirnaldas—; la vejez viste un grueso ropaje.

Los manzanos estaban en flor. El Iza se veía inquieto, agitado. Cada veinte o treinta metros había una familia distinta sentada en la orilla. La sobrina y los dos sobrinos de Lev corrieron a bañarse, aunque su padre les advirtió de que el agua seguía estando fría.

—¡Métete! —exclamaron sus sobrinos.

Lev se arremangó el pantalón, se adentró en el río y salpicó a los niños como sin querer. Él enseguida se puso a salvo encima de una piedra. Los pequeños parecían no sentir el frío. Entre todos empezaron a construir una presa y Lev se encargó de llevarles las piedras; estuvieron observando a los peces, que solo asomaban si todos permanecían en silencio; intentaron construir un castillo de arena en la orilla y se pusieron a buscar piedras brillantes y a decir que eran de plata. Después su sobrina empezó a tener frío; Lev la cogió en brazos y los dos se quedaron allí, en la orilla serena, hasta que él mismo lo notó: el frío que sentía en los pies se transformó en un dolor punzante. En algún momento había dejado de pensar en Kato (aunque había reservado su ración de gasolina, por si ella le pedía que fuese a recogerla); tampoco se acordó de la discusión con Astrid ni del caos vivido en la serrería: no pensó en nada.

Había carne a la brasa, patatas y ensalada de col; de postre, una tarta y el chocolate que quedaba del último paquete enviado por Ferry. Después de comer, Bunica y Anuţa lavaron los platos en el río. Ante la insistencia de los niños, Bredica empezó a contarles un cuento. Lev solo escuchó a medias: trataba de doce hermanos que se convirtieron en doce caballos negros y de una hermana que los salvó de una montaña flotante.

Lis estaba tumbada sobre la hierba, tendida en una de las mantas, leyendo un libro que sostenía muy cerca del rostro. Las sombras de los árboles recorrían el lomo; el rostro de Lis, prácticamente ensombrecido, mostraba una expresión tan relajada que Lev no podía dejar de mirarla. Solo ella era capaz de sumergirse en un libro en una tarde como esa, rodeada de conversaciones y de historias. ¿Cómo lograba esa calma? Habían pasado más de veinte años: ¿cómo podía seguir siendo parte de aquella familia sin dejar de ser una extraña? Se llevaba bien con la mayoría de los vecinos, tenía algunas amigas. ¿Le bastaba con eso? ¿Echaría de menos a su padre? ¿La vida en la ciudad? Lev tenía la impresión de que su madre había encontrado una especie de refugio, solo que él desconocía de qué estaba huyendo o por qué debía refugiarse.

El cuento de la montaña flotante terminaba con un caballo que alguien daba a los niños y que era capaz de encontrar los mayores tesoros de ese país. Los sobrinos de Lev escuchaban absortos, sentados sobre la manta; su sobrina tenía en la boca un mechón de su madre. Bredica terminó diciendo que a ella también le gustaría tener un caballo como ese.

—Así no tendría que cocinar ni lavar la ropa, y os podría contar un cuento distinto cada día.

Los niños se echaron a reír. Bredica se levantó y, tras sentarse junto a la mujer de Dorin, empezó a frotarle los hombros y a masajearle el cuello con movimientos suaves, como sin querer.

Silvia cerró los ojos y dejó caer la mano.

Entonces fue el viento el que meció la cuna.

Entonces también el bebé cerró los ojos.

Kato esperaba sentada en el banco que había a la entrada. Lev quiso hacerle muchas preguntas, saber cómo había pasado el día de fiesta y cómo había regresado al pueblo, pero Lis, que se percató más rápidamente de la situación, le hizo un gesto a él y a ella la invitó a pasar. Ya en el cuarto de Lev, Kato se dejó caer en la cama y, cuando él hubo cerrado la puerta después de que su madre les trajera un trozo de tarta, notó que lo asaltaba una intuición, pero no dijo nada, sino

que esperó a que ella misma se lo contara.

—Camil está desaparecido —dijo Kato—. Desde ayer.

Suponían que se fue pronto, pues cuando todos se levantaron, él ya no estaba. Hasta donde ella y Milena pudieron comprobar, también faltaba un caballo y algo de ropa. Los días previos Camil se había comportado de forma extraña, estaba huraño y en plan aguafiestas; hasta había hablado con desprecio de uno de sus dibujos.

—Eso no es muy propio de Camil.

Kato acarició al gato, evitando mirar a Lev.

Él se sintió atravesado por un sentimiento de culpa. Había prevenido a Camil y, por lo tanto, era en parte responsable de su desaparición. Temió que Kato pensase lo mismo, pero no le podía decir nada, ya que, de hacerlo, ella atosigaría a Bunica con miles de preguntas, aunque su abuela jamás revelaría sus fuentes.

Kato añadió que también Imre había pasado por allí, lo mismo que otros amigos, a lo largo del día. Todos estuvieron charlando entre los frutales; por eso Milena tenía la esperanza de que alguien hubiese oído algo o estuviese al corriente de los planes de su hermano. Debían andarse con cuidado. Al parecer, una de cada cinco personas era un delator.

Camil no había dejado ninguna carta, ni siquiera una nota, ni para su hermana ni para ella. Kato probó un trozo de la tarta de Lis, pero mientras masticaba se le saltaron las lágrimas. Lev le quitó lentamente el plato, se sentó a su lado y la abrazó. Jalil se colocó a los pies de la cama: nunca fue muy amigo de los momentos de gran tristeza. El llanto de Kato empezó a remitir, y Lev se oyó a sí mismo decir que Camil pronto regresaría. Se lo dijo a ella y lo dijo para sí, pero, mientras lo hacía, sintió como si tuviese carámbanos en la boca.

—¿Me puedo quedar aquí?

—Eso siempre. El tiempo que necesites.

Los dos se tumbaron. El pelo de Kato le hacía cosquillas y además se le durmió un brazo, pero Lev no la soltó. Kato cayó en un sueño intranquilo, y también él se quedó dormido. Vio a Camil en un coche, en los bosques, en un sótano. Soñó con un lago y una montaña que flotaba en el centro. La montaña giraba lentamente sobre sí misma; en la orilla estaban Kato y él, sin saber cómo cruzar.

Poco antes de la medianoche, Jalil quiso salir. Lev se deshizo con cuidado del abrazo de Kato y se dirigió a la antesala para abrir la puerta al felino. Lo que vio entonces podría haber sido un sueño: sobre la mesa, una vela encendida; Bunica y Lis estaban sentadas una frente a otra, en silencio; su abuela tenía una postura extraña, como

torcida, como si estuviese a punto de marcharse.

Bunica estaba contando que, cuando había salido al maizal para escuchar la radio, había oído algo, ya sabes, los jabalíes. Por un descuido tenía puesta Radio Europa Liberă România. Su voz era apenas un susurro, pero subrayó la palabra «descuido» con una mirada elocuente. Lis no se inmutó, de lo cual Lev dedujo que Bunica la había puesto al corriente.

En una central nuclear próxima a Kiev había habido un accidente. Los rusos habían prohibido dar más detalles, ni siquiera a la población. En el extranjero lo sabían desde hacía tres días, pero Bunica no había vuelto al maizal hasta esa tarde por culpa de la lluvia, y además había sido a última hora, porque su vecina…

Entonces Lev la interrumpió:

—¿Qué más dijeron?

—Ha estallado un reactor. El gas tóxico que sale no tiene color ni olor. Se propaga por el aire, con ayuda del viento —Bunica se atragantó—, con la lluvia.

Lev pensó que llevaba días lloviendo, y también se acordó de ese día, de los niños y él bañándose en el río. El frío del agua, las piedras de plata, la arena. Al notar que las piernas se le entumecían acercó una silla. ¿Por qué no habían informado? ¿Por qué los países no colaboraban? En esos casos, las fronteras se deberían suprimir.

También Bunica y Lis se quedaron pensativas. De repente, la abuela pareció agotada. Lev alargó el brazo por encima de la mesa, Bunica miró su mano y quiso agarrarla, aunque con retraso. Lis también acercó la suya.

—Es como ha sido siempre —dijo—. Como un teatro donde se representa una sola obra, pero la gente no se cansa de verla. Acuden a la función, sufren, atienden esperanzados y aplauden en el mismo instante en el que, por muy poco, se logra evitar la gran catástrofe.

Según Bunica, lo peor era cuando la gente, para colmo, salía convencida de haber aprendido algo. Cuando prefería pensar que vendrían tiempos mejores y que todos serían más listos. Pero todo se repite, todo vuelve, solo que con otro rostro.

Lev trató de comprender el alcance de la noticia; pensó en Kato, que estaba durmiendo en su cuarto, en la desaparición de Camil, y se sintió como esas veces en las que, de niño, había tenido que entrar a la fuerza en el salón de Bunica. Siempre que había que buscar algo, sus hermanos lo mandaban a él: ¿no decía que no le daba miedo? En ese espacio quieto y penumbroso, los muebles resultaban amenazantes, como gigantes petrificados, y, por miedo a que algo lo agarrase por un hombro, Lev prefería no respirar.

¿Por qué era tan importante contener la respiración?
¿Por qué razón decían que así los fantasmas no te hacían nada?
Pues muy fácil. Lev oyó la voz de su hermana.
Cuando uno no respira es porque ya está muerto.

Al día siguiente, la noticia también fue oficial en Rumanía: en la central Lenin, próxima a Kiev, se había producido un accidente nuclear. Informaron de que a los niños les darían pastillas de yodo en las escuelas. La población debía evitar cualquier salida innecesaria. Se desaconsejaba ir a buscar setas. Había que lavar bien la fruta y la verdura, y evitar la leche. Por lo demás, no existía ningún riesgo para la población.

Prin pădure trece-mi-oi
Frunză verde ciunta-mi-oi
Şi pe vale şi pe grui

Cinco

Nada.

Maldita sea.

No veía nada.

El parabrisas era un caos. Lev solo veía a ratos, y porque Kato limpiaba el cristal con un trapo empapado en aguardiente. ¿Tendría las carreteras grabadas en la memoria? ¿Estaría conduciendo al azar? ¿A la buena de Dios? Cuando pararon para tratar de orientarse, no vieron más que colinas bajo un cielo plomizo y envuelto en nieve.

Kato volvió a empapar el trapo, se bajó del coche y limpió el parabrisas. A través de esa mirilla empezaron a aparecer varias formas, contornos, gris sobre gris, blanco sobre blanco; después, el hielo volvió a cerrar el círculo con sus fríos dedos. Lev condujo durante unos segundos hacia la nada. Líneas de fuga.

—¿Cuánto queda en la botella?

—Suficiente —respondió Kato en un tono familiar, ligeramente borroso, indicativo de que también ella tenía sus dudas.

No se veía un alma, ni un solo coche; ellos parecían ser los dos únicos pirados a los que se les había ocurrido viajar con ese tiempo. Al cabo de un rato aparecieron unas casas. Llena de euforia, Kato exclamó: *«¡mişto!»,* y dio un trago a la botella. Lev redujo la velocidad todo lo que pudo y ambos clavaron la vista en las vallas y los patios, que parecían remisos, como abandonados, hasta que distinguieron una luz.

Apenas era un débil haz, pero luz, al fin y al cabo.

Lev se adelantó y se dio cuenta de que habían llegado a una especie de restaurante. En las mesas había velas encendidas. Las llamas oscilaron, pero se volvieron a avivar en cuanto Kato cerró la puerta. Había tres hombres y una mujer reunidos en torno a una radio. La mujer se volvió hacia ellos, mirándolos de reojo y con cierto recelo. El calor que emanaba del local retuvo a Lev en el umbral. Los copos prendidos en el pelo de Kato se empezaron a derretir, pero también ella se quedó clavada en el sitio, observando la escena. Sucedió lo que sucedía cada vez que en la radio ponían una canción de Maria Tănase: la gente enmudecía; unos cerraban los ojos, otros miraban al vacío con la cabeza apoyada en una mano; siempre había algo que te removía por dentro, que se dispersaba o se recomponía.

Su voz era acre, no necesariamente hermosa en un sentido clásico, sino que podía ser suave y potente, cantar al amor y al alcohol; sus canciones abarcaban desde la región de Maramureş hasta Valaquia, pasando por la Transilvania sajona. Le habían prohibido actuar y todos sus temas habían sido censurados, lo cual, como acababan de comprobar, había surtido efecto. Cuando terminó la canción, apenas un crujido bastó para acotar el espacio, pero el grupo permaneció inmóvil frente a la radio. Lev y Kato se quedaron en la puerta, incapaces, también ellos, de quebrantar ese silencio, de perturbar esa naturaleza muerta.

Ese silencio, pensó Lev, era especial; era el que emerge de las notas y sigue hablando de ellas, tan clamoroso y denso que primero tiene que disiparse, como el humo.

La mujer rompió el hechizo.

—¿Qué queréis?

No sonó antipática.

Eso de la culpa, ¿qué era exactamente?

La culpa en realidad no existía, no era más que el resultado de una cadena de decisiones. Era su primer día de permiso; esa misma tarde cogió el coche del abuelo y paró frente a la casa de Kato. Antes de bajar, reconoció su delgada figura en mitad del camino: al pasar junto al peral, Kato casi roza el columpio; de hecho, el asiento empezó a oscilar, y cada vez que subía rebasaba la pequeña cerca que, en algunos tramos, se inclinaba hacia el suelo, como haciendo eses. Kato abrió de golpe la puerta del copiloto, le ofreció una botella y exclamó: «¡Tira!». Lev quiso saber hacia dónde y ella respondió: *«oriunde»,* «donde sea».

Aunque había empezado a nevar, condujeron montaña arriba, curva tras curva; tomaron aguardiente para entrar en calor, pero llegó un momento en el que ya no supieron ubicarse.

—Ni se os ocurra conducir de vuelta —les advirtió una mujer que los estaba observando desde una ventana—. Mejor regresad mañana, cuando veáis más de un palmo.

—Pero es que yo tengo que volver —dijo Kato en voz baja.

—Tú no «tienes que» nada, bonita. A menos que quieras que mañana encendamos una vela por tu alma.

Milena (así se llamaba la mujer) les puso delante una sopa de verduras. Aguardiente no les sirvió porque, según dijo, ambos apestaban lo mismo que su fonda el día de la Virgen.

Dos de los clientes se marcharon, y el que se quedó resultó ser Camil, el hermano de Milena. Lucía una media melena y era de

complexión fuerte; rondaría los treinta. Su aspecto era melancólico, como si acabara de recibir una mala noticia, y tenía un tic nervioso: pequeños espasmos en el ojo izquierdo.

Les ofrecieron un sofá situado en la primera planta, en una habitación gélida. Al ver que el colchón era de matrimonio, Lev dudó. Milena, que se las sabía todas, les acababa de preguntar si no les importaba dormir juntos, aunque no les dio opción a responder.

En las paredes había varios cuadros y una estantería enorme llena de libros. Sobre el respaldo de la silla colgaban unas toallas de cáñamo. Kato las acercó a su rostro y, tras inhalar profundamente, se dejó caer en el sofá tal cual, aún vestida. Lev se lavó las manos en una palangana, se quitó los zapatos y el pantalón y se acostó bajo la manta, cosa que no logró a la primera, porque Kato no se movió ni un milímetro para dejarle sitio. Después ella lo imitó: se lavó las manos y se quitó la ropa.

Lev notó unas piernas frías que se colaban entre las suyas.

Con el primer sueldo que ganó en el bosque, él le compró unos zapatos. Kato los miró fijamente: ni un solo movimiento, ni una sola palabra. «Unos zapatos», dijo por fin.

Solo cuando Lev lo repitió, como si ambos acabaran de incorporar esa palabra a su vocabulario, ella se quitó los zapatos viejos y se puso los nuevos con sumo cuidado, como si fueran de cristal; después se ató los cordones en forma de lazada, muy despacio, como hacen los niños pequeños (en eso no había cambiado). Anduvo unos pocos pasos fijándose en cada loseta, luego empezó a acelerar hasta que, finalmente, se dejó caer con una torsión y acarició el cuero. Después estiró las piernas y juntó las punteras, se levantó y empezó a correr, como si los zapatos tuviesen vida propia. Una pierna dibujó un arco, después la otra, y entre ambas acciones hubo varios instantes en los que las dos extremidades se quedaron en el aire y Kato sintió que flotaba.

Ella nunca le dio las gracias.

No tenía por qué.

Siempre que le hacía un regalo (un cuaderno, una taza, unas medias que ella nunca llegó a estrenar), se lo daba sin aspavientos y enseguida cambiaba de tema. A veces los escondía, de modo que Kato tardaba un rato en encontrarlos. Nunca hablaron del asunto, pero cada vez que ella descubría un regalo oculto, él lo sabía al instante, pues su expresión reflejaba parte de la alegría que ese hallazgo le había provocado. Lev jamás se cansaba de observar ese rostro capaz de cambiar de un momento a otro: de arrogante a reflexivo, de serio a

eufórico. Había en él algo enigmático, un cierto aire de superioridad, algo que siempre le resultó ajeno, por más que lo conociese a la perfección. Kato era casi de su misma estatura, tenía las piernas y los brazos desgarbados, pero sus ojos eran los de siempre. Albergaban una luz clara, gris, curiosidad, astucia, intransigencia.

Lev estiró el brazo y Kato apoyó la cabeza en él.

Había aún bastante claridad como para distinguir los muebles y los libros, bastante luz para intuir la silueta de Kato bajo la manta. Kato giró la cabeza hacia él y suspiró. Lev notó su aliento en el cuello, sus piernas contra las de él; «ahora», pensó, «ahora», y se volvió hacia ella. Entonces la empezó a atosigar con suavidad, pero sin descanso. Le acarició el cuello, los hombros, la besó en las mejillas y en los ojos. Le separó los labios con la lengua. En el interior de su boca notó un dulzor amargo y húmedo, como el sabor de las almendras verdes. Ella lo dejó hacer, sin apartarse, y eso bastó para que Lev diese un paso más. Entonces se colocó encima, con cuidado de que el frío no se colara bajo la manta; notó sus pechos, que tantas veces había visto cuando se bañaban; notó su cintura, el calor de su vientre. Después se apretó contra su regazo y lanzó un suspiro.

—¡Lev… Lev!

El día siguiente amaneció claro, el cielo estaba limpio. Lev se sintió como abandonado a la luz; cerró los ojos con la esperanza de que todo su cuerpo desapareciese bajo sus párpados. En su mesa se atrancó el silencio. Toda la sala olía a humo, todavía frío. Sentado junto a la ventana, Camil se dedicaba a observar los pájaros con unos prismáticos. Milena les sirvió unas gachas de maíz que ambos devoraron con mucho apetito.

No mirar a Kato esa mañana era todo un arte. No mirarla mientras se vestían, no reparar en cómo dibujaba unas flores con el dedo sobre el vaho de la ventana ni en cómo se miraba en el espejo semiopaco que había junto a la puerta; cederle el turno en el baño con un gesto amable y fingir que no la observaba durante el desayuno, pero captarlo todo con el rabillo del ojo: el suelo recién fregado, los cuadros descoloridos que colgaban de las paredes; solo su rostro quedaba difuminado.

Tras servirles café, Milena se quedó en el sitio y, con gesto evidente de extrañeza, les preguntó si se les había comido la lengua el gato. Ambos se apresuraron a darle las gracias. Después Kato quiso saber qué hacía Camil. Era la primera frase completa que pronunciaba esa mañana.

Según dijo Milena, su hermano estudiaba el comportamiento de los

mirlos.

Como nadie reaccionó, Camil tomó la palabra. Tenía una voz grave, estentórea, que enronquecía a mitad de frase y que, justamente por eso, resultaba un poco intimidatoria. Todo él impresionaba: era de complexión fuerte, pero a la vez tenía un aire espiritual.

Camil les explicó que los mirlos son los pájaros más corrientes, pero cantan mejor que cualquier ruiseñor. Él pretendía averiguar cómo se comunicaban; por eso grababa sus trinos.

Kato, que entretanto se había levantado, cogió los prismáticos para observarlos por sí misma, pero al acercárselos a los ojos se sobresaltó un poco.

Camil se echó a reír y le explicó cómo regularlos.

Aquel fue un instante de familiaridad entre ambos.

Tal vez por eso, Lev no le profesaba una simpatía incondicional.

Pese a haber participado de aquel juego de miradas de reojo, durante el camino de vuelta Kato no se anduvo con rodeos. En cuanto el interior del coche se hubo templado y llegaron a una zona que les resultó conocida, ella sacó el tema. Tenía la lengua ligeramente apoyada contra los dientes; era su gesto habitual cuando estaba cansada o nerviosa.

—Oye, Lev, yo no estoy enfadada —en ese momento llegó una serie de curvas que requerían concentración—. Antes o después iba a pasar. Yo lo he pensado muchas veces, ¿tú no?

Lo mejor era darle la razón. Lev asintió como de pasada mientras se concentraba en la conducción. Kato continuó:

—¿Sabes qué? Pasara lo que pasase a partir de ahora, nunca sería tan bueno como lo que tenemos.

—Si no probamos, no lo puedes saber.

¿Qué pasaría si en ese momento no tuviesen valor para dar un paso más?

—Sabes de sobra cuánto significas para mí.

—¿Sí? —dijo Lev subiendo un poco el tono—. Pues dímelo, porque no lo sé. Solo sé que pienso en ti, que me paso todo el día pensando en ti en ese agujero de mierda donde trabajo.

Entonces ella le tomó la mano, que se resistió a soltar la palanca de cambios.

—¿Por qué no me lo cuentas? —preguntó Kato.

Lev pensó en el túnel, en el frío, en los barracones. No quería provocar lástima.

—No me puedo arriesgar —En la voz de Kato había algo que lo obligó a mirarla—. Eres el único amigo que tengo.

—Seguro que funcionaría —dijo Lev en voz baja.

Cuánto dolía que ella no pensara lo mismo.

—Cuando mi padre no tiene trabajo es terrible. Se pasa el día sentado sin hacer nada; de repente se marcha y pueden pasar días hasta que lo vuelvo a ver.

—¿Esa botella es suya?

—*Era* —respondió Kato cogiendo el aguardiente que estaba en el suelo y en el que aún quedaba un pequeño resto.

Ambos sonrieron.

—Tú estás lejos y yo estoy aquí —al decir «aquí», Kato señaló en una dirección indeterminada—. Conocerás a una mujer; seguramente ya la has conocido; si no, de qué ibas a besar así.

—Algo es algo —dijo Lev.

—¿Cómo?

—Al menos estás diciendo que beso bien.

Los dos se echaron a reír. Kato lo miró aliviada.

Unos trazos bastaron para dibujar las colinas y las calles de su pueblo. Cuando llegaron a casa de Kato, antes incluso de que el coche se hubiese detenido, ella abrió de golpe la puerta y se bajó. Un roce quejumbroso anunció que había entrado en casa. En la cabeza de Lev hacía rato que Kato había regresado con su padre y le estaba explicando dónde se había metido. A él le habría gustado decir algo para disipar esa tristeza que, últimamente, detectaba en ella con más frecuencia.

¿Pero qué podía decir?

Todos tenían que pasar por el ejército. Unos, como Lev, tenían dieciocho; otros eran bastante mayores, puesto que no los llamaban a filas hasta que terminasen de aprender un oficio.

Ninguno sabía cuál sería su destino. Como la mayoría, Lev solo llevaba una maleta. Dentro: ropa interior y algo de comida. Su madre había metido demasiadas cosas. Su hermana Bredica le había dado un amuleto de parte de los niños: un búho de plástico con una arandela para usarlo de llavero. Su abuela le dio un consejo: no llamar la atención; callarse cuando tocara callar y hablar cuando tocara hablar; solo así lograría confundirse con la masa. En determinados contextos, hacerse invisible era importante, no debía olvidarlo. Dorin le regaló una navaja. Valea se despidió de él como si se fuese al campo o al bosque, es decir, no se despidió.

Viajó toda la noche en tren. Siempre y cuando circulara. A veces se detenía y dejaba pasar a otro tren. A nadie debió interesarle si tenían hambre o sed durante el trayecto. Ya era de mañana cuando llegaron;

Lev reconoció la planicie, aquel horizonte bajo, como trazado con pulso firme.

Alguien dijo: «el Banato».

Alguien dijo: «¡Reşiţa!».

Desde la estación los trasladaron directamente al cuartel. Durante el trayecto se llevó una primera impresión de la ciudad: bloques de viviendas y casas austeras, sin tejados de madera ni bancos a la entrada. Azul humo, verde manzana, ocre. Las laderas quedaban ocultas tras las fábricas: chimeneas, torres de refrigeración, naves de almacenaje. Se oía un estruendo, una especie de rugido mecánico. Al ver el paisaje, una sensación de melancolía, mezclada con excitación y un cansancio febril, se apoderó de él.

¿Qué ciudad sería esa? Al menos tenía un río: el Bârzava.

Ya en el cuartel, otra vez lo mismo: esperar. Entonces lo llamaron por su nombre, aunque le sonó extraño, como si fuese una pregunta, una pregunta a la que él respondió con todo su cuerpo, con el simple hecho de estar presente. No lo avergonzó tener que desnudarse. A fuerza de trabajar en el bosque durante el verano se mantenía en forma. Metieron su ropa en un saco, lo cerraron con una costura y le pusieron su nombre. Luego le raparon la cabeza. El pantalón del uniforme le quedaba corto, lo mismo que las mangas de la chaqueta, y cuando les repartieron los zapatos, tampoco le preguntaron qué número calzaba. Entonces comenzó el trueque; lo que más le costó fue encontrar los zapatos adecuados. Al cabo de un rato, consiguió un par más desgastado que los que le habían correspondido, pero al menos eran de su número. Lo que no pudo soportar fueron los calzoncillos. Picaban mucho y solo se sujetaban con un cordoncillo.

Siguieron semanas de pura instrucción. Después del desayuno los llamaban a formar y pasaban las mañanas y las tardes de maniobras. Las prácticas de tiro tenían lugar en un prado. La zona estaba debidamente acotada para evitar un accidente con civiles.

La instrucción por sí sola no le afectaba demasiado; tampoco la eterna lectura en voz alta durante las comidas: eran las hazañas de Ceauşescu, siempre las mismas, como si fuesen los monjes de un refectorio y les hablaran de Dios. Lo que le exasperaba era la petulancia de los mandos. Como había llegado tarde a la familia, Lev ya sabía cómo iba eso de las jerarquías: cuando Valea tenía un mal día lo pagaba con Dorin. Este, a su vez, la tomaba con Lev, y entonces él se planteaba si la cadena terminaba ahí. Su madre no lo podía ayudar. Valea y Dorin no le hacían ningún caso; que ella les preparase la comida no era ningún problema, siempre y cuando estuviese calladita.

En teoría libraban los domingos, pero ya uno de los primeros los sacaron de la cama al apuntar la mañana para cavar una zanja. A cada uno le tocó un tramo de tres metros; la tierra estaba muy dura; tras picar una piedra te encontrabas la siguiente, y si no completabas el cupo, te quedabas sin cenar. Lev llevó algo de pan y queso a un compañero que no había cumplido con sus metros. Era un joven serbio que llevaba la nostalgia escrita en el rostro.

Bajo la almohada tenía el búho de plástico de sus sobrinos. Era lo primero que veía al abrir los ojos y lo último que veía al cerrarlos. La maleta que guardaba bajo la cama se convirtió en escritorio, banqueta y escabel, como si fuese el resguardo de un mundo dejado en prenda. A veces la sacaba y acariciaba las mudas que Lis le había dado y que, como el resto de los valiosos objetos que contenía, no podía usar. Lo que lo atormentaba cada vez más eran los calzoncillos: el picor era insoportable; además, durante las maniobras el cordón se soltaba, el calzoncillo se resbalaba y acababa colgando del trasero como un trapo. En un arrebato, Lev decidió ponerse una muda de las que había llevado de casa.

Poco después, una noche lo sacaron de la cama a la fuerza. Dos hombres lo llevaron a rastras hasta el patio del cuartel. La oscuridad impedía reconocer su rostro. En el aire flotaba un aroma a vainilla y una pizca de ceniza.

Lo obligaron a quedarse en calzoncillos.

Una estrella fugaz prendió la noche dividiéndola en dos.

Entonces comenzaron las patadas.

De no haber ocurrido lo del calzoncillo, quizás hubiese prestado juramento.

Una vez concluida la instrucción básica, el comandante los fue llamando uno por uno para el solemne ritual de empuñar el arma y, mirando a la tricolor, jurar lealtad a la patria.

Lev se negó.

El comandante quiso asegurarse de que había oído bien.

Lev no contestó, sino que, con aparente indiferencia, se limitó a mirar de reojo al otro militar, el que le había entregado el arma; era un tipo de aspecto impecable (ese uniforme no entraba en ningún trueque) que desprendía un aroma dulzón, como a tabaco de pipa. Vainilla y ceniza.

Entonces llegaron las amenazas. Si se negaba a prestar juramento, tendría que declarar ante el tribunal militar de Timişoara. Fuera esperaban más soldados; aquello era como una cadena de montaje. Lev pudo percibir el estupor del comandante.

Se sucedieron varios intentos de intimidarlo, aunque solo verbalmente.

Lev dejó a un lado el arma y repitió que no iba a jurar.

Entonces intervino el otro militar, preguntándole si preferiría prometer lealtad sosteniendo otra cosa.

Lev miró a su alrededor.

Un destello de osadía lo atravesó por un instante.

O te hacen pedacitos o te sales con la tuya.

—Juraré lealtad por esa escoba —dijo señalando el utensilio que había en un rincón, al lado de un cubo.

En ese momento se abrió la puerta y alguien preguntó si estaba todo en orden.

—Por supuesto —bramó el comandante—, todo en orden.

La puerta se volvió a cerrar.

El tipo avainillado le plantó la escoba en la mano.

—Ahora jura o te la meto por el culo.

Así fue como Lev juró lealtad a la patria empuñando una escoba.

No lo destinaron a un puesto donde tuviese que manejar un arma, sino a trabajar. Era el castigo por su comportamiento y él lo aceptó. El viaje comenzó en camión; Lev aguantó varias horas sentado encima de la maleta y rodeado de otros soldados. Alguien rajó la lona con una navajilla y todos se fueron turnando para ver el exterior.

Al llegar a una ciudad, Ivo, el joven serbio, exclamó que estaban en Târgu Jiu, muy cerca de la llamada «Puerta del Beso», el monumento a los caídos en la Primera Guerra Mundial. Pero no se quedaron allí, sino que continuaron hacia las montañas, en la parte meridional de los Cárpatos, donde aún había varios metros de nieve. Las ramas de los abetos se inclinaban hasta rozar el suelo por el peso de los copos; los caminos conducían hacia una blancura arbolada. Lev volvió a estar a expensas del bosque, solo que ya no podía contar con la protección de Imre. Los distribuyeron en varios barracones, que al menos estaban bien aislados, y de nuevo tuvieron que desnudarse y ponerse el uniforme de trabajo, esta vez delante de todos. Ivo tuvo una erección y alguien murmuró si quería que le hiciese una visita esa noche; los demás se echaron a reír. Entre cama y cama, Lev oyó hablar en rumano, húngaro, sajón y el dialecto del Banato. Después repartieron los primeros turnos. A él le tocó el peor: de doce de la noche a ocho de la mañana.

«Tú sabrás, eso te pasa por jurar lealtad a una escoba», se dijo la primera noche que pasó en el túnel, donde el agua se colaba en las botas de goma. Lev miraba a los demás con lástima: ¿qué habrían

hecho esos pobres diablos para estar allí, partiéndose el lomo?

Un simple chiste sobre Ceauşescu era motivo suficiente.

Había muchos chistes sobre el jefe del Estado, y eso que, en su día, había sido todo un símbolo de esperanza: Rumanía era el único país firmante del Pacto de Varsovia que no había enviado tropas a Praga, y además mantenía relaciones diplomáticas con Occidente. Pero era obvio que, desde que estuvo en China, Ceauşescu había perdido el juicio; o tal vez se le subió a la cabeza que Alemania lo distinguiera con la cruz federal al mérito.

Estaban abriendo un túnel para instalar una tubería. En algunos momentos, el agua les llegaba por encima de la rodilla; las herramientas que utilizaban habían vivido tiempos mejores. Por la mañana llegó un camión descubierto y los trasladó hasta los barracones en mitad de un viento gélido.

—¡Qué coño pasa con la lona! —exclamó un trabajador.

—La semana pasada sí que estaba —añadió otro.

Lev se paró a pensar cuántas veces hablaban de la oscuridad, pero, en realidad, se referían a ella en sentido figurado. Solo entonces comprendió lo que el frío y la oscuridad significaban realmente. Era un frío que no dejaba espacio para otro deseo que no fuese rendirse. De vuelta en el barracón, apenas podía mover los dedos. Cuando fue a quitarse el pantalón, la tela se desgarró por la mitad. Entonces notó que sus piernas se entumecían. Y que un remolino lo aspiraba desde las profundidades del suelo. Tras desplomarse en la cama, se tapó las piernas, confiando en que nadie se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo… hasta que el ataque se le pasó y recuperó la movilidad.

Estando en caída libre, solo podías seguir cayendo, y si no prestabas atención, te convertías en una especie de escoria, de modo que los demás podían hacer contigo lo que quisieran. Pero ya era hora de regresar a la superficie, así que Lev esperó a que llegase el momento adecuado.

A primeros de junio le dieron otro permiso.

Nada más verlo, su madre se asustó y se alejó varios palmos.

—¿Pero qué os dan de comer?

—Lo suficiente —respondió Lev intentando calmarla.

—¿Lo suficiente para qué?

Después de que su abuelo también lo mirase con más detenimiento de lo habitual, Lev se puso frente al espejo. Había adelgazado, tenía una mirada agreste. La cabeza rapada dejaba a la vista la forma de su cráneo.

Bunica aclaró que cuando ella le habló de hacerse invisible, no lo había dicho en sentido literal.

Lev se sentó a la mesa y empezó a servirse todas las exquisiteces que habían preparado en su honor: *paprikash,* rollitos de amapola y café con nata. «Como en un café de los finos», dijo Ferry. Por el contrario, Bunica no quiso nata. Prefería distinguir el color del café. Al oír ese comentario, Lis respiró hondo. Dorin y su novia habían ido a comer. Bredica y su familia se sumarían por la tarde. Valea estaba en un extremo de la mesa, donde antes se sentaba el padre, y pidió a Lev que les hablara de su destacamento en las montañas (así lo llamó).

Para ganar tiempo, Lev siguió masticando su trozo de pastel. Valea había idealizado su época en el ejército. A menudo debían soportar el relato de sus hazañas.

—¿Qué queréis que os cuente? —preguntó Lev.

Sonó completamente desganado.

—Pues lo que has vivido.

Su hermano sabía de sobra lo que significaba que lo hubieran puesto a trabajar en un túnel.

—De eso no puedo hablar.

Valea lo miró con recelo. Y mientras él imaginaba quién sabe qué batallas en defensa de la República Socialista, Lev se dedicó a engullir trozos de pastel.

Cuando todos se hubieron marchado y en la mesa solo quedaban Ferry y Lev, Lis cerró las puertas de la antesala. El abuelo apagó el cigarrillo al instante, como cumpliendo órdenes, y luego se levantó. Era todo tan raro que incluso Jalil, que hasta ese momento había estado acurrucado en una silla, alzó la cabeza. Durante la comida había contado con que le cayera algún trocito de embutido o un poco de nata, cosa que, efectivamente, sucedió, ya que Lev y Silvia, la novia de Dorin, le habían dado de comer más o menos a escondidas.

—¿Me acompañas a dar un paseo? —preguntó Ferry.

—¿Ahora? —respondió Lev, que en realidad estaba un poco mareado después de tanta comida.

—Tu abuelo necesita ayuda.

—Sí, claro —recapacitó Lev.

En el jardín, Ferry le preguntó cuánto tiempo más estaría de permiso.

—Todavía una semana.

—Suficiente.

Después el abuelo hurgó en un montón de ramas secas hasta que dio con el palo adecuado.

Lev esperó, en silencio. ¿Suficiente para qué?

Cuando los establos y los huertos quedaron atrás, Ferry prosiguió.

—Necesito que alguien me lleve hasta un aparcamiento cercano a la frontera con Hungría.

Fue entonces cuando Lev cayó en la cuenta de lo que aquello significaba.

—Pero si ya has echado los papeles.

—¡Los papeles! —replicó Ferry—. Esos llegarán cuando yo esté bajo tierra.

—¿Y qué pasará con Lis? ¿Con nosotros?

—Vosotros vendréis después. Será más fácil cuando yo esté al otro lado.

El abuelo no les había pedido opinión.

Lev pensó en una espiral descendente. Todo el que cae en ella sigue cayendo para siempre. Facilitar la huida de una persona estaba castigado con pena de cárcel.

—Sabes que te llevaré a donde haga falta.

Lis habló con los ojos cuando le dio la nota.

—¿La estás evitando?

Su nombre estaba escrito en mayúsculas; debajo, apenas unos trazos en forma de pájaro. Antes solía ir a casa de Kato nada más llegar; no dejaba pasar ni una hora. ¿Por qué esa vez no? La ira y la decepción que su rechazo había provocado en él se habían esfumado, se habían quedado en el túnel, como tantas otras cosas.

Cuando Lev llamó a su puerta ese mismo mediodía, al principio nadie abrió.

El perro, que estaba entretenido mordisqueando una mazorca, se había limitado a alzar la cabeza cuando vio a Lev saltar la valla en lugar de molestarse en abrir el portón. Lev miró por el agujero que había en la ventana, donde estaba la foto de la torre Eiffel. La mesa de la cocina estaba llena de papeles. Tras el cristal apareció un rostro de ojos acuosos, con picaduras de abeja en el cuello. Su padre le dijo que Kato no estaba. Lev le deseó un buen día y se preguntó por qué nunca habían logrado decirse más que lo básico. Todos los intentos de entablar una conversación, más allá de la fórmula pregunta-respuesta, habían fracasado. El padre de Kato parecía no tener la menor idea de quién era él ni de qué hacía allí. Y lo que era aún peor: probablemente tampoco sabía qué tipo de persona era su hija.

Lev subió por el sendero que había detrás de la casa.

Laderas verde pálido.

Algún destello cristalino.

Ese silbido solo podía ser de Kato. Él contestó.

Poco después la tuvo ante sí. Notó cómo el estupor se mezclaba con la alegría al ver lo mucho que él había cambiado.

Los dos empezaron al unísono:

—Lo sien…

—Acabamos de salvar a alguien del infierno —dijo Kato.

Lev se alegró tanto de volver a verla que, en el momento, no se enteró. Fue después, estando ya en casa, cuando pudo percibir los ecos del encuentro. Estaba tranquilo, y era una calma que anulaba cualquier otra preocupación: el recuerdo del túnel, la contención del abuelo mientras planeaba su huida sin aparentar remordimiento. Pero esa calma también escondía algo que él ignoraba, y fue por la noche cuando se dio cuenta de que Kato, a su manera, había intentado decirle algo.

Para ello le mostró varios dibujos de pájaros; en los meses que había estado ausente, ella debió de ponerse a dibujar como una posesa. Primero unos bocetos a lápiz que iba perfeccionando hasta llegar a la acuarela.

Lev le preguntó de dónde sacaba las pinturas.

Ella lo miró sorprendida, quizás porque él nunca opinaba sobre sus dibujos.

Dijo que las conseguía a través de Camil.

Después se inclinó hacia atrás y se apoyó en los codos, dejando que fuera él quien recogiese los dibujos que había esparcido sobre la alfombra de césped. Lev los guardó en la carpeta con mucho cuidado.

—Son preciosos —dijo, sin tener la menor idea de por qué esas palabras se le resistían tanto. Dibujar esos pájaros debía de hacerla feliz.

Kato no dijo nada. Su aliento era un fino reguero acuoso.

Él le mantuvo la mirada y se acordó del juego al que jugaban de pequeños. Lo llamaban «hombre y mujer» y solían jugar hasta que uno de los dos acababa harto.

Después se pasó la mano por la frente, como si aún quedase algo de pelo por retirar.

—Lev, dime cómo te va.

Cada mañana o cada noche, dependiendo del turno, a Lev le tocaba atravesar el bosque. Bajo la nieve derretida asomaban la hojarasca, el musgo y las piñas que caían de los abetos. Lev solía recoger esas piñas, lampazos y piedras, y los guardaba bajo la almohada. Había varios árboles a los que siempre regresaba, como si fuesen un amigo.

Los compañeros le aconsejaron que estuviese muy atento para no perderse.

Él respondió que sabía orientarse.

¿También en ese bosque?

En todos.

Un día, cuando llevaba un buen rato de caminata, hubo algo que lo retuvo (no encontró otra explicación), algo que le impedía avanzar. Ante él se abrió un claro de bosque. Dos lobos se estaban peleando en completo silencio. Ni un soplo de viento, ni el sonido de un pájaro; era como si todo ese espacio estuviese observando, conteniendo la respiración; no solo él, sino todo a su alrededor: el bosque en toda su amplitud y el peso de las montañas se iban derritiendo y se concentraban en ese punto.

Uno de los lobos irradiaba fuerza y serenidad, no cabía duda de que era el líder. Al cabo de unos instantes, el otro animal agachó las orejas, bajó la cola y empezó a menearla. Después dobló las patas traseras y se agazapó. El vencedor estaba de pie junto a él, sin prestarle atención, mirando hacia otro lado.

El lobo que se había rendido pasó muy cerca de Lev, pero, por extraño que fuese, él no tuvo miedo. Cuando los pájaros alzaron el vuelo decidió volver a los barracones. No sabía si contárselo a los demás. ¿Cambiaría eso algo? Ni lo más mínimo. Vivían rodeados de lobos. Eso lo sabía de antes.

—¿Y no has hecho ningún amigo? —quiso saber Kato tras escuchar atentamente.

Tengo uno, dijo Lev antes de encenderse un cigarrillo. Al parecer trabajaba en la cocina y siempre le servía un cucharón de más. Y también otro soldado más joven, Ivo, al que cuidaba. Habían tenido suerte: al ingeniero que estaba al mando en el túnel le importaba más la persona que el uniforme. Por eso siempre intentaba facilitarles el trabajo.

Kato sacó una hoja de la carpeta y empezó a dibujar.

Dos lobos en mitad de un claro.

—Creo que le caigo bien. Pasamos alguna tarde jugando a las cartas. En el garaje tiene una motocicleta azul claro con un sidecar. Pero no le dan el carné porque no ve bien.

—Entonces necesita un permiso de conducir, ¿no? —preguntó Kato.

Lev asintió.

—Mañana te vienes donde Milena y Camil.

Aquello no sonó como una pregunta.

—Ce să fac? Fac supa de clopot.

Camil estaba preparando su sopa invisible de campanas. Hasta donde Lev pudo reconocer, pues apenas era la segunda vez que coincidían, Camil parecía cambiado. Su corpulencia no era sino una fuerza contenida que chocaba por completo con la melancolía instalada en sus ojos, pero, esa vez, la melancolía había desaparecido. Nada en aquel hombre era normal; a Lev le impresionó el tono grave y ronco de su voz.

Kato abrazó a Camil. Su cabeza le llegaba por los hombros. Ella había llevado sus dibujos, y el observador de pájaros, el cocinero de las campanas, los fue mirando uno por uno.

Lev le dio a Milena un paquetito de harina.

Ella ladeó la cabeza y sonrió.

—A saber qué haces tú para conseguir esto.

—Vende su cuerpo —dijo Kato con extrema seriedad.

Ambas sonrieron, y Lev tuvo que girarse para disimular, pues también a él le había hecho gracia. Siempre que uno iba de visita debía llevar un detalle, pero esa vez el regalo era más que un simple gesto.

Kato y Camil seguían mirando los dibujos. Estaban tan cerca que sus brazos se rozaban.

Hasta ese momento, Camil había logrado anotar un total de veintiuna melodías de mirlos con ayuda de un diapasón.

Mirlo al amanecer en una morera.

Mirlo en el patio junto a la fuente.

Mirlo junto al viejo molino.

Mirlo a orillas de un riachuelo.

Kato debía hacer un dibujo para cada trino: un mirlo en un árbol, junto a una fuente, a orillas de un riachuelo, en un tejado, en pleno vuelo, una pareja de mirlos posada en la hierba, sobre una piedra. Mirlos jóvenes, más bien delgados, y otros mayores, más redonditos. Los machos de color negro, con el pico chillón y un círculo naranja alrededor de la pupila que los hacía parecer un poco sorprendidos. Las hembras eran de color marrón y tenían el vientre salpicado de manchas, como si el papel estuviese ajado.

—¿Usas algún reclamo para atraerlos? —preguntó Lev.

—Las pasas y las pipas de girasol salen de mi cocina. Son tan voraces que lanzan la mitad por los aires. Luego vienen los gorriones y los herrerillos a comerse los restos —respondió Milena. No lo dijo en tono de crítica; simplemente quiso dar una información exacta sobre el avituallamiento de los mirlos.

Camil explicó la dificultad que entrañaba captar las melodías de los *mierlă*. Había notas y sonidos que se mezclaban; unos eran muy graves

y otros destacaban por su agudeza. Había repeticiones muy seguidas de la misma nota, pero también sucesiones rápidas de dos notas distintas. Las estrofas tenían una estructura compleja, y había veces en las que un mirlo introducía un motivo nuevo y los demás lo retomaban. Lo más hermoso era cuando dos mirlos se ponían a conversar. Cantaban de marzo a septiembre, así que estaban en temporada alta.

Para Camil, el mirlo era una letra escrita por la mano de Dios: pura forma, pura música, devoción. Una letra fugaz, más allá del alfabeto. Si un escritor la pudiera utilizar, superaría toda la literatura escrita hasta la fecha.

—Has venido porque quieres preguntarle algo a Camil.

Kato apremió a Lev con la mirada.

Él no se anduvo con rodeos y dijo que necesitaba un permiso de conducir.

—No es para él —añadió Kato.

—¿Sino para…?

Lev resumió la situación en unas pocas frases. El recuerdo del túnel colgaba de su cuello como una rueda de molino. Camil anotó el nombre, quiso saber algún que otro detalle y se tomó el asunto en serio, aunque no dijo ni que sí ni que no. Lev se preguntó si aquello serviría para algo. Kato parecía confiar ciegamente en él.

El comedor se empezó a llenar. Milena fue encendiendo las velas que había en las mesas. Entonces entraron dos hombres. Por la forma en la que Milena tensó los hombros, Lev supo que algo iba mal. Inmersa como estaba en la conversación con Camil, Kato no se percató de nada, pero Camil se enteró de todo, de modo que empujó la radio con el pie para esconderla tras la cortina.

Los dos hombres se sentaron.

La vela que estaba sobre la mesa comenzó a respirar con dificultad.

Milena les tomó la comanda y regresó a su sitio, detrás de la barra, solo que más despacio de lo habitual y volviendo la mirada hacia su hermano. Él, por su parte, hizo un movimiento aparentemente involuntario y volcó el vaso; el líquido se derramó por toda la mesa y empapó varios dibujos, para desesperación de Kato. Camil fue a coger un trapo mientras Milena escondía algo bajo los periódicos que estaban sobre el alféizar. Kato limpió la mesa y extendió las hojas para que se secaran.

Justo en ese momento y en ese espacio, en el que, como si de un escenario se tratase, tras la acción principal estaba teniendo lugar otra secundaria, oculta: el ojo izquierdo de Camil se mantuvo en calma. De

hecho, él siguió hablando con Kato, aunque sin perder de vista a aquellos tipos. Sentados a su mesa, aceptaron de buen grado el trato amable y el vino que les ofrecieron. Milena empezó a tararear una canción y los clientes se rieron, quizás demasiado alto. Estaba claro quiénes eran esos tipos, aunque Lev, que enseguida temió que estuviesen allí por su culpa, tardó un rato en darse cuenta. Iban buscando a Camil; a Camil, que estaba sentado al lado de Kato.

Lev arrastró la silla.

Estaba en mitad de la sala sin saber qué hacer.

Kato, sorprendida, alzó la vista.

Camil lo miró fijamente. Su ojo izquierdo estaba en calma.

Los dos hombres se levantaron y salieron del local.

Se marcharon sin pagar.

Habían mejorado mucho.

En eso de no ver, no escuchar.

Tampoco pensar demasiado.

El arte de no pensar, no escuchar y no ver se había vuelto un rasgo casi distintivo, ya que había verdaderos expertos en ver y escuchar, y a esos no se les escapaba una.

Apenas se notaba el aumento de los precios ni la escasez de productos. Cuando las cosas iban sucediendo poco a poco, daba tiempo a acostumbrarse; en realidad, era como si no cambiara nada, como si nada escaseara ni fuese a peor, como si el frío no aumentara, tampoco la oscuridad; uno se iba haciendo, avanzaba a un solo ritmo.

El abuelo llevaba seis años esperando un permiso para salir del país. Una vez al mes iba a Bucarest y hacía cola frente a la oficina que expedía los pasaportes; como no conseguía progresar, se dedicaba a idear nuevas estrategias. La última vez llegó a eso de las tres o las cuatro de la madrugada, lo cual le garantizaba entrar de los primeros. Tenía la teoría de que expedían unos doce pasaportes al día, así que había que conseguir estar entre los doce primeros. Aguardó de pie, en mitad de la noche, frente a la oficina de los pasaportes, durante horas, en los pasillos junto a otras personas que también confiaban, también esperaban, también tenían sus teorías y sus estrategias.

Podía haber factores decisivos, como el número de familiares residentes en el extranjero, si era la primera solicitud, si uno había estado preso o estaba acusado de algo, si había incluido una buena carta de recomendación... o mejor ninguna. También si había sobornado a las personas adecuadas, siempre con divisa alemana, por supuesto.

Ferry creía que cada vez que sus papeles llegaban a lo alto del

montón, alguien los volvía a colocar debajo del todo, hasta el punto de que un día se fue a la embajada alemana para contarlo. El funcionario escuchó su versión. Después lo miró fijamente y, a través de un extraño gesto (sus manos se movieron, como si escondieran algo bajo el tablero de la mesa), le dijo que Rumanía era un Estado soberano, si es que él sabía lo que significaba ser un Estado soberano, de modo que no le podía ayudar.

Ferry también se había planteado ir de vacaciones al mar Negro y pasar a Bulgaria, donde lo llamaban el «Cherno more», para cruzar desde allí a Turquía. Había rumores de que en la llamada «frontera verde» habían instalado distintas vallas para crear confusión, de modo que nadie pudiese saber a ciencia cierta si había logrado cruzar con éxito y podía considerarse libre. Ferry decidió que era demasiado mayor para andar corriendo de un lado a otro.

¿Sería verdad que en el oeste había de todo? ¿Que se podía viajar a cualquier sitio? ¿Que en un solo país bastaba con hablar una sola lengua para expresar lo decible y lo indecible, lo evidente y lo oculto, lo verdadero y lo falso?

A veces llegaba al pueblo algún occidental despistado conduciendo un Mercedes. Parecían vestir de estreno, elogiaban el paisaje y llevaban café, cigarrillos y pastillas de jabón Lux que intercambiaban por queso de búfala, pimiento amarillo y aguardiente; también compraban algún recuerdo, por ejemplo, una alfombra, una manta tejida a mano o una blusa típica de la región.

«¿Qué es eso del paisaje?», se preguntaban los lugareños entre risas. ¿Cómo podían hablar de eso como si fuese algo externo? Para Lev, el paisaje formaba parte de él, lo llevaba siempre consigo. Ferry, por el contrario, decía que allí no se le había perdido nada. Él solo se quería largar.

En aquella época, una de las oraciones más frecuentes entre los alemanes que vivían en el país era «Dios, Señor nuestro, haz que nos den los pasaportes».

Ya es la hora, dijo su madre en su penúltimo día de permiso. Lis iba de un lado a otro, se la veía inquieta; primero cogía una cosa, luego otra, hasta que Lev comprendió qué era lo que quería oír.

—No te preocupes, tendré cuidado.

—Siento haberte metido en esto, pero… —Lis tragó saliva—, no confío en nadie más para hacer este viaje.

—Lo sé —respondió Lev. Dorin no iba a correr ningún riesgo ahora que estaba intentando conseguir un piso más amplio y, en el caso de Valea, lo más probable era que llevase a Ferry directamente a

comisaría.

—En el camión parece que queda una plaza libre —dijo Lis.

—¿Para ti?

—Yo no me voy a marchar.

—¿Por qué no?

—Este lugar está unido a tu padre. No quiero volver a perderlo.

Mientras Lev reflexionaba sobre si aquel argumento también era válido para él, Jalil entró sigilosamente. Primero se dejó acariciar, luego se escabulló. Siempre había que buscar señales para saber si a un animal le gustabas o si esa sensación de pertenencia no era más que una fantasía.

—¿Y tú?

—Yo también tengo algo aquí —respondió Lev.

Ferry no llevaba equipaje.

—Saludas a los vecinos, cierras la puerta del taller, friegas los platos y sabes que todo lo estás haciendo por última vez —dijo el abuelo.

Había una taza que le gustaba: era de porcelana fina, con el borde dorado; debía pertenecer a un juego de té de su madre; la acababa de guardar en el armario tras secarla con especial esmero. En ese armario que nunca más volvería a abrir.

—¿No te parece ridículo? —Ferry forzó una sonrisa—. Una taza me revela ahora lo que debí haber comprendido hace tiempo.

Hacía mucho que había cogido la costumbre de dejar algo en casa de su hija cada vez que viajaba a verlos desde Sighişoara, sobre todo cosas de las que no podía desprenderse: mantelitos bordados y fundas de almohadas hechas por su mujer, un juego de café del imperio austrohúngaro, cartas, libros.

Lev había hojeado los álbumes con su madre: había fotos de cuando él iba al colegio, de Ferry con su hija en Păltiniş, de Lev con Ferry en la columnata de Buziaş, fotos de su bautizo, de la confirmación de su madre, del abuelo de uniforme… Lev se detuvo en una página y preguntó a su madre por qué una parte del cuello estaba como tachada. Lis le explicó que ella misma decidió ocultarla cuando era joven: se avergonzaba de que su padre hubiese pertenecido a las Waffen-SS.

Circularon por unas carreteras nocturnas que los llevaban hacia el oeste. Ferry iba fumando; el viento le alborotaba el pelo. Cada vez que unos faros encendidos asomaban por el retrovisor, Lev se ponía tenso. Se preguntó cómo sería conducir con la conciencia tranquila. Él ya no se acordaba. Cualquier movimiento era forzado.

Fue Imre quien le enseñó a conducir. Estuvieron todo un día recorriendo valles y montañas. Lev tuvo que aparcar y circular marcha atrás por un camino de grava; después Imre le dio un pequeño bidón de gasolina y Lev aprobó el examen a la primera. También esta vez había sido Imre quien había conseguido el combustible, de modo que Lev intuyó que su amigo algo imaginaba.

En un momento dado, el abuelo le pidió parar para hacer un descanso. Lev se desvió hacia un camino de tierra y apagó el motor. Ferry desapareció en mitad de la oscuridad y Lev no quitó los ojos de esa oscuridad hasta que su abuelo volvió a aparecer. El hombre que subió al coche parecía confundido, como si se hubiese extraviado.

—¿Lo has pensado bien? —preguntó Ferry.

Lev asintió y, al darse cuenta de que su abuelo no podía percibirlo, tradujo su gesto en palabras.

—¿Cuánto tiempo te queda de servicio?

—Un año.

Ferry le preguntó si de verdad quería regalar todo un año de su vida a esos tipejos.

—De regalar nada —contestó Lev. Lo que iba a hacer, en todo caso, era vivirlo. Allí también se respiraba un poco de libertad.

Ferry contestó que la libertad era una cuestión de todo o nada.

Cuando llegaron al aparcamiento convenido, a la una de la madrugada, vieron que estaba cerrado.

—¿Y ahora qué? —Ferry intentó que su voz sonara tranquila, pero no lo logró.

—Nosotros seguimos —dijo Lev muy convencido—. Si el conductor es listo, hará lo mismo. No le queda otra.

—Bueno, también puede dar media vuelta. Su empresa en Alemania ya se ha embolsado el dinero.

Al cabo de diez minutos llegaron a otro aparcamiento.

Tocaba parar y confiar en que no apareciese una patrulla de policía.

Sin necesidad de un acuerdo previo, Ferry se bajó del coche para ocultarse entre la maleza. Con la puerta aún abierta, dudó. Lev tuvo el impulso de bajar para darle un abrazo y tratar de retenerlo, pero su abuelo ya no estaba.

Lev bajó las ventanillas. A lo lejos, el ruido de un motor, el aullido de un animal, el aroma de las acacias. Sonidos y olores conocidos, aunque un poco falseados, no del todo predecibles. Por eso la sensación de amplitud, de lejanía. De una lejanía que estaba a su alcance. No tenía por qué regresar al túnel. No sería más que otro

coche abandonado en un aparcamiento; la policía registraría su casa; una mezcla de ignorancia y bochorno por parte de sus hermanos, la negación rotunda de su madre cuando él ya estuviese en otro lugar, lejos de allí; el recuerdo, cada vez más pálido e irreal, de una vida abandonada, ya en ese mismo instante pudo sentirlo. Ya en ese mismo instante, aquel mundo cristalino y perfecto se asemejaba a un sueño; la sola idea lo colmó de gozo, de una embriaguez que dio paso a un abismo desconocido. Su estómago se encogió, formando un grumo caliente. Su mente y su cuerpo tomaron direcciones opuestas, y Lev necesitó toda su fuerza para volver a juntarlos.

Abrió de golpe la puerta del coche justo cuando un camión giró para entrar al aparcamiento. ¿Cuánto tiempo habría pasado?

No el suficiente.

Lev cerró la puerta con marcada indiferencia.

El camionero se bajó y lo escrutó con la mirada.

Cuando Lev asintió, preguntó en alemán cuántos serían al final.

—Uno —respondió Lev. Después dio un silbido, que era la señal pactada.

Pasó mucho tiempo sin que supiesen si todo había salido bien. Si el camión había conseguido cruzar la frontera, si los pasajeros que viajaban a ciegas, escondidos entre la plataforma y la cabina, habían logrado mantener la calma. Si los guardias fronterizos solo habían revisado la documentación o si les habían hecho sacar todo.

Lev notó que la distancia entre él y su abuelo se agrandaba con cada kilómetro; entendió hasta qué punto su adiós era definitivo. ¿Cuándo se volverían a ver? Y aquello que Ferry esperaba encontrar, ¿merecía pagar el precio de separarse de su familia?

El viaje de vuelta se alargó. Lev se percató de que alguien lo seguía. Él circulaba con precaución: no demasiado despacio, pero tampoco demasiado rápido. Revisó el interior del coche, pero no vio nada que pudiese delatarlo: solo él mismo.

El otro coche lo adelantó y fue reduciendo la velocidad para obligarlo también a él a frenar, hasta que se detuvo en mitad de un pueblo.

Entonces bajó un policía.

El miedo recorrió el cuerpo de Lev, como si fuese el efecto de un golpe sordo. Tras bajar la ventanilla le ordenaron que saliera del coche. Allí estaba otra vez, en la carretera, junto a su vehículo, sin saber muy bien cómo había llegado allí.

Tuvo que enseñar la documentación y le preguntaron por su destino.

—Voy a casa.

¡Qué bien sonó aquello!

Con unos amigos, había estado con unos amigos. Dijo que era soldado y que estaba de permiso; se debía incorporar al día siguiente. Él mismo se asombró de hablar con tanta naturalidad.

El policía, un tipo delgado con bigote, le preguntó dónde estaba destinado. Cuando Lev respondió, el agente se echó a reír, le dio una palmadita compasiva en el hombro y lo dejó marchar.

Las nubes estaban muy bajas. Como un mar en el que uno pudiera sumergirse y desaparecer.

Kato se hallaba envuelta en un silencio impenetrable.

Lev también guardó un prudente sigilo. ¿Por qué siempre que una mujer callaba, él se daba por aludido?

Se sentaron junto al río, pero más abajo, en un punto donde las aguas del Iza se calmaban. Kato había llevado un tarro de miel que ambos fueron comiendo a cucharadas alternas. Después sacó un dibujo de la carpeta. Nada más verlo, Lev se quedó sin habla. Al principio pensó que Kato lo habría robado de la iglesia, por lo auténtica que le pareció la virgen. Le maravilló el tono de la piel, que se veía transparente, la sonrisa, los pliegues del vestido azul hielo; miró las manos de Kato: aún tenía restos de pintura bajo las uñas. Lev intentó reprimir unos sentimientos contradictorios. Gracias a las indicaciones de Camil, Kato había dado un gran salto. ¿Por qué le costaría tanto reconocerlo?

Lev le devolvió el dibujo con sumo cuidado, poniendo su completa admiración en ese gesto.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó Kato.

Él respondió que no lo sabía, aunque, en su fuero interno, contaba con escapar del túnel antes de que llegase el invierno. Nunca habían pasado tanto tiempo separados y, pese a la distancia, a Lev le tranquilizaba saber que ahora ella contaba con Milena y Camil. ¿Habría conseguido Camil el carné para su jefe? La misma persona que le traía las pinturas para Kato lo iba a ayudar también a él. Si a uno lo vigilaban, era porque tenía los contactos adecuados.

—Cuando Bunicu murió —dijo Lev—, toda la familia se sentó en el salón para recibir a los vecinos, amigos, conocidos, casi a medio pueblo; todos tomaron aguardiente y se pusieron a dar vueltas alrededor del muerto. A los niños nos llevaron tres veces en volandas por encima del cadáver. Bunicu vestía su mejor traje; tenía la barba un poco hundida porque nadie logró encontrar la dentadura postiza; su cuerpo parecía menguar con cada vuelta.

Hubo un momento en el que Lev se negó a entrar en aquella cámara mortuoria, rompió a llorar y suplicó que lo dejaran en paz. Bunica, sin embargo, le quitó un zapato y un calcetín a su marido y obligó al niño a tocar los dedos de aquel pie inerte. Según dijeron, eso era necesario para que la muerte lo respetase a uno, para que supiera que ya no habitaba bajo ese techo. Todavía hoy, Lev se acordaba de haber notado un frío húmedo, de las uñas azuladas, de los talones agrietados.

—A veces siento que, no importa lo que hagamos, siempre se trata de burlar a la muerte. ¿Tú crees que entiende nuestras señales? ¿Que de verdad le importan las vueltas que demos?

—Aún estamos aquí —dijo Kato.

—Aquí estamos.

Nesze semmi, fogd meg jól

Cuatro

Lev pisaba todos los charcos. Si alguno era especialmente grande, le gustaba saltar encima. El agua capturaba pelusillas, hastiales, postes eléctricos, las últimas gotas de lluvia. Los zapatos se le calaron, también los calcetines y las perneras del pantalón. En los charcos vio un gigante con zancos, el tronco muy corto y la cabeza demasiado pequeña. Lev alargó el paso, saltaba al ritmo que le dictaba la rabia. Delante de un charco se paró, algo le hizo dudar: podía ser profundo, como los lagos de las salinas, que estaban unidos a través de cuevas. Su abuela decía que cada acumulación de agua en la superficie tenía un hermano gemelo bajo tierra. Si decidía saltar, desaparecería, se marcharía.

Se quería marchar. Olvidar la expresión de Fabiu.

Fabiu solía juntarse con los chicos del curso superior: en los recreos, junto al quiosco; por las tardes, junto a la estación. En realidad, no tenía importancia; empezaron siendo amigos, pero luego se distanciaron; su madre le dijo que esas cosan pasaban; en realidad, seguían estando cerca, incluso en la distancia, solo que a raíz de esa distancia había surgido algo nuevo, y Lev no podía creer que fuese una enemistad.

Durante semanas se empeñó en que Fabiu le hiciese caso, hasta que el propio acto de empeñarse le empezó a costar, de modo que se vio atrapado por su propio esfuerzo, que no era real, ni una sola frase era ya real, todo tenía una intención oculta, y mucho de lo que él mismo decía le sonaba falso. Algunos días, Fabiu se mostraba simpático, casi como antes, pero Lev no se engañaba: ambos estaban encerrados en una cámara de eco en la que cada frase se desviaba, resultaba fallida.

También él fue un par de veces a la estación. Quien hablase más alto, quien contase las mejores historias, quien hubiese vivido algo emocionante ese fin de semana se ganaba el respeto de todos; un interminable concurso de exageraciones y mentiras que a Lev le imponían tanto como le repugnaban. Durante un tiempo estuvo observando, pero después decidió alejarse. Pronto experimentó lo que significaba no participar.

Si no participabas, no eras uno de ellos. Si no eras uno de ellos, te quedabas fuera. Si te quedabas fuera, podían hacer contigo lo que quisiesen. Solo había dos bandos: dentro y fuera, amigo y enemigo. En

los recreos, Lev procuraba mantenerse apartado, entrar de los primeros en el edificio nada más tocar el timbre, camuflado entre los demás alumnos. Pero, tarde o temprano, tenía que ir al baño, así que, como medida de precaución, por las mañanas no tomaba nada de líquido.

Las chicas tenían cabinas cerradas, mientras que los chicos orinaban en una letrina, una superficie alargada y cubierta de azulejos, con una ranura en el suelo que recogía el chorro de pis. Lev se aguantó tanto que le empezó a doler, y cuando la puerta se abrió, no tuvo tiempo de reaccionar. Lo arrinconaron contra los azulejos, con el rostro aplastado contra la pared, húmeda por el orín. ¿Y Fabiu? No lo había impedido; luego dijo «basta» con esa mirada fría y altiva.

—Soltadlo ya, no sea que se le olvide otra vez andar.

Lev decidió sobre la marcha tomar el camino que iba a casa de su hermana. En primavera, Bredica había sido madre por segunda vez. Probablemente estaría ocupada, así que no le haría muchas preguntas, con lo cual él podría poner su ropa a secar en la cocina.

—¿Te has pegado con los charcos? —le dijo Bredica a modo de saludo.

Después, una sucesión de quehaceres silenciosos, algo que solo es posible entre hermanos.

«Medio hermanos», dirían los otros dos.

Pero en el caso de Bredica, Lev no sentía que faltase una mitad.

Se descalzó, Bredica le dio otros calcetines y colocó los zapatos de su hermano cerca de la estufa. Después se quitó los pantalones mojados; Bredica le dio una manta y él se la puso alrededor de la cintura, cosa que, de haber estado con otra persona, le habría dado vergüenza. Su hermana calentó una sopa y tostó algo de pan mientras él ponía la mesa. Un ligero movimiento de cabeza sirvió para indicarle que bastaba un solo cubierto; ella ya había comido o lo haría más tarde, cuando llegara su marido.

En la cocina, que hacía las veces de comedor, había una especie de diván; en el centro, una mesa, y en un lateral estaba la estufa, que también servía para cocinar. Al lado estaba el dormitorio y, en el pasillo, el telar que usaban para confeccionar una tela de cáñamo gris que con los años se iba blanqueando. El sobrino mayor de Lev estaba en la guardería; el recién nacido, en el sofá, perfectamente envuelto de cuello para abajo en un trozo de tela. Parecía una de esas muñecas de madera sin brazos ni piernas; era costumbre envolver a los bebés así, como si fuesen una canilla de madera, hasta que quedaban bien prietos.

Después de comer, Bredica se puso a fregar. Guardó los platos en una cómoda y colocó los cubiertos detrás de una tabla en la pared. Lev se quedó mirando a la criatura y notó que su propio cuerpo empezaba a pesar, como si él mismo fuese el bebé y tuviese los brazos atados al tronco y las piernas comprimidas; por un instante, se sintió como si tampoco él se pudiera mover.

Bredica le dio una cadenita en la que se había hecho un nudo. Desde que supo que su hermano tenía la paciencia necesaria, esa era su misión. La hermana se sentó en una esquina del diván; mostraba ya los típicos gestos de esas mujeres mayores que se llevan las manos al regazo con las palmas hacia arriba.

Mientras soltaba el nudo de la cadena, Lev le habló del nuevo perro que tenían: era pelirrojo y servía para cuidar del ganado. Se lo había dado un pastor a Valea. El animal estaba atado y ladraba a todo el mundo, aunque Lev parecía caerle especialmente mal. Bredica le preguntó cómo se llevaba el perro con Jalil y él respondió que el gato, directamente, lo evitaba. Lo cierto era que también Lev lo evitaba, pero el perro empezaba a ladrar cada vez que lo veía acercarse al portón. Entonces salía disparado de la caseta, de modo que Lev, más que verlo con sus propios ojos, podía sentir el roce de la cadena alrededor del cuello del animal; intentando adelantarse al consiguiente tirón, se dedicaba a correr del portón a la puerta principal y vuelta a empezar.

El pastor le había puesto de nombre «Pax», pero nadie lo llamaba así: era «el perro nuevo», sin más.

Algo debió de incomodar a la criatura, pues empezó a gemir. Bredica la cogió en brazos y empezó a mecer aquel cuerpecito vendado. Ella aún se sabía mover sin hacer ruido, lo cual le venía muy bien en su nueva vida. Avivar suavemente el fuego a primera hora, despertar a su marido cuando el café y las gachas estuviesen listos. Innumerables tareas distribuidas a lo largo del día: hacer las camas, lavar la ropa, preparar la comida, cultivar el huerto. Parte de ese sigilo se había depositado en su interior; ella había dejado de cantar y su sonrisa era distinta.

En verano se solía sentar bajo el marco de la puerta mirando al sol. Con la espalda redondeada y la piernas estiradas, las manos sobre la madera caliente, el rostro inmóvil. Lo mismo había hecho su madre, o eso contaban los vecinos: sentarse bajo el marco de la puerta, y Lev sentía como si estuviese observando a alguien a hurtadillas mientras duerme. Más de una vez no se atrevió a abrir el portón, ya que el ruido lo delataría y obligaría a su hermana a abrir los ojos. Los demás lo hacían sin la menor consideración, pero él no era capaz. Bredica

estaba allí sentada, en el marco de la puerta, como entre dos mundos: uno que le pertenecía a ella y otro al que ella pertenecía, y, con el paso del tiempo, su rostro fue cambiando, como la oscuridad que se cuela por una fisura.

—Debes hablarle con cariño y pasar a su lado tranquilamente —le dijo Bredica al despedirse.

Lev no entendió bien a qué se refería.

—Al lado de Pax.

Bastó que Lev se aproximara al portón para que el perro nuevo comenzase a ladrar. El animal salió disparado de la caseta con su ardiente pelaje y dos huesos de cereza por ojos, enmarcados de amarillo. Lev resistió el impulso de echar a correr hacia la casa; en vez de eso, pasó junto al perro con especial lentitud. El animal seguía tirando de la cadena y no paraba de ladrar.

Lev deambuló por la casa; pasó por el porche y llegó a la antesala, donde tenía lugar la vida social y de donde salían las escaleras que conducían a la planta alta (allí estaban las habitaciones de los hermanos), que él jamás pisaba. Tras asomarse al dormitorio de los padres, al que todos seguían llamando así y cuyos postigos permanecían cerrados, aunque fuese de día, se dirigió a su cuarto. Una vez allí, se tumbó en la cama y abrió un libro. Al caer en la cuenta de que era de Fabiu lo tiró al suelo. El cansancio se apoderó de él, pero no quería dormir; desde que había tenido el accidente, ya no dormía la siesta. Notó la suavidad de las mantas y de los almohadones, se abrió el pantalón e introdujo la mano en la bragueta. Luego se la llevó a la boca e inspiró su nuevo olor corporal: era intenso, especiado. Así empezaban todas las tardes, con pensamientos errabundos, fantasías repetidas y a medio imaginar. Las escenas ocurrían en sitios conocidos (con chicas que le gustaban), de manera que, a veces, parecían más auténticas que la realidad. Con una diferencia: ahí él sí que podía rebobinar, corregir y repetir todas las veces que quisiera.

Entonces se incorporó.

Cuando algo era inevitable, había que quitárselo de encima cuanto antes.

Su madre estaba en la cocina, preparando unos pepinillos en vinagre. La ajedrea, el rábano picante y el eneldo estaban listos, también las hojas de apio y las guindas.

—No pienso volver a clase —dijo Lev.

Una valla señalaba el final de la parcela. Lev caminó colina arriba hasta que tuvo una buena panorámica del pueblo: tejados de madera,

portones, nidos de cigüeña sobre los postes eléctricos. El prado estaba húmedo; era la segunda vez en el mismo día que los pantalones se le mojaban.

La fuerza del viento dibujó unas ondas en la hierba, como si estuviese cepillando a un animal inmóvil, lo mismo que la hermana de Lev, sentada bajo el marco de la puerta, en el umbral que separa el exterior del interior.

Lev pensó que los animales siempre estaban en ese punto intermedio.

Jalil se acercó a él, tan fugazmente que dio toda la impresión de querer pasar de largo. Pero luego se detuvo, y su rabo formó un signo de interrogación junto a la pierna de su dueño. Lev le dio un poco de la comida que había cogido en la cocina.

Su madre había intentado convencerlo con argumentos, pero después se quedó callada; ese silencio era el peor castigo, mucho peor que cualquier reprimenda. Pero daba igual con qué lo amenazara, él no volvería a clase. Eso se había terminado.

—Si quieres trabajar en lugar de estudiar, tendrás que pasar el verano en el bosque con tus hermanos —dijo su madre finalmente—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Y tendrás que aceptarla. —Lev respiró hondo y asintió—. Este curso lo terminas. —Se retorció entero solo de pensarlo—. Después, ya veremos.

No habría ningún «después», eso él lo tenía claro, de modo que se sintió pletórico por la victoria. ¿En serio iba a ser así de fácil? Eso significaba que, a medio plazo, ya no tendría que ir andando al colegio; nunca más el uniforme, nunca más esos tostones mañaneros, y tampoco se sentiría inútil cada vez que algo no le entrase en la cabeza; nunca más esa peste a orina en los baños. Contó todos los «nunca más», que se convirtieron en una poesía, una alegre fanfarria hasta que cayó en la cuenta: de pronto fue consciente de que debía decírselo a Kato.

Se encontraron en el cementerio judío. Desde que Kato se había enterado de que en el pueblo existió un barrio habitado por familias judías, le gustaba frecuentarlo.

El hecho de desaparecer ya era bastante cruel.

Pero el olvido, según Kato, era aún peor.

Aunque había oscurecido, aún quedaban restos de claridad, como si el sol fuese a regresar de un momento a otro y todo volviese a empezar, con la sola diferencia de que, dentro de poco, él ya no

tendría que ir al colegio. Ese «¡nunca más!» resonó con fuerza en su interior.

Kato estaba a su lado, tan en silencio que Lev se sobresaltó. Sobresaltarse nunca era una buena señal, puesto que revelaba algún tipo de remordimiento. Debía decírselo enseguida para no acobardarse y, sin embargo, dudó, pues quería disfrutar de verla tan relajada, de las hebras de pelo ondeando al viento, de ese rostro despreocupado que miraba hacia él, de esos brazos sueltos, envueltos en un jersey de color teja con el dobladillo desgastado.

Tomaron un camino que discurría entre las tumbas; el suelo estaba húmedo, y sus zapatos se volvieron pesados por los pegotes de tierra. Kato le contó que había ayudado a su padre a afeitarse; a medida que ella hablaba, él tenía cada vez más claro que la iba a traicionar. Cuando tomó la decisión, Lev solo había pensado en él; nunca en ella. Por supuesto, estaba en su derecho: era un acuerdo voluntario; en realidad, ni siquiera era un acuerdo, la cosa vino más bien dada en el momento en el que el padre de Kato decidió que ocho cursos eran suficientes para su hija. Kato era de las mejores de la clase, pero a partir de los catorce debía hacerse cargo del hogar familiar. Ella aceptó la voluntad de su padre sin rechistar. Solo cuando las caravanas cruzaban el valle y esos hombres y mujeres iban de casa en casa afilando cuchillos, vendiendo cacharros de cobre o reparando cazuelas, Kato se pasaba horas en el columpio que colgaba del peral, y Lev intuía en qué estaba pensando.

Ese día tenía pinta de haber sido bueno; de esos también había, intercalados en una sucesión de días oscuros; era en esos momentos cuando algo germinaba entre ella y su padre: una sensación de pertenencia pese a tanta asfixia y tanta extrañeza. El padre de Kato era apicultor. A veces pasaba semanas fuera, y luego había temporadas en las que no tenía trabajo y se dedicaba a beber. Kato temía sus ataques de ira, que le entraban por cualquier menudencia. Siempre que podía, ella se iba a casa de Lev, donde Lis le enseñó a cocinar, a hacer pasteles, a preparar conservas, en general, todo lo necesario para llevar una casa.

¿Quién se iba a encargar de que Kato siguiese aprendiendo? Dos veces por semana, Lev repasaba con ella la materia vista en clase. Él iba leyendo los apuntes y Kato le hacía preguntas. Esas preguntas a él lo ayudaban a comprender el temario y contribuyeron a mejorar sus notas. Lev sentía auténtica rabia, pero no era culpa suya que ese padre no viese lo lista que era su hija. Entonces reparó en la piel seca de sus manos, en esas uñas demasiado cortas (¿o tal vez mordidas?) y, de repente, las plácidas hebras de pelo habían desaparecido, al igual que

la luz que había en sus ojos. Kato sabía lo que iba a suceder; su cuerpo ya se había apropiado de ese conocimiento; quizás no hubiese nada que decir y él incluso se podía ahorrar las explicaciones. Cuando se quedó de pie y se volvió hacia ella, no vio ni un atisbo de alegría.

Cuando le dieron las vacaciones de verano, Lev fue a la estación con sus hermanos, Valea y Dorin. Otros diez o doce hombres esperaban junto a las vías con sus mochilas y sus bolsas de viaje. La señora del quiosco que había en la estación, todavía en bata y con los rulos puestos, despachaba cigarrillos, cerillas, cerveza.

Tras montarse en el tren, Lev siguió a sus hermanos hasta un asiento de cuatro. Los bancos eran de madera, las ventanas estaban abiertas. El aguardiente empezó a circular, alguien se puso a tocar un birimbao. Lev se desperezó, como queriendo aparentar que era un viajero experimentado. El tren se puso en marcha, a la estación le crecieron piernas, la torre de la iglesia apareció y desapareció al instante. Poco antes de llegar al viaducto, Lev oyó un silbido: era cristalino y penetrante, de modo que dio un respingo y la vio de pie, junto a las vías. Kato estaba saludando con la mano, de modo que él se olvidó de la contención que se había impuesto y le devolvió un saludo efusivo. La mofa que percibió en los ojos de sus hermanos lo dejó indiferente. El verdor de los árboles se fue difuminando hasta convertirse en una especie de franja salpicada de aciano azul. Todo era movimiento, todo era ilusión.

Serían cerca de treinta los hombres que hicieron trasbordo en Mocăniţa. En ese punto el valle se ensanchaba, el tren que atravesaba el bosque no era especialmente rápido, y Lev iba adormilado al compás de sus sacudidas. El río, de un verde blanquecino, iba cambiando de un lado a otro del vagón. El trayecto solo se interrumpió para calmar la sed de la locomotora.

Cuando llegaron a su destino, Lev perdió de vista a sus hermanos. Dorin volvió a aparecer cuando él se encontraba junto a una capilla. En las cabañas de madera hacía fresco y la luz era tenue. Lev fue a dejar la mochila en un catre situado junto al de su hermano, pero alguien se le adelantó. Entonces lo empujaron, y él ya iba a buscar otro sitio cuando oyó la voz de Dorin:

—Eh, tú, largo. ¿No ves que aquí va mi hermano?

El tipo cogió su bolsa y se marchó.

Lev quiso dar las gracias a Dorin, pero este no levantó la vista.

La luz del sol recortó un triángulo en el claro donde se habían congregado. Los envolvió un ruido creciente, resonante que, sin

embargo, no aumentaba de volumen, sino que sonaba a gente aplaudiendo en una sala lejana, o como si alguien vertiese unas canicas en un suelo blando. Unos fumaban, otros conversaban; después, todos se pusieron en marcha. Al cabo de unos veinte minutos llegaron a su zona de actuación. Un hombre pelirrojo que calzaba unas botas los dividió en grupos y les explicó las normas de seguridad. Poco después, Lev ya estaba empuñando un hacha de mango tosco y grasiento. Le encomendaron la tarea de cortar las ramas más pequeñas de las píceas que acababan de talar. Se pasó el resto del día ejecutando una serie de movimientos: levantar los brazos semiabiertos, ver un trozo de cielo, asestar el hachazo, recogerse el pelo detrás de la oreja, llevar las ramas al punto de recogida. Parar un instante, no mucho, no tanto como para que alguien pudiera pensar que ese trabajo era muy duro para él; después tocaba regresar despacio, un poco más despacio de lo normal, al lugar donde estaba el tronco, mientras, de fondo, las sierras eléctricas aullaban, se golpeaba y se aserraba, y, de vez en cuando, tras el correspondiente grito de advertencia, un árbol se desplomaba en mitad del bosque.

En el descanso había gente que se juntaba, mientras que otros preferían apartarse; a Lev tampoco le apetecía la compañía. Tenía pan, queso y huevos duros como parte de las provisiones que había llevado, así que se sentó junto a un árbol y cerró los ojos.

Canicas chocando, voces lejanas. Pájaros.

Su canto, como una ecosonda, indicaba la profundidad del bosque.

Aunque estaba hambriento, apenas pudo comer. Se acordó de su padre, trató de imaginar qué árboles habría talado, en qué cabaña habría dormido y con quiénes habría trabado amistad, y confió en que parte de su fuerza y de su destreza también las hubiese heredado él. Después ocultó la cabeza entre las manos, tratando de reprimir el llanto que le subía por la garganta. Le dolía todo, y no tenía la menor idea de cómo iba a aguantar el resto del día.

El que daba las órdenes se llamaba Imre. Allí, en el bosque, era él quien tenía la última palabra. No necesitaba alzar la voz ni recurrir a la fuerza para imponerse; la autoridad le venía dada, sin más.

—¡A ver, tú! —lo llamó, y Lev supo instintivamente que se refería a él. Entonces dejó caer el hacha con la que acababa de golpear, sin éxito, una rama rebelde—. ¿Tú quién eres?

Lev se puso derecho y dijo su nombre completo.

Ninguno de los que estaban cerca alzó la vista, pero era evidente que todos, sin excepción, estaban escuchando.

Imre le ordenó que lo acompañase y Lev, tratando de sacudirse cierto sentimiento de humillación, obedeció. Acto seguido lo mandarían a casa, ya el primer día; Lev vio ante sus ojos al perro nuevo rompiendo a ladrar y a su madre recibiéndolo exultante, ya que estaba convencida de que no iba a aguantar.

Mientras se dirigían a una de las cabañas, Lev observó detenidamente la espalda de aquel hombre, la anchura de sus hombros, sus brazos recios, su forma de caminar abriendo mucho las piernas. Eran los andares típicos de quien conoce el bosque, un paso de rececho. ¿Ver a ese hombre caminando sobre el asfalto? Imposible.

El interior de la cabaña sorprendía por ser muy luminoso. Sobre el escritorio había libros y papeles; en un rincón, otra mesa, pero redonda. Lev además vio un hornillo y un aparador donde estaba la vajilla. Cuando Imre se giró, Lev percibió un gesto que bien podía ser una sonrisa, pero también podía expresar una duda. Confió en que no se le notara el cansancio, el desánimo.

—Escucha, muchacho, no tengo la menor idea de qué te trae por aquí, pero sí tengo clara una cosa: no me apetece mandarte de vuelta con tu madre y una pierna menos, así que por las tardes me vas a ayudar.

—¿A qué?

Imre se acercó al escritorio, que estaba repleto de papeles.

—Para empezar, con esto.

Al atardecer, Lev salió a dar un paseo.

Los árboles dibujaban unas siluetas erguidas, oscuras. Las conversaciones de los trabajadores estaban envueltas por el murmullo de un bosque sereno: el movimiento de las hojas, el movimiento de las ramas… todo se movía, aunque todo estuviese quieto.

Los troncos que habían talado estaban apilados o, simplemente, juntos. El paisaje era un poco desolador: ramas y agujas esparcidas por todas partes. Un árbol se había desplomado con toda su raigambre; Lev miró el suelo y vio algo brillante: era un trozo de hierro que reflejaba el cielo vespertino. Los restos de tierra prendidos a las raíces arrancadas, de bordes rectos, aún estaban húmedos; las raíces apuntaban hacia arriba. De repente, la idea de talar un árbol le pareció equivocada. Entonces Lev colocó las manos en el tronco, sobre la corteza; una parte de ese árbol estaba viva y siempre lo estaría, por mucho tiempo que pasara después de ser procesado.

Lev subió la montaña, pero no llegó hasta el final. Allí no había un punto desde el cual divisar las colinas y los pueblos. Prefirió no continuar para no correr el riesgo de perderse y ser objeto de burla

por parte de los compañeros en caso de tener que ir a buscarlo. Se sentó en una raíz y se comió la manzana que llevaba. Si Jalil estuviese allí, seguro que daría un salto y se enroscaría sobre su regazo. Lev permaneció tranquilo; cuando el gato echaba la cabeza hacia atrás, asomaba un cuello de pelo blanco y espeso. Él no se cansaba de estudiar el dibujo: cómo el pelaje se volvía más corto a medida que se acercaba a la nariz, esa hendidura en la zona del cartílago, precisa, como si fuese la marca de una uña.

Despedirse de un animal. ¿Sería eso posible?

De un gato, seguro que no.

Esa noche, Jalil se acercaría a su cama y la encontraría vacía. Volvería al día siguiente, y al otro, sin saber dónde estaba Lev.

Los ferroviarios se comunicaban mediante silbidos. Los vagones iban cargados de troncos de píceas y abetos. El maquinista se asomó por la ventanilla. Los ojos le lloraban. Tenía que revisar continuamente las vías en busca de piedras o de algún tronco caído. Para atravesar el valle había que saber calcular la distancia de frenado.

Entonces se oyó un silbido; la locomotora expulsó un chorro de vapor y el tren arrancó; sin haberlo decidido conscientemente, sus piernas se pusieron en movimiento, de modo que echó a correr a lo largo de las vías hasta que se quedó sin aliento y el tren hubo desaparecido. Eso que estaba sintiendo, ¿era nostalgia de su hogar o solo se le parecía?

Los días comenzaban temprano, las noches eran duras. Siempre había alguno que roncaba, otro que iba al baño, otros dos que se ponían a charlar de una cama a otra.

—Pasará —le dijeron sus hermanos. Uno se acababa acostumbrando.

Por las mañanas, Lev se dedicaba a arrancar ramas hasta que, en algún momento, daba la sensación de que eran las ramas las que le habían arrancado a él los brazos, ya que, cerca del mediodía, apenas los podía mover. Imre iba a buscarlo por la tarde. Lev esperaba impaciente ese momento sin ocultárselo a sí mismo (pero sí a los demás). Imre enseguida vio en qué podía serle útil. Los reglamentos llegaban hasta lo más profundo del bosque, no pasaba una semana sin que llegase una carta oficial. Imre iba echando todo en una caja, con la esperanza de que nada fuese importante. Lev empezó a ordenar los papeles, apartando aquellos que requerían de la intervención de Imre, e ideó un sistema para clasificar los documentos que se limitaban a enumerar un artículo tras otro o a anular reglamentos previos. Los descansos que hacían para tomar un café transcurrían en silencio. Solo

cuando caminaban por el bosque, Imre dejaba de mostrarse taciturno.

Una vez preguntó a Lev si sabía por qué la gente tocaba madera para protegerse de un infortunio o por qué los jueces golpeaban con el mazo sobre un taco de madera. ¿No? Pues, según Imre, la autoridad de un tribunal seguía emanando de esos mismos troncos que ellos talaban. El ser humano sabía o, cuando menos, intuía que su propio destino dependía de los árboles.

Lev aprendió que los anillos de un tronco servían para saber qué años habían sido más suaves, secos, fríos o húmedos; cuándo a un árbol le había costado crecer y cuándo había salido disparado hacia arriba. Imre fumaba y hablaba a la vez, de modo que el humo se le escapaba por la boca. La parte clara, la albura, era la madera más joven y activa. Con la edad, el tejido iba perdiendo fuerza y, en el caso de algunas especies, se convertía en cerne. Esa parte interna y más oscura del tronco estaba muerta, pero sostenía la parte viva.

Por eso los árboles, según le explicó Imre, crecían muriéndose.

Un temblor anunciaba la caída. Un crujido, como un diente que se rompe. Murmullo. Silencio.

Lev tardó un tiempo en comprender todos los procesos. Los primeros días no hizo más que estorbar, sin saber muy bien qué hacer, mientras todos los demás lo tenían claro. Aquellos hombres talaban un árbol ejecutando unos movimientos perfectamente sincronizados; retiraban la corteza y redondeaban los cantos para que los troncos se deslizaran por la ladera hasta llegar al punto de recogida. Ya en el momento de repartir las herramientas, cada cual tenía claro qué necesitaba: un pelador, una cuña, un gancho para voltear los troncos, una sierra eléctrica. Lo peor era estar en medio y fingir que dominaba la situación cuando, en realidad, no tenía ni idea y estaba deseando que alguien le explicase alguna cosa sin llamar mucho la atención.

Siempre había alguno que se apiadaba de él. Estaba, por ejemplo, Georg, el obrero forestal que contaba las mejores anécdotas (él las llamaba *kasska)*. Él fue quien le enseñó lo más importante a la hora de cortar las ramas: primero había que asegurarse de que no estuvieran enredadas ni en tensión, ya que, de lo contrario, una rama podía salir despedida con mucha fuerza. Otro obrero, llegado de la República de Moldavia y cuyo nombre Lev fue incapaz de retener, también quiso echarle una mano, de modo que los descansos que transcurrían entre los árboles se fueron alargando; eran descansos en los que seguían sujetando las herramientas para que pareciese que estaban trabajando.

Dorin repartió las provisiones, calentó las conservas que habían llevado y preparó unas gachas de maíz. Su hermano Valea se

comportó igual que en casa: hizo como si Lev no existiera.

Lev se fue adaptando a ese ritmo; no había nada más hermoso que un día en el que todo encajase, de modo que tampoco él tuviese que articular palabra.

Un día le asignaron la tarea de barrer las cabañas.

Al cabo de un rato, sus movimientos se astillaron; se detuvo, el sol iba avanzando por el suelo en forma de franjas; era muy poca luz para ese espacio lleno de camas. A Lev le costaba agacharse; bajo los catres había calcetines, revistas, una botella que salió rodando cuando fue a recogerla… El suelo debía de estar torcido, pensó, pero después notó un calambre que lo paralizó a la altura del vientre. La escoba cayó al suelo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el obrero de Moldavia.

—Nada.

El rostro de aquel hombre se empezó a desvanecer.

Lev apretó las manos contra el vientre y se empezó a marear.

—¿Cuándo fuiste al baño por última vez?

Lev se puso rojo, la respuesta quedó en el aire.

El moldavo cogió algo, lo agarró del brazo y lo llevó al retrete como si tirase de un asno.

—Toma —le dijo, dándole una tira de papel de periódico—. Y ahora te pones en cuclillas y, por decirlo finamente, vacías el intestino.

Allí de pie, con la cabeza gacha, Lev notó que sus entrañas empezaban a rugir. Llevaba semanas sin ir al baño. Al principio se olvidó, luego le dio vergüenza porque había visto que los hombres solían ir al retrete de dos en dos o de tres en tres. En cuanto el otro se hubo marchado, Lev se bajó los pantalones y se colocó encima de un agujero, dando las gracias por que nadie apareciera y pudiese estar a solas.

Estaba despierto en el catre, esperando a que amaneciera. Se acostaba vestido; allí era lo habitual. Al otro lado de la ventana se iban congregando los ruidos de la luz. Un ratón correteó por encima de la cama, rápida, sigilosamente, sin darle tiempo a reaccionar.

Lev se tapó la cabeza con la manta y trató de imaginar el rostro de Kato, pero no lo logró a la primera. En el bosque, todo lo que le pertenecía se iba alejando; aunque se hallara a pocas horas de su casa, ese claro parecía ser el lugar alejado. Pensó en los ojos gris claro de Kato, en sus uñas mordidas, en sus muñecas huesudas.

Hubo un tiempo en el que jugaban a un juego: hombre y mujer.

Iban al río Iza, a un punto muy alejado del pueblo, donde el agua se remansaba. Allí se dejaban arrastrar por la corriente, jugaban a hundirse y Lev fingía no tener fuerzas; buscaba venganza, pero Kato ya estaba en mitad del río y después al otro lado, donde se veía una ladera boscosa y oscura. La arena se había acumulado en la orilla, y allí encontró a Kato inmóvil, tumbada en el cieno, como una lagartija. Entonces se acostó a su lado, la arena a su espalda cedió. El atrevimiento se adueñó de él; estaba despierto, muy despierto: ruidos de río, ruidos de bosque, el aliento de Kato; con un movimiento rápido rodó y se puso encima de ella. Los tres lunares que tenía en la mejilla continuaban hasta el vientre. Lev dibujó esa línea con la mano. Ella siguió con los ojos cerrados, tampoco él dijo nada, y presionó su bajo vientre contra el de Kato hasta que ella cambió las tornas. Ahora era Kato quien estaba encima de él, empujando su cuerpo contra el de Lev; este notó su peso, igual que ella acababa de sentir el peso de Lev. De los prados llegaba el sonido de millones de grillos, un zumbido que él podía sentir en todo el cuerpo.

Lev se puso los zapatos sin hacer ruido y salió de la cabaña.

Era ese momento en el que los pájaros alzaban el vuelo y los caminos se empezaban a distinguir del resto del entorno. Tras unos grandes peñascos estaba el arroyo. Solo se oía el sonido del agua, de modo que Lev se asustó cuando Imre apareció a su lado. Ambos se acercaron a la orilla sin saludarse. Lev se centró en la cara, el cuello y las manos, mientras que Imre también se lavó el pecho; después le pasó la toalla y le hizo un gesto para que lo acompañara. Ya en la cabaña, puso la cafetera a hervir. Los dos esperaron en silencio a que el agua hirviese y el polvo se depositara en la base del recipiente.

La mañana fue un gran «antes de»: antes de que los demás se despertaran y preparasen la comida para ese día, antes de que las sierras eléctricas empezaran a funcionar, antes de los hachazos previos al descanso de mediodía, antes de que Imre fuese a buscarlo, antes de que oscureciese y él estuviese de vuelta en la cabaña, con los demás, y el recuerdo de su casa lo acosara.

Lev se preguntó cómo sería quedarse en el bosque para siempre.

—Tú, en realidad, ¿qué haces aquí? —le preguntó Imre.

Fue Dorin el que le contó la historia del capataz.

¿O acaso Lev creía que alguien como Imre vivía tan aislado por voluntad propia?

—¿A ti te parece una persona feliz? —preguntó Dorin.

Lev no se había parado a pensarlo. ¿De verdad se podía clasificar a las personas en felices e infelices? ¿Y eso en qué se notaba? Imre era

un tipo callado y vivía consigo mismo. Claro que, a juzgar por la experiencia de Lev, todos se comportaban igual: Bredica, Dorin, Valea, Bunica, Ferry y hasta su madre, Lis. No compartían lo esencial. Lo mismo ocurría con Kato y con él, aunque a veces deseara que fuese de otra manera.

Imre se levantaba el primero y se acostaba el último. La luz de su cabaña solía estar encendida hasta muy tarde. Aparentaba no dormir apenas, pero nunca se escaqueaba de trabajar. Más de una vez, Lev había contenido la respiración al verlo enfrentarse a situaciones que cualquier otro hubiese evitado.

Dorin le contó que Imre tenía un hijo que murió a los ocho años.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Lev.

—Un accidente de coche. —Su hermano hizo una pausa—. Imre iba al volante.

Gritos, ruido de pasos, aquello se asemejaba al típico alboroto de un patio de colegio. Algo cambió en el rostro del que tenía sentado enfrente. Imre, que estaba estudiando los resultados de una tabla, maldijo y salió de la cabaña.

Los trabajadores habían formado un círculo. Lev se agachó para encontrar un hueco entre tantas piernas y enterarse de algo. No le extrañó que Valea estuviese implicado en la pelea, pero sí que la perdiera. Imre separó a los contrincantes y ordenó a los demás que no se quedasen ahí como pasmarotes. *«Lábatlankodni»,* exclamó. El que estaba al lado de Lev lo tradujo como «a despiernarse». Los hombres se dispersaron a regañadientes, deseosos de que el combate se reanudara.

—No tenéis remedio —dijo Imre mientras ayudaba a Valea a ponerse en pie.

Su hermano no se resistió, pero tampoco puso de su parte, de modo que Imre tuvo que tirar de él con todas sus fuerzas. Después Imre pidió a Lev que calentase agua y fuese a por un paño.

Cuando la herida que Valea tenía encima del ojo estuvo restañada y su rostro limpio, Imre sirvió unos vasos de aguardiente.

—Escuchadme bien, tengo que castigaros a los dos. Os dedicaréis a reparar las herramientas; de lo contrario, me expongo a que haya una bronca día sí, día también.

Valea se limitó a encogerse de hombros y apoyó los pies encima de una silla. Ni siquiera entonces, ni siquiera en esa situación mostró debilidad. Lev a veces temía que también su padre hubiese sido así: inaccesible, violento, pero que él lo hubiese olvidado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Imre.

—Nada; que es un hijo de puta.

—Eso lo sois todos.

Ambos se echaron a reír.

Valea, que hasta entonces no había reparado en la presencia de Lev, se giró hacia él y le ordenó que se largara. Lev obedeció a regañadientes. Los hombres que estaban esperando delante de la cabaña lo siguieron con la mirada. Lev intuyó lo que estaban pensando: él no solo era hermano de Valea y de Dorin, sino también el muchacho que se había colado en la cabaña de Imre en un tiempo récord.

Aunque sus hermanos eran de los más jóvenes, casi siempre les adjudicaban las mejores herramientas y, si por las noches había vino, a ellos les servían en primer lugar. La vez que otro muchacho, también recién llegado, fue a sentarse con ellos, le explicaron quiénes eran Lev y sus hermanos. Los portones ricamente decorados a la entrada de sus casas indicaban que aquella familia no era una familia cualquiera. Bunica se encargaba de que todos lo supieran: ya en el siglo XVIII, sus antepasados habían trabajado con los austriacos y los alemanes *zipser*[1] que llegaron a esas tierras plantando árboles, talando bosques y transportando troncos en almadías por el Tisza, desde los Cárpatos orientales hasta Novi Sad.

Lev comprendió que, allí, esa historia sí tenía importancia. Tampoco allí pasaba de ser una historia, pero todos creían en ella.

Todos los viernes llegaba el tren para recoger la madera y suministrar alimentos; algunos trabajadores aprovechaban para volver a casa. Todos los viernes, al acercarse al convoy, Lev sentía una especie de calambre por debajo del ombligo que lo empujaba a marcharse. Eran pocos los que se quedaban el fin de semana; si lo hacían, era porque el trayecto era muy largo, porque nada ni nadie los estaba esperando o bien porque, como sucedía con sus hermanos, querían cobrar el suplemento. Cuando Lev iba a la cabaña de Imre, este casi siempre estaba inmerso en un libro y lo mandaba a paseo. Lev aprendió a jugar a las cartas, tanto al *whist* como al póquer, y por fin logró dormir varias noches seguidas. Al atardecer, Georg se ponía a contar historias, sobre muchachas de agua y pájaros con alma, sobre mujeres de niebla y personas que se convertían en piedras.

Los fines de semana también se trabajaba. A Lev le gustaba ese formato reducido: todo era más tranquilo, como cuadrilla se coordinaban mejor y, a la hora de almorzar, ya no se apartaba, sino que se comía el bocadillo con los demás. Trabó especial confianza con Matthis, el joven obrero que había querido sentarse con sus hermanos.

Ambos hablaban como si se conociesen desde hacía tiempo. Allí nadie trataba de impresionar al resto; las fanfarronerías que Lev había presenciado estando con los compañeros del colegio le parecieron ridículas. Ellos presumían de su fin de semana cuando, en realidad, lo habían pasado tirados en la cama y, probablemente, lo más emocionante que habrían vivido fueran sus propias fantasías. Se resistía a reconocerlo, pero Fabiu había dejado de ser su amigo hacía tiempo; lo único que los unía eran unas vivencias muy lejanas y, a decir verdad, no le gustaba la persona en la que Fabiu se había convertido.

Un domingo por la mañana, Lev se levantó temprano y despertó a Matthis. Ambos salieron sigilosamente de la cabaña y atravesaron el bosque. Lev ya había aprendido a orientarse, así que encontró el camino sin tener que recurrir a miguitas de pan ni a ninguna piedrecilla. Matthis era dos años mayor y había terminado el colegio. Sus antepasados eran eslovacos, casi todos mineros y obreros forestales; él, sin embargo, quería ser maestro y estudiar en Sibiu para que la escuela de Vişeu de Sus siguiera ofreciendo clases en alemán. Lev percibió en él una parte de ilusión, pero también miedo. Ambos decidieron hacer una lista de cosas a las que no había que temer (al bosque por la noche, a las mujeres de niebla, mudarse a otra ciudad) y se propusieron no construir su vida alrededor del miedo.

Pasados tres cuartos de hora llegaron al mirador. Se sentaron en una roca a observar cómo el sol iba saliendo tras las montañas. Dos cuervos ejecutaron su danza celestial sin alejarse más de dos veces su envergadura: flotaban, caían en picado, remontaban el vuelo, giraban uno alrededor de otro y volvían a caer, como dos piedras negras.

Adentrarse en un bosque era como acceder a una iglesia. Uno perdía la noción del tiempo, la sensación de pertenencia se trastocaba. El bosque estaba dentro; todo lo demás, fuera. Pocas semanas atrás, Lev habría dicho lo contrario. La granja, el pueblo, su familia, Kato… todo eso, de alguna manera, estaba más allá de ese bosque, en un mundo irreal, casi insignificante.

Había árboles más esquivos que cualquier persona que él conociese. Luego había otros que, bien por respeto, afecto o necesidad, se aproximaban, crecían en una determinada dirección y desarrollaban unas propiedades que los distinguían del resto. Antes todo había sido simplemente un bosque, pero Lev estaba aprendiendo a ver cada árbol como un ser único.

Imre le enseñó a reconocer distintos tipos de musgo, setas, escarabajos e insectos; también flores, como la violeta y la anémona.

Si un árbol tenía doscientos años, eso significaba que había estado doscientos años cambiando de hojas, doscientos años desplegando nuevos brotes, sirviendo de alimento, resistiendo vendavales, soportando crudos inviernos, tormentas, sequías y humedad, siendo muchísimo más duro y estando más expuesto de lo que el ser humano jamás pudiera imaginar. Además, una vez muerto, el árbol se convertía en un hábitat para los animales.

Imre era distinto. Él hablaba otro idioma, tenía otra mirada. Resultaba obvio por los libros que tenía en la cabaña, por la vajilla que utilizaba. En uno de los descansos para tomar café, Lev le preguntó por qué estaba allí. Durante unos instantes, pareció que Imre no fuese a contestar, y Lev se empezó a arrepentir de haber roto el silencio.

Imre le contó que estaba buscando un río subterráneo. Si uno bebía de sus aguas, olvidaba el pasado.

Cada noche, Lev deambulaba por el bosque hasta dar con un árbol que parecía estar esperándolo. Entonces se apoyaba en el tronco y miraba hacia arriba, hacia las ramas, hacia la copa, con la esperanza de que a ese ejemplar no le ocurriera lo mismo que a los de más abajo; esos que, ya sin corteza y sin ramas, aguardaban a ser transportados en el tren de vía estrecha. Aunque, de ser así, la madera se acordaría: del canto del mosquitero silbador, que rara vez se dejaba ver, pero siempre se hacía oír; del repiqueteo del picamaderos negro, con su capirote rojo chillón, y del verderón, siempre intrépido y curioso. A veces tenía la sensación de que el árbol le respondía. Y, sin terminar de entenderlo, supo que había pasado al otro lado de la naturaleza.

Un grito le atravesó el cuerpo, como si de una cuchilla afilada se tratase. Dio a sus piernas la orden de moverse. Un paso, otro. Ni quedarse de pie ni girarse, solo seguir adelante.

Matthis estaba en el suelo. Imre, de rodillas junto a él; mientras lo examinaba llegaron más hombres con una camilla. Levantaron al herido y lo trasladaron a una camioneta para llevarlo al hospital más cercano. Matthis estaba inconsciente; una rama lo había golpeado en la cabeza.

Ese día, todos dejaron de trabajar. Estaban por ahí sentados, fumando, hablando. Alguien dijo: «En esa madera estaba el demonio». Cuando regresó, Imre puso unas botellas de aguardiente encima de la mesa; estaba claro que no se acostarían hasta apurarlas.

—Está en coma. Si tiene suerte, despertará y podrá caminar y hablar, pero si no…

—No lo he visto —dijo uno de los hombres—. Yo…

Imre lo interrumpió:

—Era una rama muerta.

—Pero qué pasará si…

—Todos confirmarán que ha sido un accidente.

El resto asintió, pero las palabras de Imre no llegaron a su destinatario. Él había talado el árbol y no había visto a Matthis. Lev conocía ese sentimiento de culpa; no había nada que hacer. Valea le acercó un vaso de aguardiente lleno hasta arriba. Cuando lo hubo apurado, su hermano le dedicó una mirada que Lev no supo interpretar y le volvió a llenar el vaso.

Él se lo bebió de un solo trago y le entró el hipo.

El aroma a lavanda, el ruido del agua mientras se llenaba la bañera; el rostro de Matthis, su cuerpo sin vida que pasaba a ser otro cuerpo, otro rostro.

Llevaba tiempo sin pensar en ella.

Noche. Una noche oscura, insostenible. Algo empezó a dar vueltas: su estómago, su cabeza, la cama, la cabaña, la tierra. Lev sacó una pierna de la cama y los giros se ralentizaron. Y de repente allí estaban: Lonja y Silas. Ocultos en las vueltas que daban las cosas, en un rincón de su conciencia; fue necesario un parón deliberado, que el mundo frenara para que ellos volviesen a asomar.

Tras incorporarse de golpe se puso los zapatos, o pensó que lo hacía, y avanzó a tientas entre las camas, que estaban muy juntas, más de lo habitual; se dio un golpe en la rodilla, oyó que alguien maldecía y respondió, abrió la puerta y corrió hacia el bosque. «Cómo que hacia el bosque», se dijo, «si ya estás en él, siempre en el bosque», y parte de esa idea le pareció tan absurda que casi se echa a reír. Entonces tropezó con algo, se cayó, se levantó y siguió corriendo hasta que llegó a la capilla. Miró por una ventana lateral en busca del retrato que colgaba sobre el altar. Allí estaba, en algún lugar en mitad de la oscuridad, la emperatriz Isabel. Lev cayó de rodillas y vomitó.

Imre lo encontró por la mañana.

Lo llevó hasta su cabaña y le dio una manta.

Ninguno dijo nada y Lev se alegró, porque le dolía todo; se había quedado frío durante la noche, sobre todo los pies, que estaban descalzos. Entonces se recostó en la silla y se tomó el café que Imre acababa de preparar: nunca había probado nada tan delicioso.

—Escúchame bien, muchacho. Voy a darte un consejo: sube al próximo tren. Debes marcharte de aquí mientras estés a tiempo. Llegará un momento en el que ya no podrás hacerlo. Cuando el bosque te retenga, soñarás con otra vida, pero no encontrarás la

salida.

Como todos los viernes, los trabajadores se congregaban junto a la vía. Era un grupo de hombres sucios, desaliñados y, al mismo tiempo, unidos, como una sociedad secreta. El tren llevaba un rato listo para partir. El maquinista luchaba contra sus ojos llorosos mientras iban añadiendo algunos vagones. Cuando la locomotora lanzó un silbido, Lev se sobresaltó. Antes se había lavado en el arroyo y había hecho un repaso completo: los troncos apilados, sus árboles preferidos, la cabaña de Imre. Percibió una vez más todos los sonidos: ese silencio que no era tal; los pájaros, el ruido de las hojas que caen como canicas, el viento en los abetos.

Les dieron la noticia de que Matthis estaba despierto. Imre expidió un cheque y Lev redactó la tarjeta correspondiente. No sabían si lograría recuperarse para empezar el semestre en Sibiu, pero estaba vivo, consciente y podía hablar. Lev, que tras el accidente de Matthis miraba a todos los árboles con recelo, se sintió pletórico.

Hizo una lista con las instrucciones para ordenar el correo entrante y explicó a Imre cómo clasificarlo. Para que fuese autónomo, solo por si acaso.

—Eso, por si acaso —repitió Imre.

Después notó los billetes en el bolsillo del pantalón: era el salario de todo el verano. Dorin se quedaría hasta que acabase el mes, Valea pasaría ese fin de semana en casa. ¿Y Lev?

—Hasta la semana que viene —dijo Lev.

—Hasta la semana que viene —respondió Imre.

Qué poco costaba decir algo que no era cierto.

Lev se aproximó a Kato lentamente, a un ritmo que no se correspondía con la ilusión que estaba sintiendo. ¿Le sorprendió verla allí? ¿Se sintió incómodo cuando ella lo abrazó en mitad del andén, delante de todos? Él le devolvió el abrazo, le devolvió la mirada, aunque tal vez fuese al revés y en realidad fue ella quien le devolvió el abrazo, la mirada, no se podía saber con certeza.

—¿Cómo sabías que…?

—He venido todos los viernes.

—¿Todo el verano?

Kato asintió.

Alguien le dio un empujón, pero cariñoso, a modo de saludo. Lev no tuvo que alzar la vista para saber quién era. La timidez se le fue de golpe, había vivido un montón de cosas, tardaría mucho en contarle todo a Kato (¿de verdad se lo contaría todo?).

—¿Vas a volver?

Lev respondió que no y, al hacerlo, tuvo la impresión de que el paso de Kato se aligeraba. También notó que algo en su interior se recolocaba: sintió una cierta seguridad, la ilusión de volver a casa. Las calles estaban secas y polvorientas; los campos, segados; el heno llevaba tiempo recogido. También en su casa había cambiado algo: no se oyeron ladridos.

—A Pax lo han dejado suelto todo el verano —dijo Kato.

A Lev no le hacía especial ilusión encontrarse con el perro, y menos sin cadena, pero aquello le permitió intuir lo a gusto que había estado su madre durante esos meses, lo libre que se habría sentido para tomar decisiones. Sin embargo, también notó una punzada al comprobar que, estando él ausente, todo había transcurrido con normalidad.

Lis salió del porche y se hizo cargo de su mochila. A su madre no necesitaba decirle si se iba a quedar o si iba a volver al colegio; ella se lo notaba en la cara. Sería mucho después cuando Lev tomase conciencia de hasta qué punto Lis sintió alivio al verlo.

Bunica dejó caer un comentario sobre su olor. Aun así, lo abrazó y, debido al asombro que le produjo ese gesto de su abuela, inusualmente cariñoso, Lev no acabó de entender lo que estaba sucediendo en la granja. La mirada de su madre se oscureció. Kato cerró las manos en forma de puño.

Valea había vuelto a atar al perro.

Pax se puso a ladrar, resistiéndose; era raro, pero el cuerpo y la cabeza del animal apuntaban en direcciones distintas, como dos partes que no encajan. Cuando trató de morder a Valea, este le dio una patada.

Al día siguiente, Lev se despertó temprano, extrañado de no escuchar un concierto de pájaros. Soplaba un viento suave.

«Fuerza cuatro», pensó, «mueve pequeñas ramas».

Estaba tumbado en la cama, en una casa en calma, en una habitación limpia, y percibió ambas cosas de un modo físico. Nadie se había levantado; solo se oía el crujido del suelo, los típicos sonidos mañaneros, como si la casa se estuviese desperezando.

Lev recorrió descalzo el pasillo hasta llegar a la antesala. La noche anterior había visto varias cosas de Lis repartidas sobre la mesa: revistas, agujas de hacer punto, cuadernos, pero ya no quedaba nada.

Jalil dormía sobre una silla, encima de un cojín.

Esa misma noche, el gato también había hecho acto de presencia y, cuando Lev hubo deshecho la mochila, Jalil se puso a olisquear la

ropa sucia y no dudó en marcar su territorio. No pudo ser más claro. A su madre no le hizo ninguna gracia. El gato no se había dignado a aparecer en las últimas semanas y ahora se hacía notar por su falta de modales.

A través de la ventana, Lev vio una figura que se aproximaba a la caseta del perro. La niebla de la mañana apenas permitía distinguir el gallinero, el cobertizo, el portón... Por un instante creyó estar soñando, puesto que de aquella caseta no salía ningún ruido.

Pax salió al trote y esperó pacientemente a que lo desataran.

Entonces la figura se dirigió al jardín trasero, se detuvo y se dio unos golpecitos en la pierna. El perro dudó, como si no fuese tan fácil liberarse del peso de la cadena. Levantó las orejas y lanzó un breve gemido. Después la siguió.

Lev corrió la cortina rápidamente.

Kato miró hacia la ventana mientras se llevaba el índice a los labios, a modo de advertencia.

---

[1] Los *zipser,* o alemanes *zipser,* son uno de los grupos constituyentes de la minoría étnica alemana de Rumanía. Procedentes del centro de la actual Alemania, en la Edad Media se instalaron en la región de Szepes (Zips en alemán) —en la Alta Hungría— y a partir del siglo XVIII emigraron hacia el sur, a las regiones de Bucovina, Maramureş y Transilvania. *(N. de la T.)*

Da kamen alle Vögel und
wilden Tiere herbei, und die
Katze wählte jetzt die schönsten,
farbigsten Federn und
machte daraus einen Mantel,
der glitzerte und glänzte wie
der Sternenhimmel, und gab
ihn dem Jungen.

Tres

Lev debía permanecer tumbado.

Sonaba muy fácil.

Tumbado de noche. Tumbado de día. Tumbado.

Instalaron una cama articulable. Debía estar en un entorno tranquilo, lejos de todo y de todos, como un polizón oculto en un barco.

¿Lo estaban ocultando?

La sonrisa que mostraba su madre al entrar en la habitación no aparecía hasta que estaba en el umbral. Era una sonrisa supuestamente tranquilizadora, como cuando las manos se cierran en forma de concha y cubren los ojos: cálida, oscura. Sus hermanos iban poco y, cuando lo hacían, apenas hablaban. Tampoco es que los años anteriores hubiesen dicho gran cosa; esos años en los que él caminaba, se sentaba, corría, nadaba en el río con los demás… Cumplieron con sus visitas, aunque luego fuesen a menos hasta que dejaron de ir. ¿Por qué iban a hacerlo? En el caso de Lev, no había ninguna novedad. No tenía nada que contar y, a decir verdad, tampoco él tenía ganas de oír sus historias. Lev tenía la impresión de que toda la época anterior había sido una prueba. En un momento dado, debió de alterar el orden establecido, de modo que se convirtió en una sobra, en alguien a quien custodiaban en la parte de atrás. Quizás, un día, hasta su madre se olvidaría de él. También sus visitas irían a menos y a lo mejor hasta dejaba de acudir. En algún momento lo encontrarían, alguien abriría la puerta de un empujón y diría: «Aquí hay una persona». Los demás responderían a la llamada y dirían: «Lev, es Lev; nos habíamos olvidado de él».

En la habitación había una ventana, pero desde la cama solo se veía la chapa ondulada del cobertizo, a veces una paloma, la luz que iba aumentando al amanecer y después se volvía a ocultar. Lev se acordó de cómo era cuando se levantaba de la cama sin pensar un solo instante en esas piernas que lo llevaban al baño, a la cocina; de cómo bajaba a diario los peldaños del porche, o incluso los saltaba, para luego cruzar el patio, atravesar el portón y salir a la calle. De cómo merodeaba por las montañas con los amigos después de clase, de cómo las colinas emergían a ambos lados, delante y detrás, siempre en

movimiento, y de cómo también ellos estaban siempre en movimiento. Recordó su cuerpo situado en algún punto entre aquellas colinas circulantes, oscilantes, tambaleantes.

Se acordó de cómo se salpicaban en el arroyo hasta que la ropa se les quedaba pegada al cuerpo. De cómo se colaban en las cabañas de los pastores. De cómo destruían los hormigueros y robaban los huevos de los nidos. Y recordó cómo ataban las mariquitas a un lápiz y las hacían volar en círculo. «¡Un ventilador!», exclamaban, turnándose para sostenerlo frente a sus caras. Las fuerzas de los insectos tardaban en agotarse. Una vez que colgaban del lápiz, los abandonaban a su suerte, hilo incluido. «Les han atado las patas», pensaba Lev. Ahora, alguien de más envergadura le había atado las piernas a él para que supiera lo que se sentía. Entonces se giró hacia la pared y ocultó el rostro.

Se despertaba a las seis, nada más oír los pasos de su madre (ligeros, apresurados) en el pasillo. Las bombillas zumbaban, el agua hervía, las sábanas se sacudían y se colgaban en la ventana. El viento soplaba entre las columnas del porche, provocando algún portazo. Primero se sucedían los pasos de sus hermanos por la escalera; después, los de su hermana. El canto de un gallo, el chacoloteo de unas herraduras que llegaba desde la calle. De vez en cuando se oía un grito dirigido hacia una ventana que estaba abierta, una conversación: palabras que se dispersaban y corrían al encuentro de otras. El perro se ponía a ladrar, el ruido metálico de la cadena, el portón abriéndose. La voz del cartero, la risa de su madre. Lev la veía subir los peldaños que conducían a la casa, abrir el correo antes de llegar y dejar las cartas en la mesa de la antesala. El aroma a pan tostado recorrería las habitaciones, también el olor a gachas de maíz, tan espesas que formaban una masa blanda y se podían cortar en rodajas con un hilo. Sus hermanos se empeñarían en tomar nata y, cuando hubiesen terminado, su madre y Bredica fregarían los platos. Por último, cuando todos se hubiesen marchado, ellas comerían membrillos en conserva. Después se hacía el silencio. Lev solo oía su propia respiración, el crujido de la manta cada vez que se movía, a veces un pájaro o un golpeteo lejano. Estiraba las extremidades y tenía la sensación de ser más grande que la cama, más grande que la casa; exacto, no cabía de ninguna manera. Alguien lo había obligado a meterse en esa casa de muñecas a él, que era Lev, el gigante; Lev, el conquistador del mundo.

Luego la casa retomaba el ritmo; los ruidos iban contando todo lo que sucedía: quién había ido de visita, quién hacía qué, quién se

peleaba con quién, guardaba silencio o se había marchado hacía un rato. Así, hasta la noche. Entonces Lev no sabría cómo conciliar el sueño tras pasarse el día entero en la cama. Su madre le leía algo en voz alta, después rezaban y ella se despedía dándole un beso en la frente. La puerta nunca se cerraba del todo, de modo que la luz se colaba por una rendija si su hermana iba al baño, a su madre le quedaba algo por hacer o Valea salía a última hora. Lev empezó asignando un movimiento a cada ruido, pero después estos se tradujeron en imágenes, a tanta velocidad que ya no le hizo falta pensar. De vez en cuando, había algo que se mezclaba con la respiración de la casa y que él desconocía. Alguna noche le pareció como si un animal estuviese andando sigilosamente por el pasillo y se asustó; aguzó el oído, pero, al no escuchar nada, llegó a la conclusión de que eran imaginaciones suyas. Comprendió que la casa seguía despierta, también por las noches. Que los dos seguían despiertos, y entonces él la escuchaba.

Su madre lo aseaba, ahuecaba los almohadones, cambiaba las sábanas. Le llevaba la comida, el agua, el orinal, los pijamas limpios, los libros. Cada vez que iba a verlo lo acariciaba, y entonces él percibía los olores de la cocina, los olores del huerto, los olores de la calle. El final del otoño, con sus días fríos y secos, dio paso al invierno, y Lev creyó distinguir los copos cayendo al otro lado de la ventana, que estaba cerrada. La nieve acallaba los ruidos cercanos y aproximaba los que estaban lejos. Llegó la escarcha; a cada paso se oía un sonoro crujido y el impacto de la pala que después se arrastraba para retirar la nieve, partiendo la mañana en dos.

Su hermana esparcía pipas de girasol en el alféizar para atraer a los gorriones y a los herrerillos. Estos anunciaban su llegada con un sonido o tal vez se estuviesen avisando de que allí había comida; o puede que trajesen una noticia para Lev. Iban llegando en orden: primero los herrerillos, luego los gorriones; uno tras otro piaban, picoteaban y volvían a alzar el vuelo. Mientras duraba ese juego, Lev estaba con ellos al otro lado de la ventana, al otro lado del cuarto.

Valea empezó a maldecir. A ver si se había vuelto loca, a quién se le ocurría malgastar las pipas de girasol con los pájaros, ¿qué tal si además les ponía algo de queso, pan o un poco de leche? Los pájaros siguieron yendo a la ventana unos cuantos días; picoteaban el cristal como dando entender que tenían hambre. Lev se tapaba los oídos y cerraba los ojos hasta que el alféizar se quedaba desierto.

Recordó un cumpleaños que pasó con sus hermanos en el río Iza. Estuvieron buscando piedras; cuando Valea encontró una muy bonita

y se la enseñó, Lev se la quitó de la mano, la observó admirado y, acto seguido, su brazo salió disparado y la lanzó al río. Al ver las lágrimas de Valea, Lev se arrepintió, y lo cierto era que seguía arrepentido, pues estaba seguro de que, de no haberse comportado así, habrían podido ser amigos.

En esa época del año, los adultos no se sentaban en el banco que había frente al portón. Al caer la tarde, la vida tenía lugar en la antesala. Lev podía oír sus voces; a veces alguien se ponía a tocar el acordeón y el olor a humo de los cigarrillos se expandía por las habitaciones. Algunos invitados se acercaban a saludarlo, pero eran visitas breves, como si él fuese parte del mobiliario.

No podía dormir, así que cruzaba los brazos por detrás de la cabeza, se ponía a mirar al techo y escuchaba el aliento de la casa. No sabía si estaba dormido, soñando, despierto o si estaba siquiera. Esas eran las noches buenas. Noches en las que todo se disolvía: los pensamientos, el cuerpo, la cama, el cuarto, la casa. Ese Lev disuelto se había convertido en otra cosa: en oscuridad, en noche y en algo más allá de la noche.

Últimamente, de madrugada, oía unos pasos provenientes de la antesala. Eran sigilosos, el frufrú de una bata, la puerta de la casa. Pasados unos minutos se repetían los mismos sonidos, pero al revés: la puerta, el frufrú, los pasos. El retrete que había en el jardín no se solía usar por la noche; de modo que, quienquiera que fuese, quería estar a solas. ¿Sería su hermana? Nadie más en la familia podía abrir la puerta con tanto sigilo (había que levantar suavemente el picaporte). Había personas a las que no les importaba en absoluto hacer ruido. Sus hermanos eran ruidosos siempre, hicieran lo que hiciesen; andaban a pisotones, estrellaban los vasos en la mesa y eran capaces de mantener una conversación, aunque estuviesen separados por una puerta cerrada. No así su hermana. A ella las cosas le venían dadas: el plato iba a parar a su mano, el suelo se deslizaba bajo sus pies y, cuando quería decir algo a alguien, asumía los pasos necesarios para no tener que gritar.

—¿Bredica?

Los pasos se detuvieron frente a su puerta.

—¿Bredica?

Llegó junto a la cama tan rápido como si no hubiera un palmo entre la puerta y la cama. Lev notó cómo se sentaba antes incluso de identificar su rostro en la oscuridad.

—¿Cómo has sabido que era yo?

—Tengo visión nocturna.

Ella contuvo la risa.

—¿Estás enferma? —preguntó Lev.

—Algo peor.

Lev se preguntó qué podía ser peor.

Bredica negó con la cabeza y le acarició el rostro. Lev lo apartó. ¿Por qué todos se empeñaban en acariciarlo, por qué no hablaban con él?

—Sea lo que sea, díselo a madre.

Pero Bredica no dijo nada; tuvieron que pasar otras dos semanas de excursiones nocturnas al jardín hasta que por fin habló.

Todo empezaba con unos pasos, el atizador, el agua hirviendo, el té recién hecho, un tintineo de cucharas, el azúcar, las voces, el cansancio. Todo empezaba con las llaves, los manteles, las tazas, los cuchillos. Manos que empuñaban palas, escobas, calderos que recogían ceniza, nieve, mullían la tierra. Echaban maíz a las gallinas, heno para las vacas, remendaban paños, limpiaban suelos, fregaban vajilla, golpeaban clavos, partían nueces, cargaban leña, amontonaban el maíz, pelaban patatas, se llevaban un vaso a la boca.

Lev inventariaba todos los sonidos. Conocía la secuencia y la finalidad de cada uno. Aunque siempre estuviese ocupada, su madre apenas hacía ruido. Dorin, en cambio, no tenía problema en hacerse notar; Valea era como una sombra que oscurecía la casa. Bredica, por su parte, era la melodía: la única que encontraba un motivo para reír, que cantaba una canción, que contaba una historia. A veces, a mitad de la jornada, se sentaba a su lado. Casi todos los que se acercaban iban provistos de un tiempo medido. Nada más verlos en el umbral, Lev podía calcular cuánto duraría la visita. Lo llevaban escrito en el rostro, metido en las piernas, las manos, la espalda. Lo reconocía por cómo miraban hacia la ventana, por la posición de los pies, que apuntaban ligeramente hacia la puerta. En realidad, solo iban un momentito; se habían dado un salto, pasaban por allí, sobre la marcha, solo querían decir «hola». Bredica, sin embargo, iba sin límite de tiempo. Le solía llevar las cadenitas y las pulseras que guardaba en su pequeño joyero y que se enredaban como por arte de magia, y Lev las desenredaba con mucha paciencia. Entonces su hermana se sentaba en la cama, Lev se movía hacia un lado y se ponían a charlar.

La vecina duerme con su ternerillo en la despensa.

La tripa de Nelu es más redonda que el queso que fabrica.

La tía Anuţa jura que su imagen de la Virgen llora.

El barrilero se murió.

Sigi se ha quedado sin dientes.

El Iza está helado.

El fantasma del salón de la abuela ha vuelto a aparecer.

Bredica contaba las cosas de modo que se hacían presentes al instante, en la propia habitación de Lev, y llegaban hasta su cama. Hasta que la noche y el silencio se cernían nuevamente sobre la casa y volvía a amanecer. Con la luz se mezclaban algunas palabras vacilantes; el agua hirviendo, un poco de azúcar, un poco de calor. Y vuelta a empezar.

La boda de su hermana se fijó para mediados de diciembre; fue una boda de invierno, una boda de hielo, como ella decía.

Bunica acudió para ensanchar el vestido de su nieta, ya que, si uno se fijaba, ya se le notaba la tripa, una redondez sobre la que, de vez en cuando, la propia Bredica apoyaba las manos. Lev no vio a las vecinas que fueron a casa para organizar el banquete con su madre, tampoco que su hermana no paraba quieta ni cómo fue soltando las perlas de su corona, la *coroana,* una tras otra. Tampoco vio cómo su madre y Bunica se reunieron con los futuros suegros para decidir quién hacía y quién pagaba qué. No vio cómo su hermana, una noche, se levantó para tumbarse en la nieve.

Él no vio nada. Pero estaban las voces de las mujeres en la cocina, el sonido de las perlas al caer, esa risa demasiado alta que expresa consenso. Estaba la inquietud nocturna de Bredica, sus pasos, esta vez descalzos, el frufrú del camisón, las puertas. Una noche no hubo ruidos en orden inverso; Lev se incorporó y permaneció a la espera. Clavó la mirada en la oscuridad, que era intensa y densa y estaba repleta de sonidos, escuchó atentamente lo que ocurría en el jardín, al otro lado de la ventana, y creyó ver a su hermana, fría como la nieve, tumbada todo a lo largo, tal y como él pasaba los días y las noches en aquella cama. Bredica reposaba sobre una cama de invierno, una cama de hielo, respirando tranquila, suavemente. El mundo era perceptible, cristalino, pero inalcanzable. Cuando ya estaba a punto de avisar a su madre, Lev oyó la puerta de la casa, unos pasos acelerados, su hermana se esforzaba por recuperar el aliento.

Solo entonces, Lev fue consciente de que sus dientes castañeteaban; se tapó la cabeza con la manta, respiró por la boca y se preguntó cómo había sido posible que nunca antes hubiese prestado atención a su hermana, a sus hermanos, a los miles de ruidos, a esa inagotable pista de sonido compuesta de tanto ajetreo, de ira, de amor.

El día de la boda trasladaron a Lev a una especie de catre con ruedas.

Unos hombres lo sacaron de la casa y lo fueron empujando por la calle hasta llegar al granero donde se celebró la boda. No lo empujaron hasta el interior de la iglesia. Según Bunica, la iglesia no era el lugar más adecuado para una cama, aunque Lev no lo terminó de entender: cuando él se imaginaba a Dios, siempre lo veía tumbado hacia un lado para poder observar lo que ocurría en la Tierra.

No pudo asistir al desfile del cortejo nupcial, pero se alegró al comprobar que los almohadones le permitían ir bien erguido, así que disfrutó del trayecto. Ver una vez más la casa desde fuera, el portón, el banco encajado entre dos puntales de madera tallada. Algunos vecinos del pueblo sacaron un banco a la calle; otros tenían bancos para dos, tres o cuatro personas, pero nadie tenía asientos para doce. En cuanto calentó, la gente se sentó fuera y estuvo charlando, fumando, con la espalda apoyada en la madera.

Los hombres empujaron el catre calle arriba, pasaron junto a las casas de los vecinos, los vallados, más portones. En el punto donde la calle principal se juntaba con el camino que llevaba al pueblo de al lado, las casas se empezaron a alejar. La cama rodante de Lev tropezaba con las piedras y los baches, los almohadones y las mantas se cayeron, justo delante de la casa de Fabiu. Ese mismo Fabiu que, el día de San Juan, había quemado neumáticos, el mismo que siempre ganaba a las canicas; Fabiu, ese que solo le había hecho una visita. Tras sacudirlos, volvieron a colocar los almohadones y las mantas en el catre. Los primeros, empapados a causa de la nieve, le mojaron el pantalón, pero, ya que estaban de camino, no podían dar media vuelta.

La carretera se volvió a estrechar; luego vino una subida; Lev se giró una vez más, como si Fabiu fuese a aparecer en la puerta en cualquier momento, con la espalda apoyada en el muro y esa mirada un poco altiva. Como si Lev fuese a bajar del catre, correr hacia él y ambos tomasen el camino que salía de la parte de atrás y fuesen caminando hasta que el mundo solo estuviese formado por colinas, colinas ondulantes, gibosas, ascendentes, que se expandían en todas direcciones hasta rozar el horizonte; las montañas y las nubes inclinadas entre sí, como Fabiu y Lev, y sus palabras no se podrían distinguir del ruido del viento sobre el río helado.

Casarse en invierno tenía la ventaja de que la comida y la tarta nupcial se podían dejar hechas días antes. Los platos y las copas se iban llenando sin gran alboroto y se distribuían entre los invitados, que esperaban sentados en unas mesas corridas. La mesa de los novios, decorada con manteles bordados, estaba junto a la pared del fondo. A

lo ancho del granero colgaban guirnaldas de crepé confeccionadas por los niños del pueblo. Bredica apenas tocó su plato. Llevaba una blusa blanca con volantes de encaje, una falda, un chaleco y unos *opinci,* los típicos zapatos anudados. Tenía los ojos perfilados de negro. Llevaba la corona sujeta con un cordel, y Lis le había hecho un bonito trenzado. Tan hermosa como su difunta madre, decían las mujeres.

Bredica se encargaba de recibir las felicitaciones; Ion, su marido, que también vestía camisa y chaleco, iba guardando los sobres. Ella hablaba con sus amigas, un poco distante, como si ya hubiese abandonado su círculo. La banda comenzó a tocar. Bredica y Ion se agarraron de los hombros y empezaron a girar, describiendo pequeños círculos en la pista de baile; el gesto de Bredica se suavizó, la expresión de disgusto desapareció.

El catre de Lev estaba pegado a una pared lateral. Una araña se fue descolgando desde el techo del granero hasta su cama, luego desapareció entre dos tablones. También las viejas, con sus pañuelos negros en la cabeza, estaban allí sentadas. Por todas partes se formaban grupitos, invitados que se juntaban, charlaban, bebían, niños jugando. En mitad del granero estaban bailando las parejas. Las mujeres se acercaban a Lev y le acariciaban el rostro; él notaba sus manos ásperas, manos suaves, manos arrugadas y percibía pena, curiosidad, confianza. También se acercaron dos chicas de su clase, pero, en su caso, se sintió como si fuese una atracción, una rareza allí expuesta. Lis lo ayudó a ir al baño, le llevaba comida y bebida, y recolocaba los almohadones, aunque él no quería que lo hiciera, esa noche no; esa noche, al menos, quería aparentar que se valía por sí mismo. Trató de poner el mismo gesto de indiferencia y orgullo que su hermana, pero se acabó cansando. En realidad, disfrutaba de la velada. Escuchaba la música (violín, guitarra y tambor) y se fijaba en todas las historias, grandes y pequeñas, que suceden durante una boda. Después se lo contaría a Bredica. Pero cuando aún estaba recopilando historias, cayó en la cuenta de que no se las podría contar. Cuando volviese a casa, ella ya no estaría.

Siempre que pensaba en su hermana, tardaba un buen rato en percibir algo que no fuese esa imagen, como si todas las demás estuviesen reprimidas. La veía dando vueltas, veía su falda volar por el aire, cómo su rostro se iba suavizando, y deseaba que pudiese hallar algo en su matrimonio.

¿Tal vez la felicidad?

La pista se llenó; unas parejas sabían bailar y otras se limitaban a pisar primero con un pie y luego con el otro, o bien se quedaban quietas y

solo movían el tronco, como briznas de hierba mecidas por el viento. Alguien se subió a una mesa, las copas se cayeron al suelo. Era el padre del novio, que estaba fumando un puro; la aureola de humo le daba un aire de santo. Entonces se puso a bailar sobre varias mesas juntas, siguió cayendo vajilla, los hombres daban palmas y lo animaban, mientras Bunica, sin mostrar sorpresa ni enfado, cogía una escoba e iba barriendo los añicos. En mitad del jaleo, Lev se dio cuenta de que faltaba alguien: el abuelo de Transilvania. Una semana antes había ido a entregar el sobre para los novios y había pasado a ver a Lev, con esa reserva que no había abandonado desde que los dos estuvieron en el balneario. Que Lev supiera, nadie le había hecho un solo reproche tras el accidente.

En ese momento, el padre del novio bajó de la mesa, torpemente, sin el impulso de antes (como si descendiese por una ladera cuyos picos estuviesen ocultos por la niebla del puro). Bunica le acercó el palo de la escoba para que se apoyara. En la pista de baile, los hombres formaron un corro y empezaron a dar vueltas al ritmo de la música, tan rápido que se adelantaban; alguien derramó el contenido de una copa. El marido de Bredica estaba tirado en el suelo, muerto de risa.

Lev vio a su madre y a su tío, que estaban aparte, enfrascados en una conversación, ignorando el jaleo que había alrededor. El hermano de su difunto padre dirigía un hotel en el mar Negro; era un tipo alto y seguro de sí, parco en gestos, y lucía una sombra de barba plateada. Irradiaba una vitalidad incontenible, pero también rigor, de modo que, cuando coincidían, Lev se sentía intimidado. Le recordaba a su padre, pero sin el cariño al que estaba acostumbrado. El tío rara vez los visitaba. Cuando lo hacía, siempre acababa discutiendo con Valea. Al mirarlo, Lev sintió una punzada y deseó que los sentimientos se pudieran deshacer tan fácilmente como los nudos de las cadenas de Bredica.

Esa noche, dos hombres se encargaron de empujar el catre de Lev de vuelta a casa. Parecía que los baches se habían multiplicado durante esas horas, y hubo un momento en el que su madre tuvo que cargar con la manta para no estar agachándose cada pocos metros a recogerla. Lev, agarrado al catre con ambas manos, quedó expuesto a la brisa nocturna. Uno de los hombres dijo que se iba a abrir, y mientras Lev se preguntaba a qué se refería, el otro también se marchó. Su madre lo arropó, remetiendo tanto la manta que él apenas se pudo mover. Después Lis se apoyó en el catre, dispuesta a esperar, y empezó a soltar improperios. «¡Malditos borrachos!», exclamó, «¡ya se

han largado!».

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Lev.

Lis trató de mover el catre, pero las ruedas se atascaron a los pocos metros, así que lo dejó por imposible.

Entonces se echó a reír.

—Esperaremos.

—¿A qué?

—A que alguien nos encuentre.

—¿Y si no viene nadie? —Lev se retorció bajo la manta hasta que logró liberar un brazo—. Siéntate.

Tras mirar calle arriba y cerciorarse de que no venía nadie, Lis empujó suavemente las piernas de su hijo y se sentó a su lado. Silencio, o bien lo que la noche consideraba como tal: el ulular de una lechuza, ladridos de perro, el murmullo del río, una risa llegada de alguna parte. El cielo quedaba lejos, como si el catre se encontrara bajo la esfera de un reloj. Ese habría sido el momento de preguntar a su madre si creía que él, algún día, volvería a andar. Si Bredica sería feliz. Habría sido el momento de preguntarle si extrañaba a su padre. Aunque, a decir verdad, no eran preguntas en sentido estricto, no eran palabras ni frases, sino ecos, direcciones que tomaban los pensamientos, de modo que no las formuló. Incluso allí, en mitad de la oscuridad y aunque esas conversaciones nunca se produjeran, Lev tenía una imagen clara de su madre. Eso bastaba.

Más tarde fueron Valea y su tío a recogerlos.

En casa habían notado que faltaban dos.

La distribución de la jornada impedía que el tiempo se desbordase. Por la mañana lo aseaba su madre, que además sacudía las sábanas y ventilaba la habitación. Después le llevaba pan tostado con azúcar espolvoreada y una infusión de saúco o de escaramujo. A continuación, llegaba una señora para darle clase. Era la tía Anuţa, que, hasta donde él sabía, no era tía, ni suya ni de nadie, pero ella insistía en ese apelativo. La tía Anuţa le llevaba libros: eran unos ejemplares manoseados que debían de tener más de treinta años. Matemáticas y geografía, también gramática rumana y literatura alemana.

Lev se estudiaba las tablas de todos los países con sus ríos, sus montañas y sus zonas horarias. Se aprendió la extensión de la red ferroviaria en distintas partes del planeta, se enteró de lo que eran los cuerpos sólidos y líquidos, los gases, los combustibles, las velocidades; algunas cosas las olvidaba al instante, pero memorizó la escala de Beaufort para medir la fuerza del viento. Fuerza dos = brisa muy

débil. Fuerza cuatro = brisa moderada; mueve pequeñas ramas. Fuerza seis = brisa fuerte, se oye en interiores. Fuerza ocho = viento duro; mueve árboles. Fuerzas diez a doce = temporal entre duro y huracanado. A veces se preguntaba qué temas estarían viendo en clase y si en algún momento lograría ponerse al día.

Dos veces por semana iba otra mujer del pueblo de al lado. Era una conocida de su abuela y no hacía otra cosa que imponerle las manos. Las colocaba sobre sus rodillas, debajo de los glúteos, rozándole la clavícula. Al principio, le resultó incómodo que lo tocase. Sentir aquellas manos recorriendo su cuerpo, que se detuviesen en un punto u otro hasta que él notaba calor le parecía un exceso de confianza. Lev cerraba los ojos, pues no quería saber si esa mujer lo estaba mirando fijamente ni tampoco ver cualquier otra cosa: ni su cara, ni la pelusilla del bigote.

Ella decía que las personas pecosas eran hipersensibles, por eso había que buscar el punto exacto entre presionar y soltar para que el tratamiento fuese efectivo. Lev no entendía qué tenía eso que ver con sus pecas, pero prefirió no llevarle la contraria.

—No contraigas el rostro —le dijo la mujer.

—¿Cómo dice?

—Te estoy viendo hacer muecas. Relájate.

Lev se relajó. Entonces comprobó que las manos de esa mujer podían estar encima de sus piernas al tiempo que le picaba el cuero cabelludo. Como si todo estuviese relacionado.

Luego venía la peor parte del día, esa que, tiempo atrás, había sido la mejor y que empezaba con una siesta. La tarde estaba vacía, no había nada programado. La vida iba recorriendo el interior de la casa, el jardín, las calles del pueblo; Lev permanecía atento a los pasos, las voces, el silencio. Los llenaba de contenido con su imaginación y, de vez en cuando, alguien entraba a su cuarto: su madre, su abuela, algún vecino; Bredica, que antes solía acudir varias veces al día, iba cada vez menos. Los sonidos de la cocina eran más perceptibles, su madre le llevaba la cena y encendía una vela. Las sombras se alargaban, sus pensamientos se expandían. Si tenía suerte, lograba dormir varias horas seguidas antes de despertar.

Por las mañanas sentía alivio, otra noche superada, comenzaba otro día seguido de otra noche que sería un día menos, pero ¿menos de qué? ¿Acaso había una medida en aquel asunto? ¿Alguien le exigía que aguantase todo ese tiempo para, en un momento dado, volver a formar parte de la vida? ¿O cuando uno se caía y quedaba fuera del sistema se convertía para siempre en un inadaptado, en alguien al

margen?

El médico no se había querido mojar; durante las visitas no decía gran cosa. Lev tenía la sensación de que ni siquiera él sabía lo que le pasaba al paciente ni lo que se podía hacer por él. Siempre se mantenía erguido, entraba al cuarto con paso calculado, levantaba el maletín con brío para después frenar pocos centímetros antes de llegar a la mesa y apoyarlo lentamente, sin hacer apenas ruido, como si ese fuese su primer número artístico. El segundo consistía en hacerle todo tipo de pruebas: explorar el fondo del ojo, doblar y estirar la rodilla para después no saber nada, ni qué le pasaba ni cómo ayudarlo, pero sí sabía emitir una factura. Por nada y menos. Por haber hecho volar un maletín por la habitación.

A primeros de diciembre recibió la visita de su profesora, que quería saber cómo llevaba el temario. Cuando entendió que le estaban dando clase con libros del siglo pasado (esas fueron sus palabras), decidió que buscaría a alguien que pudiera llevarle los ejercicios a casa.

Ese alguien sería Kato.

Lev insistió en que la tía Anuţa tenía más libros, no era necesario molestar a Kato. Y pensó: «No, no, por favor, no». ¿En serio que las cosas podían empeorar? ¿No tenía bastante con estar allí tumbado, con que Fabiu no lo visitara, su abuelo tampoco y Bredica se hubiese mudado? Ahora, para colmo, tendría que aguantar a esa chica todas las tardes. Nadie la trataba. Casi todos los profesores la ignoraban; nunca le daban la palabra; solo la tutora mostraba una predilección inexplicable por ella. Lev habló con su madre para pedirle que se lo pusiera fácil y que se encargara de recoger los ejercicios en la puerta.

Por primera vez desde que se había quedado postrado, su madre se puso hecha una furia:

—¡Pónmelo fácil tú a mí!

¿Desde cuándo se había vuelto tan arrogante como para mirar a esa chica por encima del hombro?

Kato se presentó al día siguiente. El portón se abrió, el perro rompió a ladrar, aunque se calló asombrosamente rápido; unos pasos se aproximaron, pero no ocurrió nada. La madre fue a abrir, saludó a la chica y la acompañó hasta el cuarto. Lev intentó aparentar máxima indiferencia. Kato recorrió todo con la mirada, pese a mantenerla fija en él. Ambos asintieron. Entonces ella se sentó en la silla que habían acercado a la cama. Lev sabía que su rostro lo delataba y captó la mirada conminatoria de su madre. ¿No podían haber escogido a un chico? Y si tenía que ser chica, al menos que fuese una de la primera fila. Exacto, si una de esas estuviera allí sentada, él se esforzaría por

entender los ejercicios. Si fuera una de esas, esperaría con impaciencia a que llegase la hora, pero no, en vez de eso, habían mandado a esa chica con la que nadie quería tratar. Esa que se pasaba el recreo haciendo garabatos, tan ausente que parecía muda. Ahora que, cuando le preguntaban en clase, siempre se sabía la respuesta. Eso le llamaba la atención. Pensaba que era una engreída. O una tonta.

A lo mejor era ambas cosas.

En una bocacalle situada a la salida del pueblo estaba la casa donde Kato vivía con su padre. La valla no era muy alta; los tablones estaban clavados en la tierra, pero torcidos, como unos dientes flojos. Detrás se encontraba el patio, que era de tierra, y una casa de madera cuyas puertas permanecían abiertas en los meses de calor. Uno de los cristales estaba roto; para salir del paso, habían tapado el agujero con cartón y una foto de la torre Eiffel. Había grosellas silvestres, también de las espinosas, y frambuesas; nada de flores, tampoco árboles, a excepción de un peral. De la rama más gruesa colgaba un columpio. Casi siempre que pasaba por delante de la casa, Lev veía a esa chica sentada en él. Solía enrollar las cuerdas y abandonarse al giro con los ojos cerrados.

Enrollar. Desenrollar.

A veces le daba lástima. Decían que su madre había muerto a los pocos meses de dar a luz. A su padre no le importaba si Kato (cuyo pelo no terminaba de decidir si quería ser liso o rizado) estaba peinada, si tenía la cara limpia o si llevaba la ropa agujereada. La chica tenía los ojos asombrosamente claros y una risa tirando a alegre, pero solo en parte.

Cuando Lev pasaba junto a la valla, ambos se saludaban con un gesto de asentimiento. Una mirada, un ligero movimiento de cabeza, un seguir andando con marcada indiferencia, más vueltas en el columpio. Él siempre seguía andando, aunque, en realidad, le apeteciera esconderse tras el siguiente matorral y ponerse a observarla. ¿Se pasaría toda la tarde colgada de esas cuerdas?

Lev estaba sentado en la cama, con el cabecero elevado. Castigaba a Kato con un falso desinterés, como si ella tuviese la culpa de todo y, sin embargo, nada más verse, ambos se habían saludado con un gesto de asentimiento, como cuando estaban separados por la valla. Permanecieron en silencio hasta que Lis llegó con el té. La madre de Lev rozó el hombro de Kato, y esta reaccionó inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Has traído algo para Lev?

Sin terminar de tragar el sorbo del té azucarado que le habían

servido, Kato dio varias hojas a Lev.

—Estos son los ejercicios.

Tenía la lengua suavemente apoyada contra los dientes.

Lev fue pasando las hojas.

Kato supo interpretar su mirada, de modo que acercó la silla a la cama y le fue explicando la materia. Lev había supuesto que ella despediría un fuerte olor, pero lo que percibió fue un aroma a leche y también algo ligero, flotante, como una mañana clara.

—No hace el menor esfuerzo. Se pasa el día en su cuarto mirando al techo. A cambio, le dan de comer mañana, tarde y noche. ¿Así hasta cuándo?

Esa frase era de su hermano, el mayor. Lev la tenía clavada en el pecho como un cuchillo. No llegó a oír la respuesta de su madre, ya que había hablado demasiado bajo, pero ese «hasta cuándo» aún resonaba en sus oídos. Hasta cuándo... y si no, ¿qué? ¿Lo llevarían a las montañas y lo dejarían allí abandonado? ¿O lo enterrarían bajo el hielo del Iza? ¿Notaría una noche cómo la almohada se abalanzaba sobre su rostro? Su hermano no podía ser tan sigiloso como Bredica, pero tenía mucha fuerza. Lev se resistiría, o a lo mejor no; puede que permaneciese allí tumbado y se entregara a esa oscuridad en la que habitaba desde hacía tiempo. Su madre y su hermana lo echarían de menos. La casa lo echaría de menos, porque ya nadie escucharía atentamente. Kato, por el contrario, se alegraría de verse liberada y de no tener que ir todas las tardes a visitar a ese tullido, que, ya de por sí, no tenía muchas luces.

Lev dormía incluso menos que de costumbre; una y otra vez se despertaba sobresaltado porque creía que alguien había entrado en su cuarto, con la almohada en la mano. Con el paso de los días fue palideciendo, adelgazando; lo veía en la cara de su madre, que era su espejo. El médico dijo que necesitaba tomar el aire, cambiar de escenario, pero que debía evitar cualquier tipo de movimiento, puesto que aún no había procesado el impacto vivido. Lev casi se echa a reír. Era enero. ¿Qué iban a hacer? ¿Sacar la cama al jardín? ¿Y quién iba a tener tiempo y ganas de cambiarlo de escenario? El médico preguntó si conocían a alguien que pudiese conseguir gasolina, ya que, de ser así, él se ofrecía a consultar a un colega experto en parálisis nerviosas.

Cuando su madre le llevaba la comida, Lev trataba de sonreír. Cuando sacudía las sábanas, vaciaba el orinal, lo aseaba con movimientos rápidos y resueltos. Lev ponía la mano sobre la de su madre. Pretendía ser una muestra de agradecimiento, pero Lis se echaba a llorar.

Llegó un momento en el que dejó de haber diferencias entre los días y las noches, que solo eran perceptibles a través de sus márgenes. Un destello junto a la ventana, una corriente de aire, palabras que Lev no entendía, el pan que no podía masticar, la sopa que no podía tragar. Solo el agua le parecía deliciosa. Su madre se llevaba la comida sin que la hubiese probado.

Los límites de su cuerpo se empezaron a desdibujar. ¿Dónde terminaba la piel y dónde empezaba la cama? El espacio iba cediendo bajo el peso de su cuerpo. Se hundía. En la oscuridad no quedaba ningún asidero, nada que le indicara dónde estaba arriba y dónde abajo ni dónde estaba su cuerpo respecto del espacio. Permanecía tumbado en una cama, tal vez así lo arrastrase la corriente de un río o quizás se fuese hundiendo poco a poco.

Kato le seguía llevando los ejercicios, pero él se mostraba indiferente, no entendía nada, no decía nada. Entonces ella se marchaba y volvía al día siguiente. Aunque no repasaran los ejercicios se sentaba a su lado, se ponía a dibujar o le leía algo en voz alta. Aunque apenas la podía seguir, Lev no quería que parase.

Soñaba mucho, y los sueños le devolvían sus piernas, podía andar hacia donde quisiera: hacia el pasado, hacia el futuro, probó todos los caminos. Recorrió el pueblo, fue saludando a los vecinos y hasta los acompañó un trecho. ¿Lo has visto? ¿A quién? A ese señor del sombrero redondo. Va por ahí llamando a todas las puertas. Lleva un corderillo, y su chaleco se tiñe de rojo. Nadie le abre. Añade unas pocas nubes, pegadas a las colinas. La paja está muy crecida, nadie la siega, no se ve una sola paca. El viento se cuela entre las briznas. El hielo del Iza cruje, se parte, el agua se desborda y arrastra consigo al invierno, arrojándolo a él, a Lev, a algún punto de la orilla.

Fue mi hermano, madre, una noche.

El corderillo está muerto.

El médico había ido a examinarlo, pero, esa vez, Lev se perdió el número del maletín. Solo cuando el médico le miró el fondo del ojo con una linterna, él se percató de su presencia: tenía un rostro inexpresivo, su boca se movía. Le pidió que levantase el brazo, pero él lo estiró hacia un lado. Llevaba tiempo notando que perdía las referencias espaciales; a menudo le ocurría que no sabía qué era arriba y qué era abajo, si estaba tumbado o se había caído. Lev cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, el médico ya se había marchado; entonces vio una vela encendida dentro de una taza, y oyó a su madre pronunciar su nombre de pila, pero con tres sílabas, como si fuese una pregunta.

Escogió el murmullo del bosque, escogió el blanco de las nubes. Empezó a contar en silencio detrás de un árbol: nueve, ocho, siete, seis... ¿Dónde se habían metido todos? Escogió imágenes de días primaverales, nidos de cigüeña, manzanos en flor, buñuelos recién hechos (rellenos de mermelada que resbala por los dedos), escenas medio olvidadas: una sonrisa, unas manos luminosas, un chaleco de pelo gris, nubes de tiza en la pizarra, un rostro que mira hacia otro lado, una espera resignada, la piel flácida de un ternero despellejado, el olor al mercado de ganado, la sensación de unos pies descalzos que se hunden en una boñiga, los chasquidos del heno. Las imágenes se sucedían y empezó a tener bastante; no volver a levantarse jamás, perderse en esos recuerdos, revivirlo todo, volver a experimentarlo, cada uno de los días. Notó calor, así que luchó contra la manta y se destapó, pero le entraron escalofríos; entonces llamó a su madre, a Bredica. ¿Dónde se habían metido todos?

Tenía que ir a por avellanas.

No podía tirar la piedra.

En casa no había nadie.

Todos, no solo su familia, el pueblo entero había ido al río cargado con jarras, botellas, cubos. El cura iba a sumergir una cruz en el río, tres veces, puesto que, desde que Jesús fue bautizado en el Jordán, todas las aguas estaban bendecidas, cualquier arroyo, cualquier río, también el Iza. Su abuela guardaría el agua bendita en el dormitorio, junto a la imagen de la Virgen, hasta la próxima festividad de los Reyes Magos. Cuando una vaca se ponía de parto o alguien enfermaba, Bunica recurría a ella. Lo más probable era que, en ese momento, la utilizase para Lev.

El Iza estaba helado, de modo que abrirían un agujero en el hielo para sumergir la cruz. Por mucho frío que hiciese, nadie perdería la paciencia, aunque tardasen más de lo esperado; todos se mantendrían firmes, cambiando el peso de una pierna a otra entre banderas e iconos típicos de esa festividad, atentos a la voz del pope, aunque estuviesen lejos.

Esa mañana, Lev logró pensar con una claridad desacostumbrada; había dormido varias horas seguidas, probado incluso las gachas que le había llevado su madre: eran de sémola, con miel y canela. Prestó atención al silencio de la casa, que se expandía hacia el resto del pueblo. Nadie se perdía esa ceremonia; al menos nadie que pudiese andar. Un momento, ¿no acababa de oír un ruido? El portón abriéndose, después las puertas, unos pasos en el pasillo... Lev contuvo la respiración. ¿Habría vuelto alguien antes de tiempo? ¿Tal vez uno

de sus hermanos? El perro no había ladrado. Entonces abrieron la puerta de su habitación con el pie, como si esa persona tuviese las manos ocupadas. Su corazón empezó a martillear, ni siquiera pudo articular un «¿Quién anda ahí?», y quienquiera que estuviese al otro lado del umbral tampoco dijo nada, sino que aguardó en silencio a que la puerta se abriese del todo.

Era Kato. En sus brazos llevaba un gato atigrado.

Habían tenido visita, dijo Kato, un amigo de su difunta madre que se había presentado con un coche lleno de animales. Trajo hasta una serpiente de cascabel. El gato procedía de un honroso linaje; se llamaba Jalil, que en árabe significa «buen amigo».

Lev tuvo sus dudas respecto de la veracidad de esa historia; en su opinión, Jalil parecía un gato normal y corriente. En el pueblo había muchos. Algunos tenían suerte y había quien se ocupaba de ellos: les daban leche y, en invierno, dejaban que se arrimasen a la estufa. Otros se las tenían que arreglar por sí mismos: buscar alimento, cazar o sobrevivir en los bosques como gatos medio salvajes. Kato se mantuvo firme en su teoría. Jalil era de origen noble, y ella supo al instante que su destino era estar con Lev (al fin y al cabo, no le venía mal tener un amigo, ¿a que no?). El gato se comportó como si corroborase todo lo dicho. Tras liberarse de los brazos de Kato y explorarlo todo detenidamente, subió a la cama de un salto. Avanzó muy despacio entre las piernas de Lev hasta que llegó a su pecho, le olisqueó el cuello y se le quedó mirando fijamente. Lev nunca antes había visto los ojos de un gato tan de cerca. Los de Jalil tenían el borde negro, y esa línea se prolongaba por la parte del pelo en forma de veta que llegaba hasta la espalda. El iris era de color gris verdoso con pequeñas motas negras; la piel, marrón atigrado; el cuello, blanco, lo mismo que las patas, como si calzase unas botas. Ese animal no sonreía con la mirada, pero tampoco tenía miedo, sino que mostraba una gravedad y una hondura inescrutables.

Su madre fue la única que supo de la existencia de Jalil. El gato iba y venía a su aire, sin que nadie lo notara. A veces debía resignarse y esperar en el porche a que alguien abriese la puerta; solo así lograba colarse en la casa. Lev nunca sabía cuándo iba a regresar, pero si pasaba unas cuantas horas sin verlo, adoptaba una actitud de espera.

Jalil le acercaba el frescor de la nieve, el sol en la piel cuando la primavera se presentó con unas temperaturas inusualmente altas. Le llevaba la excitación de la caza, el agotamiento, el hambre, y, pese a que empezó a compartir la comida con el gato, Lev también engordó.

Jalil no era nada sibarita. El pan con mantequilla y las gachas también le gustaban.

A Lev le fascinaba su capacidad para moverse sin hacer un solo ruido. No lograba detectar si Jalil había entrado en el cuarto, solo notaba la presión de sus patas y el peso de su cuerpo sobre el suyo propio. Constató, para su sorpresa, que ese animal nunca olía a nada, era como si no tuviese un olor característico. Su pelo siempre estaba limpio, también el de las patas. Después de sus paseos, Jalil entraba en la habitación, subía a la cama de un salto, describía un círculo perfecto sobre las piernas de Lev o bien se estiraba todo a lo largo, adoptando una postura aerodinámica, y se dormía.

Lev nunca se cansaba de observarlo en distintas posturas. Como él no sentía las piernas, tampoco se le podían dormir, de modo que ambos permanecían así durante horas, sin moverse, mientras Lev velaba el sueño de Jalil.

Unos gritos lo despertaron. Eran parte de la noche, lo mismo que el ladrido de los perros, que el ulular de las lechuzas. Hasta entonces nunca le habían preocupado, pero, esa vez, Lev aguzó el oído, un poco tenso, como si todo su cuerpo fuese una sola oreja. Entonces llamó a su madre, que no tardó en acudir; estaba en camisón y llevaba el pelo recogido en una trenza que le llegaba por el pecho.

—Es Jalil —dijo Lev. Su madre pareció confundida—. Necesita ayuda.

Lis se sentó en la cama. Tenía cara de cansada, pero se mostró comprensiva.

—Sabe valerse por sí mismo —le dijo—. Los gatos saben cuándo merece la pena luchar y cuándo no.

Los dos prestaron atención, pero no se oyó nada más.

—¿Y tú? —Su madre lo miró. Lev fingió no haberla entendido—. ¿Tú también lo sabes?

Él respondió que no tenía ni idea.

—Podríamos hablar de eso.

Lev volvió el rostro. No quería recordar. El cuerpo de Lonja en el estanque, retorcido y desmadejado, como si hubiese corrido a los brazos de la muerte pero no la hubiese reconocido hasta el último momento.

Debí ser más rápido, dijo Lev. Si hubiera corrido más, tal vez ella siguiera viva.

Lis le preguntó cómo era posible que se sintiese culpable, seguido de «mi niño querido», que era como lo llamaba antes. Él no tenía la culpa de esa desgracia; solo había intentado ayudar, y no debía

persuadirse de que no había hecho lo correcto.

Las piernas de Lev empezaron a convulsionar. Él no quiso que su madre lo viera, así que le pidió que abriese un poco la ventana.

—Te vas a enfriar —repuso ella.

—Por favor.

Lis fue a por otra manta y abrió la ventana. Lev escuchó atentamente los sonidos de la noche. Una brisa refrescó su rostro; primero oyó un sonido rasposo y luego se hizo el silencio; al rato, el crujido de la chapa ondulada que había frente a la ventana y, poco después, notó esa presión en el cuerpo que le resultaba familiar. Jalil se acercó a su rostro y frotó su nariz contra la de Lev, que sintió un frescor húmedo, inesperado; entonces levantó las mantas y Jalil se tumbó, apoyando la cabeza muy cerca de su cuello. Era la primera vez que lo acariciaba.

Fue a la mañana siguiente cuando Lev descubrió que el gato tenía arañazos en el rostro y que le sangraba una pata.

Kato iba a verlo todas las tardes: leían textos en alemán y en rumano, se estudiaban las tablas y unas ecuaciones cuyo significado Lev tardaba en descifrar.

Kato le contó que una logopeda había ido a la escuela para comprobar si todos los niños pronunciaban bien la erre sonora.

—*Rică nu ştia să zică: rău, răţuşca, rămurică*. ¿A ti te sale?

—*Rău, răţuşca, rămurică* —repitió Lev.

Kato asintió en señal de admiración.

—Cuando hablas en alemán, eso no pasa.

—*Strasse, Trauben, Radieschen* —dijo Lev en alemán.

Kato lo imitó. Pronunció todo bien, excepto la palabra *Radieschen,* que no le salió a la primera.

—Ojalá aprendiésemos algo realmente útil —añadió Lev.

Kato lo miró con un poco de lástima, pero no dijo nada. Lev no se podía explicar por qué justamente esa muchacha era tan inteligente. Algún día, también ella sería una buena profesora. Cuando se lo dijo, Kato meneó la cabeza, y Lev se avergonzó al recordar la cantidad de recreos que había pasado sola. Que nadie se le acercase y que casi todos los profesores la ignoraran le había parecido incluso bien, como si eso fuese lo correcto. ¿Quién iba a querer volver al colegio después de esa experiencia? ¿O acaso había otra razón?

Lev le dio a Kato una cajita que tenía preparada sobre la mesilla de noche. Ella la abrió y, tras observarla por unos instantes, cogió el *mărţişor,* un pequeño adorno con un lacito rojo y blanco, típico del mes de marzo, y se lo prendió en el jersey. No dijo nada en ese

momento. Pero ese mismo día, cuando se despidieron, Kato le dio un beso.

Una mañana, Lev se despertó al oír un latigazo. Un pastor iba por el pueblo juntando el ganado. Aquel sonido tan familiar lo estimuló, mientras que a Jalil no le hizo ninguna gracia: el gato miró fijamente en la dirección de la que procedía el ruido y, antes de que Lev pudiera tranquilizarlo, ya había desaparecido. Probablemente se escabullera por la puerta cuando Dorin salió a sacar las vacas del establo.

Lev se ilusionó con el desayuno, la primavera, un nuevo día. Aunque en realidad el principal motivo era Kato. Tenía ya bastante claro que ella no iba a verlo por obligación. Solía entrar al cuarto muy sonriente; él la esperaba peinado y aseado, unas veces con y otra sin Jalil, al que ella trataba con esa mezcla de amabilidad y desinterés que al animal tanto le gustaba. A Lev le agradaba su voz, su sonrisa, y comenzó a ponerse el reto de hacerla reír. Casi siempre lo lograba; una de las veces, justo después de haberse reído juntos de algo, ella le preguntó por qué no podía andar.

Entonces Lev le habló del accidente. De pronto, le resultó hasta sencillo. Le contó que se sentía como paralizado, como si nunca más fuese a liberarse de lo que había visto.

Kato le dijo que a veces los animales se hacían los muertos hasta que pasase el peligro.

Él nunca lo había pensado. Las piernas se le agarrotaban desde hacía un tiempo; sobre todo por las noches se empezaban a contraer sin que pudiese controlarlas. Había veces que sentía frío o picor, pero no le decía nada a su madre para que no se hiciese falsas ilusiones. Una y otra vez repasaba todo lo vivido e intentaba encontrar una salida: la pelea entre Lonja y Silas, cómo él los había perdido de vista hasta que, después, los encontró, aunque aquel hombre le había dicho que se quedase donde estaba.

—Ya no hay peligro —sentenció Kato. Lev quiso responder, pero ella borró sus palabras.

—¿Y tu padre no te dice nada cuando no duermes en casa?

Por el movimiento de su cabeza, Lev supo que aquello era un «no».

Las estrellas fueron apareciendo, una tras otra, como si alguien manejase la iluminación a escondidas. Una vez, un vecino le dijo a Lev que detrás de las estrellas no había nada, nada en absoluto; él se asustó al escuchar ese «nada» tan rotundo. ¿Cómo iba a ser eso posible? Pero el vecino le respondió que había acontecimientos capaces de acabar con cualquier tipo de fe, solo que él todavía era

demasiado joven para entenderlo.

Cuando los adultos se empeñaban en que uno todavía era joven para entender lo que fuera, ¿por qué lo decían entonces? Y para colmo, si uno seguía preguntando para poder entenderlo, no le explicaban nada.

Kato le contó que solía dormir fuera cuando su padre estaba de viaje con sus abejas. En verano dormía en el jardín, a veces también en alguna de las casetas que había en la montaña.

—¿Y no te da miedo dormir sola en la montaña?

—Yo nací un sábado —respondió Kato, como si eso justificase algo—. Los niños que nacen en sábado tienen una piel especial que les trae suerte. Eso decía mi madre.

Lev no preguntó de dónde lo había sacado.

Kato se tumbaba a su lado, como si fuese una tabla. Él se encogía, ella se encogía; no debía de ser cómodo para ninguno y, además, Lev estaba medio destapado, pues Kato reclamaba para sí la mayor parte de la manta. Pero estar así tumbados era incluso más hermoso de lo que él había imaginado. Fue él quien pidió que pusieran en el jardín el catre en el que lo llevaron a la boda. Obviamente le dijeron que no, pero Lev no claudicó hasta que, una noche cálida, Dorin y su madre sacaron aquella cama con ruedas y la colocaron entre el gallinero y el arriate donde estaban las hortalizas. Detrás de los establos comenzaba el campo y, tras él, venían las colinas; luego, las montañas; siempre había algo más.

Kato llevaba una bufanda tejida por Lis. Tenía el pelo recogido; en la oscuridad, sus ojos eran dos alas de terciopelo. Jalil subió al catre de un salto y se abrió un hueco entre sus piernas.

—Aquí ya no hay quien se mueva.

—No tenemos por qué.

En su sueño, él estaba junto al río. Los márgenes seguían helados, apenas una fina capa bajo la cual el agua palpitaba. Los patos, los cisnes y un sinfín de pájaros anidaban en la orilla. No se movían, era como si estuviesen dormidos. El silencio de la escena era más que la ausencia de ruido, era un modo especialmente intenso de prestar atención, de mantenerse a la espera. El río aguzaba el oído; también las plantas y los animales. Esa manera de estar pendiente atravesó el cuerpo de Lev, su pecho, su vientre, sus piernas; apenas duró unas pocas respiraciones y después terminó, dejó de estar. Los patos asomaron la cabeza entre el plumaje, los pájaros alzaron el vuelo.

Lev notó que Jalil bajaba del catre.

Entonces vio una sombra, era su hermano.

—¿Qué haces aquí?

Solo una risa.

Sacaron a Kato del catre.

Solo iba a comprobar si de verdad era una chica, dijo Valea; era evidente que estaba borracho.

Ella sabía de sobra cómo defenderse, y eso era lo que a Lev le asustaba. Su propia impotencia tornó en ira, y soltó las peores maldiciones contra su hermano. Las piernas resbalaron del catre; eran apenas dos ramitas que debían sostener un peso descomunal. Lev comenzó a temblar, se agarró fuertemente con ambas manos para no caer, pero notó la hierba bajo sus pies, así como la tierra firme, fresca.

No tuvo que hacer nada más. Tampoco decir nada más.

Los otros dos se soltaron y lo miraron fijamente.

וּפַרְסִין תְּקָל מְנָא מְנָא

Dos

El coche se detuvo sin avisar. El viento se coló nada más abrir la puerta, alborotando los papeles que había en el asiento trasero, y acarició el rostro de Lev, que cerró los ojos por un instante. Los viajes largos siempre le sentaban mal. Además, tanta amplitud lo agobiaba: carreteras sin una sola curva, postes eléctricos en mitad del campo, un inmenso cielo gris, sin nubes, sin colinas, sin montañas.

Después de mirar en todas direcciones, Ferry se perdió entre los cultivos y, al poco, regresó con una cabeza de girasol que le dio a Lev tal cual. Luego arrancó y prosiguieron viaje. Lev sujetaba la flor como si fuese un balón que le acabaran de lanzar, hasta que el abuelo se echó a reír y le dijo que lo probara de una vez. Separar las pipas requería cierta habilidad; Lev las fue partiendo, bajó la ventanilla y escupió las cáscaras. Algunas se volvían a colar en el interior del coche, y él las iba juntando disimuladamente en la alfombrilla.

Cada cierto tiempo, Ferry le tendía la mano y Lev le daba unas cuantas pipas. El abuelo las partía rápidamente, con mucha soltura, y escupía las cáscaras por la ventana; el aire le alborotaba el pelo, que él siempre solía llevar un poco más largo que otros hombres. Lev decidió que iría avanzando hacia el centro en sentido circular: primero se comería el anillo exterior, después el segundo, así iría cada vez más deprisa y los círculos serían cada vez más pequeños; olvidó que se encontraba mal, se olvidó de las colinas y de las montañas que echaba en falta y, antes de llegar a la mitad del girasol, alcanzaron su destino: Buziaş.

Al abuelo no le importó si Lev podía aguantar el ritmo. El resto de la gente iba paseando tan tranquila, se paraba a mitad de camino o se sentaba en un banco; Ferry y Lev, por el contrario, nada más registrarse en la recepción y recoger la llave, se pusieron en marcha. A paso ligero y cargados de equipaje, recorrieron el parque, la columnata, un pasillo y subieron una escalera hasta que llegaron a su habitación.

Ferry comprobó el funcionamiento del baño, el estado de las camas, miró dentro del armario, pasó el dedo por el alféizar, encendió y apagó las luces, tiró un poco de las cortinas para que quedasen rectas, salió al balcón, colocó bien los muebles y, una vez que todo pareció

estar a su gusto, empezó a deshacer el equipaje. Lev lo imitó. A él le tocaron los cajones de abajo, el último de la cómoda y la cama que estaba junto a la ventana. Cuando todo estuvo en su sitio, la ropa en el armario, los libros en la mesilla de noche, los utensilios para escribir sobre el escritorio y el neceser en el baño, Ferry se cambió de ropa. Lev hizo lo propio; imitar al abuelo era siempre una buena opción, y no hacer muchas preguntas.

Con una camisa limpia, la cara lavada y bien peinado, Ferry parecía otra persona. Sus movimientos se ralentizaron, su respiración se calmó y la pronunciada arruga que tenía entre los ojos desapareció. Después se sentó al borde de la cama e inhaló y exhaló profundamente unas cuantas veces. Lev se sentó en la cama e hizo lo mismo.

Entonces oyó que Ferry daba una palmada.

—Ahora sí —dijo el abuelo—, ¡ya hemos llegado!

Haber llegado significaba: sentir en la piel la ropa interior que le había preparado su madre; percibir el olor a cloro de un baño sin ventanas, las voces amortiguadas de las habitaciones contiguas, las pisadas de unos zapatos elegantes, impolutos, en la planta de arriba; significaba ver el sol en las ramas del árbol que había delante del balcón, sentir el fino tejido de las sábanas y una presión en el estómago, quizás por las pipas; significaba tener pensamientos erráticos, pues le esperaban varios días inciertos; significaba seguir a su abuelo en un doble sentido: acompañarlo a donde él fuese y hacer lo que él dijera; significaba estar rodeado de personas a las que no conocía y cuyos idiomas en parte no comprendía, pero allí estaba, para pasar una semana de reposo. Y aunque en su momento le hizo ilusión que le permitieran acompañar a su abuelo, ya no sabía muy bien por qué.

Haber llegado significaba, por tanto, haberse ido.

El sol ya se había ocultado, pero el cielo seguía estando igual de azul.

De camino al edificio principal, Ferry le contó que aquellos doscientos plátanos los habían traído de Italia y que el paseo cubierto era de medio kilómetro. Permitía salir a andar siempre, incluso en un día lluvioso. La estructura había sido idea del emperador Francisco José I de Austria, que estuvo allí de visita con el príncipe heredero, Francisco Fernando, y la emperatriz Isabel, a finales del siglo XIX.

Un hombre los adelantó y saludó en voz baja. Ferry susurró a Lev que no se extrañara si algunos huéspedes se mostraban más bien reservados, groseros incluso. Debido a sus males, la mayoría llevaba una vida apartada. Jamás debía preguntar a un huésped por su

enfermedad. También estaba terminantemente prohibido decir que alguien, el día que fuese, tenía mal aspecto.

A la entrada del comedor, Ferry lo retuvo. «Debemos esperar a que nos asignen una mesa»; poco después, llegó un camarero que, tras preguntar quiénes eran y consultar su lista, los condujo hasta su sitio. Mientras cruzaban el amplio salón, abriéndose paso entre las demás mesas redondas, Ferry prosiguió con sus explicaciones: la mesa era importante; en realidad, era lo más importante de todo, pues los compañeros que te tocasen determinarían el curso de la estancia. Al fin y al cabo, se verían tres veces al día, siempre a la hora de las comidas, y él sabía por experiencia que las relaciones que se entablaban en la mesa se perpetuaban más allá del mantel. De hecho, los compañeros de mesa solían saludar si se coincidía con ellos durante el paseo, en la sesión de gimnasia, en el vestuario; incluso si estabas metido en la bañera y con los ojos cerrados venían a incordiar. De modo que más valía darse por satisfecho con quien tocase, a menos que se marchara ese mismo día; en realidad, era la única forma de que la sociedad se mezclase un poco. El abuelo había visto de todo: mezclas hacia arriba y hacia abajo. Rara vez la cosa mejoraba. Si era gente que se pasaba toda la cena hablando de sus enfermedades, más valía encomendarse a Dios. Si eran parejas en pleno enamoramiento, peor. No, los peores eran los que llevaban años desenamorados. Ferry siempre quería que le tocara gente interesante: tal vez una científica o un artista. Los jubilados tampoco le disgustaban, porque podía jugar con ellos al ajedrez. Y él, ¿tenía alguna predilección?

Lev estaba confundido. Antes de que pudiera articular palabra, llegaron a la mesa. Otras seis personas alzaron la vista y los miraron con curiosidad.

Ninguno habló de sus males. Lev dedujo que aquello era un buen augurio en lo relativo a la estancia. Algunos ya se conocían. Un matrimonio de Timişoara, que se presentó como los Radu, ya había compartido varias cenas con dos hermanas que eran de Braşov. Ese mismo día, también había llegado un hombre más joven que parecía un poco huraño (a lo mejor era ese el artista) y una señora mayor, cuyas muletas colgaban del respaldo de la silla.

Lev miró a su alrededor. No vio a ningún otro niño de su edad. Los camareros se movían solícitos entre las mesas, pero sin mostrar especial amabilidad. La luz de las lámparas era demasiado intensa, llegaba hasta el último rincón. La mayoría de los huéspedes estaba charlando, pero también había algunos que, como Lev, se dedicaban a observar al resto con curiosidad. El abuelo había entablado

conversación con una de las hermanas, la que estaba a su izquierda; le había servido la bebida (cosa que continuaría haciendo sin que ella se lo pidiera) y, después, se había puesto a hablar con el señor Radu, que estaba justo en frente. Claro que aquello no fue una charla como tal, sino más bien un interrogatorio. Que qué tiempo había hecho en los últimos días. Que cómo habían encontrado el agua esa mañana. Si se notaba la diferencia con la nueva instalación de llenado. Si tal o cual terapeuta seguía trabajando allí. Si habían vuelto a asfaltar los caminos. Si el cine ya estaba funcionando.

Después de cenar, Ferry continuó dándoles toda una conferencia sobre los baños galvánicos. Según él, servían para mitigar el dolor y reducir las inflamaciones de tipo reumático; además, favorecían la circulación, lo cual ayudaba a eliminar las toxinas metabólicas. Eso sí, era fundamental saber ajustar el flujo de corriente según cada cuerpo. Por respeto a las damas, prefería abstenerse de referir las escenas que él mismo había llegado a presenciar. En ese momento, las hermanas intercambiaron una mirada cómplice, y el señor Radu aprovechó la interrupción para dirigirse a su esposa. Ferry no se dio por aludido, sino que siguió perorando un rato, sin importarle que solo Lev y la señora de las muletas estuviesen escuchando, y concluyó diciendo que, junto con los masajes terapéuticos, los baños galvánicos eran de los mejores tratamientos que se ofrecían en ese lugar.

Un golpe seco. Un impacto recorrió todo su cuerpo. El coche se salió de la carretera y siguió circulando por mitad del campo a toda velocidad. El interior del vehículo se ensombreció, unos soles oscuros empezaron a recorrer los cristales, los tallos se doblaron, golpetearon contra la chapa, fueron frenando la marcha. Lev, que iba en el asiento del copiloto, al lado de su abuelo, se giró: en el asiento de atrás vio a tres mujeres riéndose. Se tapó los oídos.

Al fondo había un grupo de casas, construidas en una pendiente escarpada, muros grises, postigos de colores, algunos a rayas, otros con motivos pintados. Ya estaba anocheciendo. «¡Vamos, rápido!», exclamó Ferry mientras lo arrastraba calle arriba con el equipaje. Lev se volvió, pero las mujeres habían desaparecido. Entonces se detuvieron frente a una casa, la puerta se abrió sola y, cuando llegaron al umbral, sintió como si algo lo frenara.

El abuelo le dijo que, por las noches, todos los postigos que daban al mar debían permanecer cerrados; eso era lo único que debía tener en cuenta. ¿Entendido? A continuación, como cumpliendo órdenes directas, como si cada pieza de dominó empujara la siguiente, los postigos de las demás casas se fueron cerrando, uno tras otro. Lev se

asomó, se fijó en la secuencia de ventanas que se iban cerrando e incluyó la suya en el momento exacto. La casa quedó a oscuras, Ferry buscó el interruptor y, justo entonces, se oyeron los gritos.

Alguien metió a Lev en una cuba. Sumergieron los electrodos y notó cómo un hormigueo se extendía por toda su piel; en sus ojos, una especie de llamaradas; «Tranquilo», le dijeron, «ya casi está». Pronto se formó una fina capa de cobre sobre su cuerpo, una segunda piel que lo cubría por completo. Entonces lo sacaron del agua y lo dejaron de pie, en el suelo; se sentía rígido, pesado, le costaba mucho doblar las piernas, girar la cabeza. Se miró las manos y contó diez dedos de cobre; se miró el cuerpo: brillaba como un cristal resplandeciente.

Al día siguiente, Lev necesitó un tiempo para quitarse la piel de cobre con la que había soñado. Se miró las manos una y otra vez. Bajo la luz fluorescente del baño creyó ver un destello fugaz.

Por las mañanas, Ferry tenía la costumbre de cantar. Cantaba mientras se aseaba, cantaba mientras se vestía y seguía cantando al salir de casa. Lo primero que dijo de camino al edificio principal fue que, después de desayunar, tenían su primera cita con el médico del balneario.

—¿Yo también? —preguntó Lev.

—Por supuesto.

Todos volvieron a coincidir en la mesa: el matrimonio Radu, Silas (a quien Lev y Ferry llamaban «el artista») y la señora de las muletas. Las hermanas de Braşov llegaron las últimas. Las dos tenían veintipocos años, y resultaba obvio que eran familia. La mayor tenía un gesto serio y llevaba el pelo corto; la más joven era un poco más menuda y llevaba el pelo largo. Cuando se sentaron, la más joven sonrió a Lev. Nadie se persignó antes de comer. Nadie bendijo la mesa. Cada cual empezó y terminó cuando quiso y, sobre todo, comió lo que quiso. Ese primer día, Lev se limitó a tomar pan con miel. Lo acompañó con una leche que le pareció aguada.

La conversación giró en torno a las citas médicas de los recién llegados. El señor Radu, revestido de una cierta autoridad, aseguró que el médico responsable era bastante joven y que, por tanto, había que echarle una mano. Por eso mismo aconsejaba a los nuevos que pensaran antes qué tratamientos consideraban indispensables. Ese médico practicaba una política de austeridad; de hecho, ya no prestaban tantos servicios como antes, aunque, obviamente, seguían siendo de lo mejor. Según explicó el señor Radu, él mismo había logrado que les dieran masajes, terapia de campos magnéticos y baños de hierbas a él y a su mujer. Solo cuando añadió la palabra «diarios»,

pareció alcanzar en el público el efecto esperado. Todo indicaba que el señor Radu se había propuesto no ceder todo el protagonismo al abuelo.

Ferry intentó varias veces abrir un surco en la mesa para que la conversación germinara. Primero probó con el tiempo; después, con la falta de luz en los pasillos, pero no tuvo suerte. El desayuno se decidió a favor de Radu.

A quien nada de eso le interesaba lo más mínimo era al artista. Tenía pinta de haber dormido mal. Quizás también a él lo hubiesen galvanizado.

Lev se preguntó si sería extrañeza lo que estaba viendo en el rostro del médico responsable. ¿Burla? ¿Aburrimiento? Después percibió una sonrisa, aunque estudiada; un gesto rutinario, entre un «pase, por favor» y un «ya puede marcharse». Iba vestido de blanco: pantalones blancos, parte de arriba blanca, bata blanca. Lev nunca había ido al médico. Su corazón se aceleró, no sabía qué hacer. A excepción de una planta que necesitaba riego urgentemente, el cuarto no tenía ningún adorno; sobre el escritorio, junto a las revistas y los libros, había una máquina de escribir. De la pared colgaba un póster de Ceauşescu.

«Adelante, siéntate», dijo el médico, y Lev tomó asiento en una camilla. Al momento notó que las pantorrillas desnudas se le quedaban pegadas a aquel mueble. Sin hacer más preguntas, el médico comenzó a explorarlo. Le miró el interior de los oídos, le auscultó el corazón, le miró la garganta y el fondo del ojo con ayuda de una linterna. Nunca antes nadie le había mirado dentro del oído, la garganta ni en ninguna otra parte. Lev intentó descifrar el nombre que estaba bordado en la bata, pero las letras no se podían juntar. Resignado, cerró los ojos, levantó el brazo, giró la cabeza, se subió la camiseta.

—¿Te duele? —preguntó el médico mientras presionaba la zona del estómago.

Lev negó con la cabeza, aunque claro que le dolía.

—¿Y aquí?

Lev respondió con un «no» rotundo.

Al ver que pasaba un rato y no sucedía nada, dedujo que el reconocimiento había terminado. Ceauşescu parecía bondadoso, tenía pinta de abuelo, el pelo brillante; el traje negro contrastaba con la bandera azul, amarilla y roja. El andamio que subía hacia el cielo por el lado izquierdo fue lo único que le pareció desconcertante. Su hermano Valea decía que representaba el progreso. Entonces, ¿el progreso era un andamio?

La camilla emitió un crujido cuando Lev se levantó. El médico escribió algo en un papel y, con un gesto de asentimiento, indicó al paciente que habían terminado. Lev cogió el papel a todo correr, de modo que, cuando fue a entregárselo a la auxiliar, estaba completamente arrugado. La auxiliar copió el contenido en otro pliego de papel celeste, más bien grueso y casi cuadrado.

El viento soplaba con fuerza. Las flores inclinaban la cabeza hacia la tierra. Como si también el viento preguntase: «¿te duele?».

Los caminos estaban flanqueados por cercas; algunas de sus ramificaciones parecían antenas. Lev se sentó en un banco, dejó a un lado su programa terapéutico, que aún no había leído, y puso una piedra encima para que no saliese volando. Aquellos plátanos no dejaban de asombrarlo. ¿Cómo se sentirían junto a los helechos y los abetos de Maramureş? ¿Y qué era lo que veían durante todo el día? Gente paseando, pálida, cansada.

Alguien se sentó a su lado. Solo al mirar por segunda vez, Lev reconoció a una de las hermanas de Braşov. Tenía los ojos azules, más bien azulados, mezclados con otro color que Lev no sabía definir. La nariz estrecha, tal vez un poco torcida, pero eso no le molestó. Una cadena dorada brillaba sobre su escote. Durante las comidas, ella era una de tantas personas que, de repente, ocupaban su campo de visión. Ahora, sin embargo, estaba a su lado, y Lev pudo tomar conciencia de su belleza.

—Soy Helene, pero todos me llaman Lonja.

—Leonhard, pero todos me llaman Lev.

—¿Como el león?

—Sí.

Ella le preguntó si le permitía ver su programa y, tras echarle un vistazo, volvió a dejar el papel debajo de la piedra.

De pronto, Lev notó la mano de Lonja en su pierna.

—¡Mira!

Dos ardillas estaban cruzando el prado dando saltitos, rápidos e ingrávidos. Tras mirar a su alrededor, treparon a los árboles y desaparecieron entre las hojas. Lev no sabía si estaba exaltado por haber visto a esos animales o por la suave presión que había sentido en el muslo.

—Tienes que venir al atardecer —le dijo Lonja—. A esa hora el prado se llena de ardillas.

Sus cejas eran dos finos arcos. Su tez, clara, casi transparente. Fue en ese momento cuando Lev cayó en la cuenta de que hablaban en alemán con toda naturalidad.

De pronto, ella se levantó.

—¿Lonja? —dijo Lev.

Ella se giró.

—¿Pone ahí que van a dar baños galvánicos?

El abuelo estaba en el balcón, analizando sus respectivos programas terapéuticos. Él siempre reservaba una habitación con balcón, ya que le gustaba fumar después de las comidas. Lo hacía con boquilla, porque decía que era más sano, y tenía una tabaquera donde había insertado un reloj con un mecanismo que solo liberaba un cigarrillo cada cuatro horas.

Vistos desde aquel balcón, las casas, los caminos, los bancos y los plátanos parecían un dibujo de finísimo trazo. Las personas parecían inmóviles, como si estuviesen atornilladas en esa posición, y Lev no pudo evitar acordarse de la chica de su clase que se pasaba todos los recreos dibujando. Una vez se había acercado a ella a escondidas y, aunque fuese evidente que lo había descubierto, ella fingió no darse cuenta de que lo tenía detrás. Estaba dibujando un árbol con todo detalle, hasta la más mínima rama. Lev no sabía mucho de arte, pero el dibujo era precioso. No dijo nada. Tampoco decía nada cuando pasaba por delante de su casa y la veía columpiarse colgada de las ramas del peral. Alguna vez que ella no estaba en el jardín, Lev había tenido la tentación de retroceder y esperar a que apareciese.

Sin esa chica faltaba algo.

Ferry encendió una cerilla: la cuenca de su mano despidió un brillo rosado.

Paseos, baños de hierbas y la recomendación de hacer una cura de agua mineral: ese era el resumen. Lev se sintió aliviado. Aquello sonó inofensivo, aunque no terminaba de entender por qué debía seguir ese programa; al fin y al cabo, él no estaba enfermo. Ferry ya le había explicado que no había que estar enfermo para hacer una cura, y que aquel balneario era el mejor sitio para ello. El programa del abuelo era más amplio. Lev se preguntó si coincidirían más allá de las comidas.

Ferry estiró las piernas y adoptó una posición relajada. Eso solo lo hacía cuando fumaba; por lo general, se mantenía perfectamente erguido.

—Me pregunto a qué han venido los Radu. —Lev se encogió de hombros, aunque nadie esperaba su respuesta—. Apuesto a que ella tiene una enfermedad mental. En el caso de él, no estoy seguro. Tal vez algo del esófago. —Ferry dio una calada y se repantingó un poco más—. En cuanto a la señora de las muletas… ¿cómo se llamaba?

Rosina nosequé. Eso está más claro: tiene poliomielitis, que afecta al aparato locomotor. El caso de nuestro artista es más complicado. Tal vez sufra una enfermedad de las vías respiratorias, o quizás padezca del corazón. Eso, podría ser el corazón.

—¿Crees que tiene un corazón débil?

—Creo que sufre de desamor —respondió Ferry.

—¿Y las hermanas?

—En cuanto a la mayor, no te sabría decir, pero creo que la más joven sufre neurastenia.

Lev trató de aparentar que lo estaba entendiendo, aunque fuese una sola palabra.

A mediodía, el cielo se oscureció en cuestión de minutos. Comenzó a llover. Gracias al emperador Francisco José, pudieron recorrer parte del camino a cubierto. Se oía el murmullo de los plátanos; varios señores los adelantaron a toda prisa con sus paraguas; las señoras, entre el frufrú de sus pelerinas. Llegaron al Gran Hotel casi sin aliento, pues el último tramo, que no estaba techado, lo habían hecho a todo correr.

Ya en el comedor, iluminado en exceso, Lonja parecía tan sola que Lev se sintió impelido a sentarse a su lado. Pero la disposición de los asientos no se podía alterar a menos que un huésped se marchase o llegase otro nuevo. Ambos jóvenes se dedicaron varias sonrisas de un lado a otro de la mesa. Tras percatarse de ese gesto íntimo, Ferry enarcó las cejas en actitud interrogante, pero Lev dirigió su atención a la disposición de los platos, los cubiertos y las servilletas.

Cuando la mesa estuvo completa, sirvieron la sopa; Lonja estaba hablando con su hermana, y solo de vez en cuando miraba fugazmente a Silas, quien, al igual que Lev, la observaba en secreto. Lev habría querido decir algo a Lonja, pero, por si acaso, prefirió callar durante todo el almuerzo.

La lluvia arreció; los árboles empezaron a oscilar al otro lado de las ventanas. Los arbustos chocaban contra los cristales, como exigiendo que los dejasen entrar. Entonces se oyó un estallido y se fue la luz. Un murmullo atravesó la sala; alguien gritó.

Poco a poco, la luz regresó, pero en forma de velas; el salón se convirtió en un espacio muy amplio de contornos difusos que se perdían en la oscuridad. El jersey oscuro engullía el tronco de Lonja; solo destacaban su rostro y sus manos.

Vom Himmel tönt ein schwermutmattes Grollen, / Die dunkle Wimper blinzet manches Mal, / — So blinzen Augen, wenn sie weinen wollen, — /

und aus der Wimper zuckt ein schwacher Strahl, / Nun schleichen aus dem Moore kühle Schauer / Und leiser Nebel übers Heideland; / Der Himmel ließ, nachsinnend seiner Trauer, / Die Sonne lässig fallen aus der Hand.[2]

El artista acababa de romper el silencio recitando un poema en alemán. Las manos luminosas de Lonja reposaban sobre la mesa, inmóviles; sus ojos estaban cerrados. Entonces giró la cabeza hacia Silas. Fue una mirada franca, vulnerable.

El señor Radu insistió en que lo tradujesen al idioma local.

Ferry explicó que era un poema de Lenau y, por tanto, nada fácil de traducir.

El señor Radu preguntó qué tenía eso de difícil; al fin y al cabo, Lenau era un poeta rumano.

—De eso nada —replicó Ferry, para luego añadir que Lenau escribía en alemán, así que era un poeta alemán. Volviéndose a las hermanas, señaló que, para empezar, cómo se iba a traducir la palabra *schwermutmatt*.

El señor Radu empezó a decir algo sobre un lugar que ahora se llamaba Lenauheim, pero, al final, desistió de su empeño en llevar la contraria, lo cual, seguramente, tuvo que ver con el gesto conciliador que le hizo su esposa.

—Cuando Lenau nació, el Banato pertenecía a Hungría y, por tanto, era parte del reino de los Habsburgo. Así que Lenau no es alemán ni rumano, sino austriaco —afirmó Silas.

Hora de la siesta.

La hora de la siesta significaba regresar de la calle, dejar lo que cada cual estuviese haciendo, aunque fuese a ocurrir algo decisivo, ya se tratase del fútbol o de las canicas. Lev debía quedarse en ropa interior y acostarse en la cama con los postigos cerrados, a través de los cuales apenas entraba luz suficiente como para distinguir los muebles.

Ese ritual era cosa de Ferry. Después del almuerzo, se estuviera solo o se tuviese visita, había que descansar. Rara vez uno se quedaba dormido, todos se ponían a darle vueltas a la cabeza, y había ocasiones en las que todos fingían dormir, o a lo mejor estaban realmente dormidos; nadie podía saberlo con certeza.

Aquella era una hora sustraída al tiempo; si alguien llamaba a la puerta, se lo ahuyentaba; todo lo que hubiese que hacer quedaba pospuesto. Se hacía como si la jornada se tomara un descanso; como si, además del día y de la noche, hubiese un tercer espacio al que todos accedían a la vez. En ocasiones, la madre de Lev se desvestía del todo, excepto las enaguas, y se tumbaba a su lado. Antiguamente,

Bredica y Dorin también participaban de la siesta; de hecho, que Lev y Valea no se llevaran bien podría tener que ver con que nunca llegaron a compartir esa hora y, ya después, se hicieron adultos. Ferry solo pudo echarse la siesta con su hija durante los primeros años; luego estuvo demasiado ocupado haciendo esferas de reloj y, más adelante, Lis fue demasiado mayor como para que él quisiera echarse a su lado. Ella, por su parte, no dejó de meterse con sus amigas bajo la manta hasta después de acabar la escuela, y siempre que su padre iba a despertarlas, le contaban eso que, de otro modo, quizás no le hubiesen contado nunca.

Lev se puso a pensar en sus orígenes. Si el caso de Lenau era tan complicado, ¿qué decir del suyo?

Un crujido reveló que el abuelo ya estaba despierto (él mismo usaba la palabra *noppen,* como llamaban en la región a ese dulce sopor tan característico de la siesta), así que Lev le preguntó de dónde era él exactamente.

En la cama de al lado se escucharon un par de respiraciones profundas. Con una madre de la Transilvania sajona, un padre rumano y un abuelo austriaco, la cosa no era fácil.

Lev nunca había entendido por qué su abuelo era austriaco.

—Mi padre era de Viena; mi madre, de Sighişoara. Pero eso ya te lo he contado, ¿no?

Lev negó con la cabeza, claro que Ferry no pudo verlo.

Pasaron unos minutos; entonces el abuelo se incorporó y le dijo que, cuando las circunstancias eran tan complicadas como las de su familia, él era partidario de que cada uno escogiese el origen que quisiera.

Ambos se sentaron en sus respectivas camas, uno frente a otro. Lev se puso a balancear las piernas; las del abuelo llegaban al suelo.

«Quizás», dijo Ferry, «eso de pertenecer a un lugar solo responda a una decisión».

El agua salía a borbotones del grifo oxidado que había en la bañera. No fluía, borboteaba. Cuando estuvo medio llena, le dijeron a Lev que se metiera. En la penumbra de aquel espacio alicatado había varias docenas de bañeras, pero solo otras tres estaban ocupadas. Los atendía una mujer con una bata de color celeste. Ella se encargaba de comprobar el estado y la temperatura del agua, los ayudaba a meterse en la bañera y también a salir. No era muy habladora, más bien se comunicaba con gestos, con miradas. Seguro que había visto a cientos de personas bañarse, lo único que le faltaba era repetir todo el rato las mismas frases. En la plaquita ponía «Irina»; el apellido quedaba

reducido a una inicial.

Lev se metió en la bañera. Por un instante dudó, pues le pareció que el agua estaba muy caliente, pero ya conocía el jueguecito por su madre, quien, una y otra vez, insistía en que, de caliente, nada. ¿Por qué era tan difícil de entender? Si a la persona que se metía en la bañera le parecía que el agua estaba muy caliente, estaba muy caliente y listo. El de fuera no podía saberlo. Así que estaba muy caliente, pero Lev, aun así, se sentó; el bañador se infló y, mientras él trataba de evitarlo, enseguida notó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, como una mezcla de placer y dolor. Entonces dio un fuerte suspiro.

Irina supo interpretar la situación y abrió el grifo del agua fría. Lev sonrió agradecido. Allí las cosas no eran como en casa.

Solo cuando el agua le llegó por la barbilla, cerraron el grifo. Irina chistó para silenciar el murmullo que llegaba de las demás bañeras. Después vació el contenido de un recipiente en la de Lev, y el agua empezó a despedir un aroma a lavanda, romero y algo más. Lev se fue relajando. Eso mismo debía sentir una gota al disolverse en el Iza.

Esa sensación era nueva. Sus manos no terminaban en las yemas de los dedos, sino que se fundían con el aire. Las plantas de sus pies percibían cada azulejo, cada borde. Sentía que sus piernas nunca más se volverían a cansar. Aunque, en realidad, cansado sí que estaba.

Ya en el vestuario, Lev se situó frente al espejo y su rostro le gustó. Nunca antes lo había pensado. Giró la cabeza de un lado a otro. Tenía la piel clara y llena de pecas, tanto en verano como en invierno. El pelo se le había quedado pegado, así que se despeinó un poco con la mano, al tiempo que se reía porque cada mechón iba a su aire. Luego escurrió el bañador y lo colgó de una barra. Algo le hizo volver frente al espejo. Entonces palpó sus mejillas y sus labios, imaginando que no eran esas sus manos; después, las deslizó suavemente por el pecho y bajó hasta la entrepierna. Al tocarse se empalmó, pero enseguida se detuvo y miró a su alrededor. ¿Eso eran voces? Pero no, a excepción de las gotas que caían del bañador, el silencio era absoluto. Lev cogió la ropa y la toalla, las pegó mucho a su pecho y entró en una de las cabinas del vestuario.

Los límites borrosos de su cuerpo ya no lo abandonaron. Así regresó a la habitación y se tumbó a leer; así fue al comedor, donde únicamente sonrió, sin decir nada; así se topó con la mirada interrogante y sabedora de Ferry; así se sentó en el banco al atardecer, esperando a las ardillas. Estas fueron llegando poco a poco, una tras otra, hasta que el prado se llenó de animales; eran de color marrón

rojizo, con el vientre más claro y una cola muy peluda, y no tenían ningún miedo de los clientes. Era todo movimiento, como si el suelo se desplazara, como si los árboles se agachasen ofreciendo sus ramas para que las ardillas pudiesen subir y bajar, sin descanso, impulsadas por una prisa inexplicable, o tal vez fuese alegría.

Lonja se acercó a él y le dio unas avellanas. Los dos se arrodillaron en el césped. Llegaron más y más ardillas; a Lev no le daba tiempo a meter la mano en la bolsa y se empezó a marear; notó el muslo de Lonja junto al suyo; su costado junto al de él. Cuando la bolsa estuvo vacía, la joven lo agarró del brazo y tiró de él. Lev apoyó el rostro en el cuello de ella: olía a jabón y a sudor; notó su clavícula. Eso era; esa debía ser la sensación de la que todos hablaban.

El abuelo no le preguntó cómo le había ido. Estaba tumbado en la cama, leyendo, y, cada vez que pasaba una página, resoplaba, como si el libro le estuviese gustando mucho o bien no le gustase nada.

El brillo de la lamparita de noche caía oblicuo sobre su rostro, las manos y el libro. Ferry solo leía libros delgados, los gruesos no le gustaban. No quería que cualquier charlatán le robase parte de su tiempo, aunque, en esa ocasión, el libro era inusualmente largo para lo que el abuelo acostumbraba a leer.

Lev se desvistió, dejó la ropa con cuidado sobre la silla, se puso el pijama, se aseó, se lavó los dientes y fue al baño; estaba presente en cada movimiento, pero también absorto. Ya en la cama, repasó el plan del día siguiente. Primero tomaría otro baño de hierbas y después volvería a ver a Lonja.

¿Por qué las ardillas aparecían al atardecer?

¿Por qué Lonja tenía una piel tan suave?

¿De dónde habría sacado la bolsita de avellanas?

El señor Radu acudió solo al desayuno. Temía que su esposa se hubiese resfriado. Ferry comentó que, después del tratamiento, había que abrigarse bien. Y guardar reposo; en general, lo más importante en la vida era estar tumbado.

El señor Radu replicó que su mujer eso ya lo sabía; el reposo no había sido el problema; en realidad, sospechaban de la temperatura del agua. Según explicó, allí últimamente recortaban en todo, hasta en la temperatura del agua. Lev se sorprendió, ya que a él le había parecido caldeada, demasiado caliente incluso; solo de pensar que esa misma tarde se volvería a bañar, empezó a sentir calor, y, a continuación, untó la miel sobre el pan con mucho brío. Desde el otro lado de la mesa, Lonja le dedicó una sonrisa cómplice. ¿La volvería a

ver esa tarde? ¿Significaba aquello «en el mismo lugar y a la misma hora»? ¿O bien «hoy de las avellanas te encargas tú»? Lev no llegó a ninguna conclusión, puesto que, en ese momento, Lonja se giró hacia el artista.

En ausencia de su señora y de su efecto tranquilizador, el señor Radu parecía mucho menos dispuesto a ceder el protagonismo al abuelo. En más de una ocasión, ambos hablaron a la vez; dijera lo que dijese el otro, allí lo importante era llevar la contraria. Entonces, la masajista, ¿se llamaba Anna o Anka? El señor Radu argumentó que, a juzgar por la suavidad con la que presionaba, debía de ser Anna. Y después del baño, ¿había que frotar la piel o era mejor envolverse en la toalla? Ferry sostuvo que era imprescindible secarse bien; tal vez el resfriado de su esposa tuviese que ver con eso. La señora mayor que estaba junto a Silas se movió y las muletas se cayeron al suelo. El señor Radu se levantó y las volvió a colgar del respaldo de la silla. Ella aprovechó la interrupción para dirigirse a Ferry y preguntarle por su oficio de relojero, ante lo cual, el abuelo se explayó sin percatarse de lo ocurrido.

De camino a la habitación, Ferry trató de manipular la tabaquera para que saliese un cigarrillo, pero aún no había transcurrido el plazo previsto. Entonces renegó y la volvió a guardar. A Lev le sorprendió la actitud de su abuelo. En realidad, no tenía motivos para estar en desacuerdo con el señor Radu. Los dos eran clientes habituales, preocupados por la calidad de la comida, los tratamientos, las instalaciones. Debía de haber otra razón.

Esa misma tarde, estando ya en la bañera, Lev se sintió como un cliente experimentado. Sabía dónde dejar la ropa, cuándo debía acceder a la sala, a qué altura debía llegar el agua para meterse, en qué momento añadían las hierbas y cuándo cesaban las conversaciones del resto de huéspedes. Sabía que era mejor permanecer sentado unos instantes antes de incorporarse del todo, secarse con detenimiento y tomar mucho líquido. Todos los preparativos, así como todo lo que se hacía después, tenía que ver con el rato que se pasaba dentro del agua. Lev se metió en la bañera (siempre un poco caliente), Irina le dedicó una mirada divertida y, después, añadió agua fría. Lev se bajó el bañador y se sumergió hasta la barbilla. Ese era el momento en el que se acercaba ese algo que, durante el resto del día, trataba de alcanzarlo, como si él se encontrase muy lejos.

Estando en la bañera, comprendió que la belleza de Lonja no era de esas que se aproximaban volando a cielo descubierto, sino que era

misteriosa, como los guijarros que solo revelan su colorido cuando se mojan. Si cerraba los ojos, los ojos, la nariz y la boca formaban un único rostro. No solo importaba su ubicación exacta; también los espacios que quedaban en medio.

Cuando Irina regresaba (siempre un poco pronto), Lev alejaba de sí las ensoñaciones y los pensamientos. Necesitaba unos momentos antes de poder ordenar a su cuerpo que se moviera.

—Irina, ¿dónde puedo conseguir unas avellanas?

La ventana y la puerta del balcón estaban abiertas. Ferry había hecho una torre con las almohadas y allí estaba, con el tronco erguido, para no tener reflujo. El almuerzo había sido copioso: sopa y pastel de carne asada; de postre, la típica tarta de miel rusa.

Lev empezó imitando a su abuelo, pero luego empujó las almohadas hasta los pies de la cama. Se sintió como si hubiese crecido, tanto, que apenas cabía en el colchón.

—¿Es un buen momento?

—¿Buen momento para qué?

—Para que me expliques por qué eres austriaco.

De entrada, tuvo la impresión de que a Ferry no le apetecía responder, pero luego se dio cuenta de que, en realidad, el abuelo estaba decidiendo por dónde empezar.

Lo hizo diciendo que él había sido varias cosas en su vida. Empezó el siglo siendo austriaco y, aunque geográficamente hablando nunca se movió del sitio, primero se había vuelto rumano y después húngaro hasta que, al final, por más que en su pasaporte volviese a figurar que era rumano, él decidió que seguiría siendo austriaco.

A Lev, cuya nacionalidad nunca había cambiado, al menos en el pasaporte, aquello le pareció inaudito.

Ferry le explicó que, hasta 1919, la Transilvania sajona, así como la región de Maramureş, formaron parte del Imperio austrohúngaro; después pasaron a pertenecer al reino de Rumanía, veinte años más tarde volvieron a ser Hungría y, pasados cuatro años, otra vez Rumanía. Como se podía imaginar, aquello fue desesperante. Así que él había decidido ir por libre. ¿Por qué su propia voluntad iba a ser peor que las decisiones que tomase quienesquiera que fuesen en alguna capital?

Lev asintió, a sabiendas de que esa era la reacción esperada.

—Pero llegará un día —añadió Ferry— en el que, bien porque no nos habremos esforzado lo suficiente o bien porque nos habremos esforzado de más, dejaremos de existir. Todo porque en su día fuimos pesados en la balanza y nos hallaron faltos de peso.

Lev interrogó a su abuelo con la mirada, pero este no le prestó atención. Seguía tumbado en la cama, recostado en los almohadones, con las manos a ambos lados del cuerpo; como un faraón, pensó Lev.

—Radu es consciente de ello, por eso habla con la superioridad de quien se sabe vencedor. Le basta con esperar, nos iremos voluntariamente; nos marcharemos en cuanto nos dejen, nada nos retendrá.

Y Lev, ¿qué era?

Era las habitaciones, la granja, la carretera del pueblo, el valle, las colinas, el río. Telarañas, vides, caminos de hierba y guijarros. La forma en la que disponían los porches alrededor de las casas, el modo en el que los peldaños iban cediendo, el sonido de las calles, el sonido del río, todo aquello llegaba hasta su interior, todo aquello tenía que ser él. Lev se puso a pensar y fue en ese momento cuando lo vio con claridad, puesto que era la primera vez que todo aquello no estaba.

Él no sabía lo que significaba marcharse. Solo sabía lo que eran las ausencias.

Cuando tenía diecinueve años, Lis conoció a su padre en una cosecha. Él se había quedado viudo y buscaba una madre para los tres hijos de su primer matrimonio. En contra de la opinión de Ferry y de Bunica, los dos se casaron y tuvieron a Lev, su único hijo en común. Lev apenas se acordaba de su padre, que falleció a causa de un desprendimiento de tierras cuando él tenía cinco años. Una y otra vez intentaba rememorar lo poco que había conocido: la forma de sus manos, el olor de su chaleco de piel gris, el sonido de sus pasos por el pasillo. A veces, al entrar en casa, tenía la sensación de que su padre lo estaba esperando.

Su madre decía que Dorin y Bredica se le parecían: esos ojos verdes, ese carácter tranquilo y orgulloso. Ella también le había hablado de su difunto suegro, que nunca fue consciente del amor que sentían el uno por el otro, aunque a él, por lo menos, nunca le molestó que no fuesen de la misma nacionalidad.

Lev no tenía abuela por parte de madre.

Ni abuelo por parte de padre.

No tenía padre.

Y otro que tampoco estaba era Ferry.

Durante todos esos años, nunca había ido a visitarlo.

Después de cenar, cuando salía del comedor con su abuelo, alguien lo llamó aparte. Lev tardó unos segundos en reconocer a Irina, que no llevaba la bata.

—Toma —le dijo mientras le daba una bolsita—. Querías avellanas, ¿no?

En lugar de responder, Lev la abrazó.

Con la bolsa en la mano, corrió hasta alcanzar a su abuelo.

Lev y Ferry llegaron justo cuando el sol quedaba atrapado entre los plátanos, vertiendo un líquido naranja sobre las ramas y regando el prado con una luz prácticamente horizontal. La silueta de Lonja parecía borrosa. La luz se fue apoderando de ella, al tiempo que emergían las sombras; mientras tanto acudieron las ardillas, hasta que el prado estuvo repleto de ellas; en un momento dado, pareció que el sol deshacía la figura de Lonja, como si su cuerpo se desvaneciese con la luz.

Abuelo y nieto se sentaron en un banco y empezaron a alimentar a las ardillas. Ferry conversaba con Lonja y, aunque a Lev le habría gustado estar a solas con ella, tampoco le importó que el abuelo lo acompañara. Así él podía observarla sin necesidad de hablar. Lo único que le sorprendió fue que, más adelante, Ferry le dijera que esa mujer albergaba una profunda tristeza.

El cine se llenó, el telón se abrió hacia ambos lados. Lev siguió al jinete, las nubes, las aves migratorias y las palabras del padre que prometía a su hijo una «juventud sin vejez y vida sin muerte» para que dejase de llorar. Vio cómo el hijo recorría el mundo buscando la inmortalidad y la eterna juventud, ya que el padre no pudo cumplir su promesa, pero, en realidad, solo veía a Lonja, que estaba sentada a un lado, un poco más adelante.

Durante la cena, las hermanas habían tenido una discusión; contenida primero, pero tan acalorada después que el resto de los comensales no pudo ignorarla. La hermana de Lonja aseguró a voz en cuello no estar dispuesta a seguir alimentando tanto secretismo, y abandonó el salón mientras degustaban el plato principal. Lonja había permanecido sentada, irradiando una calma insólita, y evitó alzar la mirada, ni siquiera cuando Ferry, con intención de transmitir algo de serenidad y consuelo y de averiguar qué había pasado, puso su mano encima de la de la joven. Lev se quedó a esperarla a la salida del comedor, pero ella le pidió que se marchara.

Él no tenía ni idea de sus problemas, le dijo.

En la pantalla se agolpaban los colores, la música y las voces, pero todo lo que intentaba penetrar en Lev se extinguía, como una cerilla encendida arrojada al agua. Ojalá supiese qué era lo que Lonja necesitaba.

Cuando el hijo llegó a ese reino donde no existían la vejez ni la

muerte y le encomendaron tres misiones, alguien accedió a la fila donde estaba Lonja y se sentó en la butaca vacía que había a su lado. Primero debía encontrar «la espiga de la bondad» y «la manzana de la verdad»; esta última estaba escondida en el reino de las mentiras, ya que los mentirosos despreciaban la verdad. La tercera misión consistía en encontrar una llave extraviada que abría un libro. Quien la hallase podría leerlo y quedarse a vivir allí. Mientras el héroe iba superando todos los retos, se casaba con la princesa y no reparaba en el paso del tiempo (cómo iba a hacerlo, si para él los años eran como los días). Ferry se quedó dormido. Lev vio cómo Lonja acercaba su cabeza a la del artista y pensó que aquello debía de ser mentira, mentira, mentira.

Solo quedaban dos días.

Levantarse dos veces más, desayunar, tomar un baño.

Todo había ido hacia atrás, como a menos, y, si bien al principio el tiempo se dilataba, ahora se acortaba sin compasión. Ferry no parecía preocupado; al fin y al cabo, él siempre regresaba. Y Lev, ¿también volvería? Y si era así, ¿sería todo igual? Como si el balneario fuese una casa a la que uno podía regresar, abrir la puerta de golpe y encontrarse todo tal y como lo había dejado. Allí estarían el comedor, con esa luz tan intensa, el cuarto con las dos camas, la sala de baño, el olor a cloro, el olor a hierbas, Irina, las ardillas. Los mismos compañeros de mesa, con los que coincidiría tres veces al día, a la hora de las comidas; solo faltaría el artista, él no tenía por qué estar. ¿Cómo iba a despedirse de Lonja? ¿Qué podía decirle? En su imaginación, se seguirían viendo año tras año, el tiempo necesario hasta que él supiese cómo decir a una mujer lo que sentía por ella.

Lev decidió pedir a Lonja sus señas. Ferry le advirtió que no se llamara a engaño: en un balneario podía pasar que dos personas entablasen amistad, pero aquello no era más que un episodio pasajero y, como tal, finito, es decir, que acababa en un momento determinado. Ferry se mostró convencido de que, algún día, habría una mujer en su vida a la que Lev no podría dejar escapar. Una mujer por la que merecería la pena esperar, arriesgarlo todo, sin importar el tiempo.

Después de comer, Lev tenía programado un paseo. Había decidido cumplir con el plan, es decir, dedicar los dos últimos días a hacer todo lo que ponía en ese papel celeste, bastante ajado y arrugado, que llevaba en el bolsillo. Pensó que en casa ya no habría ningún papel, y se sorprendió de lo poco que había extrañado el pueblo, ni siquiera las montañas o esas colinas que, al principio, tanto había echado de menos.

Tomó el camino que atravesaba la columnata y pasaba por delante del café y de la antigua residencia imperial; cruzó el parque bajo los plátanos hasta que llegó a un edificio que debía de ser la instalación de llenado de donde salían las aguas medicinales.

Por un momento se planteó llevar un poco de agua a su madre, pero enseguida desechó la idea: el sabor era asqueroso; él solo se la tomaba para no quedar en evidencia delante de Irina. Detrás de una valla vio a Lonja y a Silas. Estaban discutiendo. No era una disputa verbal, no; las palabras no importaban; discutían sus cuerpos. Lonja dio media vuelta y se alejó unos cuantos pasos, pero después volvió. Silas alzó las manos con intención de apaciguarla, de calmarla, después la agarró del brazo y, cuando ella trató de liberarse, él no la soltó. Lev echó a correr a lo largo de la valla y empezó a sacudirla. «¡Basta!», gritó. ¿O quizás solo lo pensó? Empezó a sentirse mal, no era él quien buscaba cómo entrar, sino que estaba encerrado, no tenía escapatoria.

Entonces se agachó para coger una piedra y la lanzó por encima de la valla. Cuando los otros dos repararon en su presencia, se apartaron, y Lev los perdió de vista. En un punto la valla era tan baja que logró rebasarla. El pantalón se le quedó enganchado; se levantó sin darse cuenta de que estaba sangrando. Cuando llegó al lugar donde los había visto por última vez, llamó a Lonja a gritos. Eran varios los edificios: había almacenes con distintos depósitos, carretillas elevadoras, palés cargados de bidones, cajas de cartón. Un operario vestido con un mono azul se le acercó y le preguntó qué se le había perdido allí. Lev balbució algo sobre una pareja, una pelea. El hombre pareció confundido, observó a Lev, se fijó en la pierna que sangraba. Entonces oyeron el grito.

El operario echó a correr, Lev lo siguió, pasaron entre dos edificios, después por delante de un depósito, tomaron una curva a la derecha, el operario apretó el paso, pero después se detuvo, tan abruptamente que Lev chocó contra su espalda. Estaban en un prado silvestre, donde habían instalado varios estanques de hormigón. Había charcos, basura esparcida, hojarasca temprana. Lev quiso adelantar al operario para ver mejor, pero este le ordenó que no lo hiciera, que se quedase donde estaba.

—*Stai aşa, băiete!*

Silas estaba agachado junto a uno de los estanques, en una extraña posición, con la cara pegada al suelo. Esa… no era su intención.

El operario miró dentro del estanque y se llevó ambas manos a la boca. Lev también quiso acercarse, pero hubo algo que lo frenó, que le impidió moverse.

Las piernas. No podía mover las piernas.

---

[2] Resuena en el cielo un trueno sordo de pesar, / oscuros pestañean los ojos, brillando, / así brillan cuando están a punto de llorar, / y atraviesa las pestañas un débil rayo. / Se levantan del pantano frías tormentas / y sigilosas nieblas en los páramos; / dejó el cielo, recordando su tristeza, / caer indolente el sol de su mano.

Segunda y tercera estrofas del poema «Himmelstrauer» (Tristeza celeste), de Nikolaus Lenau (1802-1850). La traductora agradece la colaboración de Isabel García Adánez para traducir este fragmento. *(N. de la T.)*

Renebuëġen,
guldiwerzuëġen,
äm Hemmel äs e selij Mån,
diër de Ren verdreiwe kån.

Uno

Suavidad. Algo cálido.

Voces procedentes de algún sitio, muy lejano.

Un ligero palpitar detrás de la frente, del tamaño de un alfiler.

Una luz que cae oblicua, por un lado.

¿Solo un sueño?

Pasos que se acercaban. Una canción. Una voz, como de una chica joven. ¿No era esa su madre?

La luz, los ruidos, todo penetraba en él sin que pudiera resistirse, el cansancio lo uniformaba todo, desdibujaba los pensamientos, los rostros. Fuera empezó a clarear.

El padre entró en la habitación, llevaba un chaleco de lana de cordero gris, rizada; un olor especiado, familiar. Lev trató de incorporarse, pero su padre lo empujó con suavidad y firmeza. Tenía las manos calientes.

Lev sabía que había ido a despedirse. Un miedo inexplicable se apoderó de él; tenía que salir de la cama, vestirse, acompañarlo. ¿Cuándo sería lo bastante mayor para poder acompañar a su padre? Cortar madera, plantar árboles, asfaltar senderos. «Aguanta un año más», le decía él cada vez que se lo preguntaba. «Solo un año más». Y al cabo de cada año, su padre volvía a darle largas. Todo se seguía alejando en lugar de aproximarse. Lev quiso decirle que ya era lo bastante mayor, si no en ese momento, seguro que, al año siguiente, pero notaba la lengua pesada y seca.

Entonces cogió la mano de su padre.

—Duérmete —le dijo—. Pronto estaré de vuelta.

Lev asintió, mirándolo a los ojos, tratando de expresarlo todo con esa mirada. Amor. Determinación. Anhelo. El padre siempre traía algo para él y para sus hermanos: unas piedras que tuviesen alguna forma especial, el hueso de un animal, una raíz. Lev siempre esperaba que él regresara, pero siempre parecía que fuese al revés, como si fuera su padre quien lo esperase a él, lleno de curiosidad por saber en quién se había convertido su hijo.

Entonces Lis también entró en la habitación.

—Se ha puesto a llover —dijo.

Lev seguía agarrando la mano de su padre.

—¿Lev?

—Hum-hum.
—Ya puedes soltar.

Carta de Iris Wolff a los lectores españoles

Queridas lectoras, queridos lectores:

Cuando empiezo a escribir una novela, suelo saber más bien poco sobre lo que voy a contar. Todo empieza con una imagen que me introduce en la historia. A veces debo esperar bastante hasta que esa puerta se abre, ya que la imagen debe ir acompañada de una intuición: de todas las historias posibles, esa, en concreto, es la que quiero contar. *Claros de luz* surgió a partir de una imagen que apareció de repente. Su fuerza y su inmediatez me animaron a escoger esa historia entre todas las demás.

Conocí a Lev de niño, cuando estaba postrado en una cama debido a un accidente que lo dejó parapléjico, sin poder mover las piernas. Ese mundo tan reducido, compuesto de una cama, una casa y una familia, de historias y de sonidos, encerraba todo en sí mismo. Supe que su vida se contaría al revés, porque así es como las personas nos conocemos en la vida «real». En un momento dado coincidimos con alguien, después esos encuentros se van repitiendo y así es como, poco a poco, vamos descubriendo cómo esa persona ha llegado a ser quien es. La historia nos lleva desde el presente hacia el pasado, desde Alemania, Francia y Suiza hasta los márgenes de Europa (que, para los personajes, son el centro de su corazón). Es un movimiento que parte de un mundo libre y conocido hacia una época sin libertad, vivida tras el telón de acero.

En esta novela, la vida de Lev se cuenta en forma de pequeñas islas habitadas por el recuerdo. Los recuerdos me fascinan. No tienen continuidad, nuestra memoria es episódica; muchas de nuestras vivencias, en realidad la mayoría, desaparecen. Lo que queda son los acontecimientos y las experiencias que nos conforman y nos marcan. Lo mismo ocurre cuando uno lee: es como recorrer un bosque e ir encontrando distintos claros que nos sorprenden, en cuya linde habita otro sonido, otra luz, y queda, por tanto, espacio para lo desconocido, para lo secreto.

¿Qué determina nuestra identidad? La familia, la sociedad, la política, las ideas, la música, los libros. Pero también el paisaje y su luz, sus sonidos y sus olores. Mi familia emigró de Rumanía a Alemania en 1985, pero esa pista de sonido se me quedó grabada para siempre. Mis antepasados vivieron durante siglos en esa fascinante

región colindante con los Cárpatos que hoy conocemos como Transilvania y que, después de la Primera Guerra Mundial, fue adjudicada a Rumanía. La emigración que tuvo lugar durante el régimen comunista y la posterior caída del telón de acero pusieron el punto final a una historia de más de ochocientos años.

Pero ¿ha terminado realmente? Escribir es rebelarse contra el tiempo y contra su mayor atrevimiento: la fugacidad. Por eso mis novelas son también un inventario contra el olvido. No concibo el tiempo como algo unidireccional, sino como un tejido orgánico, compuesto de paralelismos y simultaneidades. Y, pese a su complejidad, lo narrado no puede ser más que un fragmento. Esto, a su vez, hace que los lectores desempeñen un papel más activo. Si algo deseo, queridos lectores, es que se adentren en esos espacios con los cinco sentidos y puedan percibir ese vínculo tan especial que une a los personajes con los lugares.

Me alegra mucho que mi novela, traducida por Belén Santana, se publique también en España.

Un saludo afectuoso,

Iris Wolff

Agradecimientos

Al Fondo para la Promoción de la Literatura Alemana por la generosa beca concedida.

Por los momentos de tranquilidad y de escritura, a la ciudad de Schwäbisch Hall y la Academia Estatal de Comburg, la Fundación Otto Ubbelohde y la Asociación Dos Cuervos, Literatura en el Alto Hesse.

Por su primera lectura y apoyo, a Andreas Thies, Rico Müller-Schmitt, Julia Knapp, Daniel Meurer, Renate y Helmut Wolff.

Por sus recuerdos e inspiración, a Maria Cristina Tangorra, Heinrich Haltrich, Günter Wolff, Traute y Sissy Habicher, Ursula Stefanovici, Bernd Lögler, Hartwig Ochsenfeld, así como a Björn y Flore Reinhardt. Gracias por vuestra confianza.

Por los proverbios y las traducciones, a la Dra. Sigrid Haldenwang, la Dra. Norina Procopan, el Dr. András Balogh, el Dr. Hans-Jürgen Schrader, Damaschin Pop-Buia, Renate Schmidgall, Angelika Meltzer, Luminiţa Cioabă, Vasilena Beuca, Nicolae Bucurici, Ada Andrea Zsigmond, Dieter David y Karina Korecky.

Por la documentación y el asesoramiento, a Stefanie Schwab y Andreas Heizler, de la serrería Jägerhofsäge Heizler, a Klaus Echle, de la Administración Forestal de Friburgo, a Manuel Karopka, del Centro de Investigación y Ensayos Forestales de Baden-Württemberg, así como a la agente forestal Sophie Karopka.

Y también a la editorial Klett-Cotta y a la agencia Copywrite, muy especialmente a mi editora de mesa, Corinna Kroker, y a mi agente Caterina Schäfer. Me pregunto si el mundo de Lev & Kato podría existir sin vosotros.

Citas

Nueve

Érase y no se era.

Fórmula para introducir los cuentos romanís.

Ocho

Soy el sello del viaje. Inmóvil.

Fragmento del poema *Delfines,* de Adam Zagajewski.

Siete

He pasado tanto tiempo mirando tus fotos,
que casi estoy convencido de que son reales.
Fragmento de la canción «Pictures of you», de The Cure.

Seis

Un lobo y un cordero coincidieron en un río llevados por la sed.
El lobo estaba más arriba; el cordero, más abajo.
El lobo encontró una excusa para empezar a discutir.
«¿Por qué enturbias el agua que bebo?», preguntó.
Reproducción de la fábula *El lobo y el cordero,* de Esopo, en el dialecto ruteno del valle de Ruscova.

Cinco

Por los bosques andaré.
De verdor me saciaré.
En la montaña y en el valle.
Fragmento de la canción *Doină din Maramureş,* de Maria Tănase.

Cuatro

Toma, no hay nada, agárralo fuerte.
Proverbio húngaro.

Tres

Entonces llegaron todos los pájaros y los animales salvajes, y el gato escogió las plumas más hermosas, las más coloridas, se hizo con ellas un manto que brillaba y refulgía como un cielo estrellado, y se lo dio al muchacho.

El rey hecho de plumas, cuento popular de la Transilvania sajona.

Dos

Y esta es la escritura que fue inscripta: *mené, mené, tekel, parsín*. Esta es la interpretación de la cosa: *mené,* Dios tiene contados los días de tu reino, y le ha puesto fin; *tekel,* has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto de peso; *pres,* dividido está tu reino, y ha sido dado a Media y a Persia.

Daniel, 5, 25-28, *La Biblia Hebreo-Español.*

Uno

Arco iris perfecto,
de oro cubierto,
en el cielo un buen señor,
a la lluvia dice adiós.

Rima infantil de la Transilvania sajona en el dialecto de Sighişoara.

Bibliografía[3]

Ausländer, Rose, «Aún estás aquí». Trad. de Geraldine Gutiérrez-Wienken. La maja desnuda. https://www.lamajadesnuda.com/rose-auslander/

«Der Federkönig» [El rey hecho de plumas]. En *Sächsische Volksmärchen aus Siebenbürgen* [Cuentos populares sajones de Transilvania]. Con ilustraciones de Helmut Arz y Kathrin Hienz. Redacción de Dieter Roth. Redacción técnica Constanţa Vulcănescu. Jugendverlag, Bucarest, 1967.

«Kinderreim bei Regenbogen» [Rima infantil con arco iris]. En *E Liedchen hälft ängden. Alte und neue Lieder aus Siebenbürgen* [Viejas y nuevas canciones de la Transilvania sajona]. Edición de Angelika Meltzer y Rosemarie Chrestels. Verlag Haus der Heimat, Núremberg, 2020.

La Biblia Hebreo-Español. Versión castellana conforme a la tradición judía por Moisés Katznelson. Vol. II. Editorial Sinai, Tel-Aviv, 1996.

«Las mujeres de niebla». En *Cuentos populares* zipser *de la región de Maramureş, la Bucovina Sur y la región histórica de Ţara Năsăudului*. Ed. Claus Stephani, Kriterion Verlag, Bucarest, 1981.

Lenau, Nikolaus, «Himmelstrauer» [Tristeza celestial]. En *Die schönsten Gedichte von Nikolaus Lenau* [Los más hermosos poemas de Nikolaus Lenau], Selección de Silvia Sager, epílogo de Berthold Auerbach. Diogenes Verlag AG, Zúrich, 2002.

Tănase, Maria, «Doină din Maramuresch» [Doină (canción popular) de Maramureş]. *Maria Tănase,* vol. 2. Electrecord, Bucarest, grabado entre 1953 y 1961, publicado en 2007.

The Cure, «Pictures of you». *Disintegration*. Fiction Records, Londres, 1989.

Zagajewski, Adam, «Delfines». En *Antenas*. Trad. de Xavier Farré. El Acantilado, Barcelona, 2007.

[3] En caso de haber consultado una traducción publicada, figura la correspondiente referencia bibliográfica. De lo contrario, se refiere la fuente original y se facilita una traducción propia del texto y de los datos bibliográficos. *(N. de la T.)*

Título original: *Lichtungen*

La traducción de esta obra se ha subvencionado con una ayuda del Goethe-Institut

Edición en formato digital: 2025

© 2024 Klett-Cotta - J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart/ Germany
Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con Gaeb & Eggers Literary Agency
© de la traducción: Belén Santana, 2025
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-10138-95-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

Nueve
Ocho
Siete
Seis
Cinco
Cuatro
Tres
Dos
Uno
Carta de Iris Wolff a los lectores españoles
Agradecimientos
Citas
Bibliografía
Créditos